

Bianca

Del odio al matrimonio

Diana Hamilton

Del odio al matrimonio

Diana Hamilton

Del odio al matrimonio (28.12.05)

Título Original: The italian's marriage demand (2005) **Editorial**: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca, 1637

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Ettore Severini y Sophie Lang

Argumento:

Tenía motivos de sobra para odiarla… y la mejor razón para casarse con ella.

El millonario Ettore Severini había deseado casarse… hasta que había descubierto que la angelical Sophie Lang era en realidad una ladrona.

Cuando volvieron a encontrarse, Sophie vivía en la más absoluta pobreza con su bebé. Negó una y otra vez que el niño fuera de Ettore… pero también negó haberle robado…

Diana Hamilton – Del odio al matrimonio

Ettore nunca había podido olvidarla, ahora el matrimonio le daría lo que deseaba: su hijo, venganza… y a Sophie.

Capítulo 1

–¡MUCHAS gracias! –gritó Sophie al camión que acababa de empaparla a ella y al cochecito del bebé con el agua helada de la lluvia. Sintió la frustración y la creciente ansiedad acumularse en su mandíbula. Si no conseguía cruzar esa maldita carretera en los próximos minutos, iba a llegar tarde a Finsbury Circus.

La noche anterior, en respuesta a su llamada desesperada, Tim había accedido a proporcionarle un techo hasta que consiguiera arreglar sus problemas, y había recalcado también que sólo dispondría de media hora en su descanso para comer para dejarla entrar en su piso. Y en ese momento le quedaban escasos quince minutos para que ese tiempo acabara.

Sophie se enojó más aún. Si el propietario del piso de Nanny Hopkins no hubiera llegado tarde a recoger la llave junto con el último alquiler, ella habría llegado a casa de Tim con tiempo de sobra. Sin embargo…

Decidida a aprovechar cualquier hueco entre el tráfico, tomó aliento y recordó la frase que la anciana mujer le decía siempre que las cosas se torcían drásticamente:

«Busca siempre el lado positivo. Seguro que lo encuentras».

Las frasecitas de Nanny Hopkins siempre eran predecibles, pero también eran casi siempre ciertas. Así que Sophie trató de relajarse y se recordó a sí misma que las cosas no estaban tan mal. Al menos su hijo de siete meses dormía plácidamente, seco gracias a la capota del viejo carrito, que habría levantado las miradas de superioridad de los viandantes si no hubieran estado demasiado ocupados tratando de no acabar empapados en aquel día oscuro y lluvioso de finales de enero.

Y, si Tim se marchaba, preocupado como estaba ante su posible ascenso en la agencia de viajes, ella siempre podría encontrar alguna cafetería donde poder resguardarse y tomarse un té hasta que Tim regresara por la tarde. Lo bueno era que ella y su hijo tendrían un lugar donde alojarse mientras Sophie buscaba un empleo y no tendría que ir, gorra en mano, a los servicios sociales.

La esperanza de poder cruzar la carretera se iba desvaneciendo. Tendría que caminar por la calle un poco más hasta encontrar un paso de peatones. Molesta por todos los obstáculos que se ponían en su camino, Sophie agarró el carrito y lo giró en la nueva dirección, encontrándose de frente con una farola.

Apretó los labios, trató de realizar la maniobra de marcha atrás con el cochecito y resbaló de la acera hacia atrás, aterrizando en la carretera, sintiendo el chirriar de los frenos en los oídos y el parachoques de un coche plateado a tan sólo unos centímetros de su

cara.

Podía haber muerto, además de haberse quedado sin casa. ¿Qué le habría pasado entonces a su bebé? Sintió un nudo en la garganta. No podía soportar pensar en ello.

Ettore Severini giró el volante de su Mercedes alquilado para salir de la calle Threadneedle y entrar en Hishopsgate con decisión. Las reuniones del día habían sido completamente satisfactorias, como esperaba, como siempre.

Tenía la tarde libre, excepto por tener que echarle un vistazo a unos papeles.

Luego, dos días más en Londres, con más reuniones programadas, y de vuelta a Florencia, de vuelta a la base. De vuelta a una primavera temprana. Probablemente una primavera falsa. No importaba. Salir de esa ciudad que parecía estar siempre ahogada en la lluvia y en la niebla sería todo un alivio.

Cinco días de negociaciones intensas, cenas de negocios, reuniones y sesiones para dejar clara su autoridad en la sede que el banco de la familia Severini tenía en Londres no habían conseguido proporcionarle la satisfacción del trabajo bien hecho.

Sobre todo aquel día.

No era cansado como se sentía. Él nunca se sentía cansado. ¿Vacío? Como si le faltara algo en su vida servida en bandeja de plata. Frunció el ceño, entornando sus ojos oscuros y brillantes. Despreciaba aquella introspección negativa. Se negaba a perder el tiempo pensando en esas cosas.

¡Madonna diavola! ¿Acaso no tenía todo lo que un hombre podría desear? Treinta y seis años, sano, fuerte, rico y, desde la muerte de su padre cuatro años atrás, la cabeza pensante tras el banco comercial de su familia. Incluso había sido descrito recientemente en una de las revistas del sector como un genio de las finanzas.

Además, tenía montones de mujeres hermosas y una prometida dispuesta a hacer la vista gorda y, tan relajada como él con respecto a la fecha de la que sería una boda puramente dinástica.

Un estilo de vida que cualquier hombre envidiaría. ¿Entonces qué diablos le faltaría?

¡Ni una sola cosa!

Cuando llegara a su apartamento, se ducharía, abriría una botella de Brunello di Montalcino, escucharía algo de música, quizá Verdi; y dejaría que el vino tinto lo transportara de vuelta a la toscana, a las sombras de los cipreses alineados a los lados de las carreteras, a los olivos y al zumbido de las abejas en los prados.

Sus manos fuertes pero delicadas se relajaron sobre el volante. El

tráfico era horrendo. Los limpiaparabrisas bailaban rítmicamente de un lado para otro bajo la lluvia. Aquello deprimiría a cualquiera.

Divisó otra imagen deprimente a unos metros de distancia. Una vagabunda envuelta en un impermeable, con un viejo sombrero de lana calado hasta las orejas, luchando con un carrito destartalado que, sin duda, albergaría sus escasas posesiones. Supuso que sería una mujer. Era demasiado bajita para ser un hombre.

El tráfico era lento y desesperante, de modo que Ettore tuvo tiempo de pisar el freno al ver que la mujer resbalaba y caía en la carretera.

Maldiciendo en voz baja, Ettore salió del coche a toda velocidad, ajeno al tráfico y al sonido de los claxon. ¿Habría atropellado a aquella criatura patética? Creía que no.

Habría notado el impacto.

Caminó con rapidez hasta la parte delantera del coche. La mujer seguía sentada donde había aterrizado, en el arroyo que se había formado en la carretera, junto con el resto de la basura. Estaba de espaldas a él con la cabeza gacha, y un mechón de pelo rubio asomaba bajo su gorro de lana empapado. Definitivamente era una mujer.

Cuando Ettore estiró el brazo para tocarle el hombro, le preguntó:

–¿Está usted herida?

Ella se puso en pie de un salto como si una bomba hubiera explotado debajo de ella y corrió hacia el cochecito abandonado.

Una pequeña multitud de curiosos se había amontonado a su alrededor pero, al ver a la víctima ponerse en pie y salir corriendo con energía, habían perdido interés, recordando la incómoda y persistente lluvia, y comenzaban a dispersarse.

–Espere –dijo Ettore. Si tenía razón y aquella mujer era una sin techo, lo menos que podía hacer era darle dinero para comer ese día y pasar la noche. Asegurarse de que estuviera bien–. Acaba de sufrir un shock.

Colocándole ambas manos sobre los hombros, la giró y calculó con rapidez cuántas libras tenía en la cartera. Unas doscientas. ¿Sería una compensación adecuada?

Su ceño ligeramente fruncido se intensificó más al ver la cara pálida de la mujer. El corazón le dio un vuelco y tardó unos segundos en reaccionar antes de hablar con voz fría como el hielo.

–¡Sophie Lang, por todos los demonios! ¡Tirada en el arroyo, a donde perteneces!

Ettore se arrepintió de sus palabras según las dijo. Insultar a aquella mujer era algo indigno, aparte de una pérdida de aliento. ¿Y qué significaba esa explosión repentina? ¿Que seguía importándole

que aquella mujer adorable, encantadora e increíblemente sexy que lo había encantado y asombrado hubiera resultado ser una ladrona?

Por supuesto que no le importaba. ¿Cómo iba a importarle? La había sacado de su cabeza y de su corazón con una precisión quirúrgica hacía más de un año.

Sophie habría sido incapaz de decir palabra, ni aunque su vida hubiera dependido de ello. Tan sólo unos segundos antes, una mano en el hombro y una voz diciendo algo la habían sacado de su ensimismamiento. Y, de pronto, cualquier rastro de energía la había abandonado de nuevo.

¡Él! ¡Allí, en Londres! El último hombre al que quería ver, al último que quería admitir de nuevo en su mente; una mente que por fin había conseguido borrarlo de su memoria. Tan guapo como siempre, con las gotas de agua empapando su pelo negro como la noche y aquella boca que prometía el paraíso en la tierra, una boca para comérsela. Su traje hecho a medida se ajustaba a la perfección a su cuerpo, proporcionándole una elegancia italiana que resaltaba aquella presencia intimidante que ella recordaba vagamente.

Apenas podía respirar con aquella mirada de odio clavada en su rostro, y sintió cómo el color le desaparecía de la cara.

Ettore notó que sus ojos grises y grandes parecían embrujados, rodeados por las ojeras, dominando sus rasgos pálidos. Su boca estaba temblorosa. ¿Sería por el shock de haber sido casi atropellada? ¿O sería algo más? Obviamente no estaba herida.

Ettore se dijo a sí mismo que no tenía ningún interés en el aspecto que Sophie presentaba: Si se había quedado sin casa, o incluso si acababa de salir de la cárcel, ella sería la única culpable.

Con eso en mente, comenzó a darse la vuelta y, en ese preciso momento, oyó un grito proveniente del carrito. Frunció el ceño y vio cómo Sophie sacaba un pequeño bulto envuelto en un chal y lo apretaba contra su pecho. La expresión de amor y ternura que suavizó sus rasgos, le hizo recordar la belleza interna que una vez tanto lo había fascinado. Lo había impresionado también tratando a los gemelos de Flavia no sólo con firmeza, sino también como si fueran los niños más maravillosos del planeta.

Una niñera excelente. No podía culparla en eso. Y trabajando para una de las agencias más respetadas del Reino Unido, lo que significaba que seguía engañando con éxito a todos a su alrededor.

–Estoy seguro de que tus jefes pueden permitirse proporcionarte un vehículo más moderno. Parece que hayan encontrado ese trasto en un basurero.

Ettore observó la cara sonrojada de Sophie.

–Ya no trabajo –dijo ella–, como niñera. Algo que estoy segura de que ya sabrás, *signor*. Torry es mi hijo.

«Y tuyo también», se dijo a sí misma. Nada en el mundo le haría decirlo en voz alta.

–Y ahora –prosiguió Sophie acercándose al carrito–, tengo que irme. Ya llego muy tarde.

–¿A dónde?

Un viento frío soplaba en ese momento y la lluvia caía con más fuerza. Ettore observó que Sophie tenía la cara más delgada de lo que recordaba. Pálida. Cuando estaban en la isla, su cara brillaba llena de vitalidad bajo el sol, y unas diminutas pecas adornaban su nariz. Una nariz que se arrugaba cuando se reía y, a veces, incluso sólo cuando sonreía.

Había sonreído mucho. Su desenfadada alegría de vivir había sido lo primero que lo había atraído hacia su red. Tenía que admitir que su calidez y su jovialidad habían sido algunas de las herramientas que formaban parte de su impresionante arsenal.

Ese arsenal debía de tener al menos cinco estrellas, si había podido engañar a un banquero cínico y sofisticado dándole la vuelta a su vida por completo.

Lo estaba ignorando, inclinándose sobre el carrito, haciendo todo lo posible por proteger al niño de la lluvia mientras volvía a colocarle la capota al cochecito.

Irritado por su falta de reacción ante una pregunta perfectamente razonable, y más irritado aún consigo mismo por preocuparse por la respuesta, preguntó:

–¿Y bien?

¿Por qué no se marcharía sin más? Sophie tenía ganas de gritar. Volverlo a ver la estaba destrozando por dentro. Se había obligado a sí misma a olvidar. A borrar de su memoria aquellas semanas de ensueño en la isla, borrar la manera en que lo había amado y cómo se había engañado a sí misma pensando que él la amaba a ella. Y lo que había venido después. Una pesadilla llena de humillación, dolor y desgracia. La creencia de Ettore de que ella era una ladrona, su indiferencia cuando ella lo había negado, el modo en que él se había asegurado de que nunca volviera a trabajar como niñera después de eso.

–A Finsbury Circus –murmuró Sophie. Si contestaba a su pregunta, aunque no tenía ningún derecho a hacerla, quizá así desaparecería y ella podría seguir su camino.

No tenía sentido correr. Para cuando llegara allí, Tim ya se habría marchado. No querría llegar tarde al trabajo, no cuando se jugaba el

ascenso. Y el taxi con el resto de sus cosas llegaría por la tarde, como Tim había sugerido. Al parecer había escaleras, muchas, y Sophie necesitaría ayuda para subir sus pertenencias hasta el segundo piso.

–Te llevaré. No está lejos –dijo él haciendo que sonara como una orden.

–No –contestó ella. Caminaría hasta que se le rompieran los pies antes que aceptar su ayuda.

–No seas idiota –dijo él con impaciencia–. Estás empapada y, como tú has dicho, no podrás llegar a tu cita por ti misma.

Ya le había agarrado el brazo con fuerza y la arrastraba hacia el coche. Tenía la puerta del copiloto abierta. El asiento de cuero parecía cómodo. El interior estaba cálido y seco, pero flotaba en el aire la leve fragancia del aftershave que solía utilizar.

Era demasiado íntimo. Él no lo notaría, por supuesto, ya que la despreciaba profundamente.

Hecha un lío, Sophie comenzó a meterse en el coche.

–¡Mi carrito! –exclamó–. No puedo dejarlo. Todas mis cosas están ahí.

–Yo me ocuparé. Deja ya de perder mi tiempo y el tuyo. Entra en el coche.

Sus palabras sonaron con la autoridad de un hombre acostumbrado a llevar la voz cantante. Torry se agitó en brazos de Sophie. Podían estar allí, bajo la lluvia, discutiendo todo el día, pero ella tenía que preocuparse por el bienestar de su hijo.

Finalmente se rindió, sintiendo el calor en sus mejillas y obedeció vacilante las instrucciones de «abróchate el cinturón, y al niño también», mientras Ettore se acercaba al carrito y lo empujaba por el pavimento hacia una tienda de caridad.

Le llevó sólo unos segundos y una generosa donación deshacerse del armatoste y sacar las mantas de lana, el osito de peluche azul y las bolsas de plástico que había dentro. Ettore no sabía por qué se molestaba. Desde luego no por el bien de esa maldita ladrona; eso estaba claro.

Se molestaba por el bien del pobre niño. Sí, por supuesto. Complacido con aquel pensamiento, dejó el contenido del carrito en el asiento trasero del coche y se colocó tras el volante. Ninguna mujer podría andar con ese tiempo empujando a un bebé en un trasto que debía de haber estado de moda en los tiempos de la reina Victoria.

–¿Dirección? –preguntó él apretando los dientes mientras ponía el motor en marcha.

Tras escuchar la respuesta vacilante de Sophie, el coche echó a andar. Observó que no llevaba anillo de boda. ¿Sería madre soltera?

Seguro que había ido directa de su cama a la de otro. Al pensar en eso, sintió cómo se le revolvía el estómago.

El bebé balbuceó. Ettore lo miró de reojo y vio sus brazos moverse vigorosamente, junto con unos rizos oscuros que asomaban por encima de su gorrito. Unos rizos tan oscuros y brillantes como sus enormes ojos marrones. Era un niño muy mono. Era una pena que la criatura hubiera acabado con una madre ladrona como ésa.

Sophie miró el reloj digital del coche y calculó que quizá podrían llegar a tiempo.

Entonces comenzó a martirizarse a sí misma por el hecho de tener un aspecto tan indeseable y desaliñado.

La montaña de sus posesiones, cosas del bebé que estaban en ese momento apiladas en el pasillo del amable vecino de Nanny Hopkins, tendrían que ser metidas en un taxi tal como estaban, sin contar con una bolsa de basura que albergaba el resto de su propia ropa. El espacio que quedaba libre en el carrito había sido ocupado por algunas cosas de Torry tales como pañales, cambios de ropa y biberones, de modo que no le había quedado más remedio que llevar puesto todo lo que tenía, cubriéndolo con el voluminoso impermeable que Nanny Hopkins utilizaba para cuidar su jardín cuando hacía mal tiempo.

Así que, sí, tenía un aspecto horrible. ¿Pero qué más daba?

–¿Y de qué se trata esa cita? ¿Son negocios o es algo personal? –preguntó Ettore, simplemente por decir algo para romper el incómodo silencio que se extendía entre ambos. No era que estuviera realmente interesado. De ninguna manera. Únicamente estaba decidido a ahorrarle al niño el tiempo horrible y prefería que el trayecto fuese lo menos desagradable posible.

–Personal –contestó ella nerviosa.

Ettore la miró con el ceño fruncido. Parecía enferma, pálida. Su cara era más delgada de lo que debería ser, pero su cuerpo estaba más hinchado, habiendo perdido las curvas que una vez lo habían caracterizado.

–¿Y? –insistió él. ¿Pero qué le ocurría? No le importaba un comino la vida personal de esa mujer. Giró el coche y se metió por una calle relativamente libre de tráfico, buscando el número que ella le había dicho.

La oyó suspirar antes de contestar.

–Me mudo a casa de un amigo. Sólo tiene un poco de tiempo para dejarme entrar –

dijo ella con rapidez para que dejara de hacer preguntas–. Puede que incluso ya se haya marchado.

Pero no fue así. A Sophie le dio un vuelco el corazón al ver a Tim bajar el escaso tramo de escaleras que llevaban a la puerta de la calle del edificio mientras que Ettore frenaba en seco.

Mientras que Sophie poco menos que salía volando fuera del coche, él salió y recogió las cosas que había depositado en el asiento trasero, preguntándose si ese hombre sería el padre del bebé. Ella había dicho que iba a mudarse con él.

Observó al tipo con los ojos entornados. No parecía el típico desesperado. Alto, pelo rubio, ojos azules. No parecía ser el padre. Al pensar eso sintió cómo le hervía la sangre. ¿Con cuántos hombres habría estado? No era que le importara, desde luego.

Se sentía afortunado por haber podido escapar.

Su amigo hablaba con rapidez, le dio algo a Sophie y luego miró hacia la casa.

Entonces, tras darle un beso en la mejilla a su amiga, se alejó por la calle a toda velocidad.

Solucionado. Ella y su hijo estarían a salvo de la lluvia en pocos segundos.

¿Entonces por qué no se sentía cómodo en absoluto?

–¿Va todo bien? –preguntó acercándose a ella.

Ella murmuró algo inaudible, instándole a que se marchara y la dejara en paz.

Odiaba el hecho de que la hiciese sentir así, lo odiaba a él por haber descubierto el tipo de persona que era, por lo que le había hecho. Y, sin embargo, no podía dejar de recordar el calor de su pasión, imágenes que creía olvidadas para siempre. Comenzó a subir las escaleras con toda la dignidad posible, sabiendo que él la seguía.

Abrió una puerta que daba a un pasillo estrecho y desierto, entró y dijo con toda la educación del mundo:

–Gracias por traerme –no lo miró a los ojos, simplemente señaló las mantas y las bolsas que él llevaba–. Déjalas aquí. Bajaré luego a recogerlas.

Torry comenzaba a agitarse mientras ella se dirigía hacia las escaleras. Sophie lo apretó contra su pecho; no quería que llamase su atención. Ettore no era tonto. Ella no quería que el físico de su hijo pusiese en funcionamiento el cerebro de su padre.

Pero notó cómo él la seguía. No tenía ningún derecho. No quería que estuviese cerca de ella ni de su bebé. Se había quedado sin derechos en ese campo en el momento en que la había tachado de ladrona y se había asegurado de que nunca volviese a ser contratada como niñera.

Tomó aliento tratando de calmarse, sabiendo que aquello no

conduciría a nada más que a ponerla histérica. No tenía sentido enfadarse por algo tan mundano como la mera educación.

Las buenas maneras de Ettore la habían impresionado cuando lo conoció en la casa que su hermana y su cuñado tenían en una isla italiana. La había tratado como a una invitada muy preciada, a ella, que simplemente trabajaba como niñera mientras la niñera oficial se recuperaba tras romperse una pierna. Así que, incluso aunque la tuviese por una ladrona, su educación le impediría marcharse y ver cómo ella sola subía sus cosas hasta el segundo piso.

Aun así, para cuando ella introdujo la llave en la cerradura de la puerta marcada con el nombre de Tim, él estaba demasiado cerca. Su cercanía prácticamente le quemaba en la piel. ¿Podría notar cómo se le había acelerado el pulso? Su respiración era cada vez más rápida y sentía sus respuestas más primitivas completamente descontroladas. Era detestable que su cuerpo aún reaccionara ante él cuando lo odiaba con todas sus fuerzas.

–Gracias –dijo ella sin saber cómo había sido capaz de hablar. Estaba a punto de explotar. Ella nunca había pretendido nada de él más que una simple aventura de verano. Pero su mundo se había venido abajo al ver que Ettore había creído las palabras de esa esnob de clase alta llamada Cinzia di Barsini, que la había creído a ella a pesar de que Sophie lo hubiese negado todo. Y eso le había hecho sentirse rechazada y destrozada. Y el hecho de que Ettore se hubiera encargado de apartarla de la profesión que amaba, había añadido resentimiento a todo aquello.

La puerta se abrió, dando directamente al salón. Era el típico piso de soltero. Los únicos toques de confort eran un sofá de cuero frente a una enorme televisión de pantalla plana y una mesa baja con un par de latas de cerveza vacías encima. Era evidente cómo vería Ettore, acostumbrado al lujo discreto y a las antigüedades, aquel ático de techo bajo lleno de revistas de coches apiladas y con las paredes ajenas a cualquier tipo de decoración.

–Adiós –añadió Sophie. Ceñirse a las formalidades era lo único que podía hacer.

Se giró para mirarlo y vio cómo colocaba las cosas en el sofá. Pero la dignidad era difícil de mantener cuando Torry le había agarrado el gorro de lana y se lo estaba bajando hasta los ojos.

Los ojos oscuros de Ettore se habían centrado en ella. ¿Sentiría pena? Sophie levantó la barbilla y trató de calmarse.

–Has sido muy… –trató de decir las palabras–… muy amable. ¿Has preguntado cuándo puedo pasar a recoger mi carrito?

Si la tienda de caridad no le guardaba el cochecito más de un día,

eso significaría otro paseo bajo la lluvia con Torry a cuestas. Aunque ese bruto arrogante no habría pensado en eso, claro.

Ettore levantó una ceja y esbozó una sonrisa.

–No lo harás –contestó él–. Lo he donado a la beneficencia –junto con un generoso cheque por cualquier problema que pudieran tener para tirarlo en el contenedor más cercano. Ettore se metió la mano en el bolsillo del pecho.

–¿Cómo te has atrevido? –preguntó ella con sus ojos grises llenos de lágrimas–. No tenías ningún derecho a regalar mis pertenencias. ¡Tenía un valor sentimental! –

exclamó sintiendo una mezcla de ira y angustia en el pecho, recordando el día en que Nanny Hopkins había aparecido por la calle orgullosa con el carrito. Lo había conseguido gracias a una conocida que trabajaba para una anciana adinerada que residía en Belgravia. Había estado en el ático durante décadas, y la señora Gore-Blenchley se había sentido más que complacida al saber que iba a ir a parar a un buen hogar.

«Piensa en los niños y niñas aristocráticos que habrán dado sus paseos diarios en este carrito», había dicho Nanny Hopkins. «Ya no los fabrican así. Es de calidad. Mira lo bonito que es. Dame una hora y parecerá como nuevo. Será perfecto para cuando nazca tu bebé».

La anciana había estado a su lado durante sus veinticuatro años. Tras ser despedida de su antiguo puesto cuando el padre de Sophie había vuelto a casarse al morir su madre, Nanny se había mantenido en contacto, escribiéndole cartas y mandándole regalos. Y había sido ella la que la había acogido a su regreso de Italia.

Sin trabajo, embarazada y sin casa.

Y ahora su vieja amiga se había ido por culpa de una apoplejía.

Con las lágrimas resbalando por sus mejillas, se giró para encarar a Ettore, sintiendo cómo la pena le quemaba en el pecho.

–No te importa nada que no venga en bandeja de plata, ¿verdad? Ni siquiera los sentimientos de la gente. ¡Sal de mi vista! ¡Ahora! ¡Vete!

Ettore se puso pálido, entornó los ojos y levantó la cabeza con orgullo. Nadie le hablaba de ese modo. ¡Nadie!

La miró con odio, sacó su cartera y tiró al suelo unos cuantos billetes.

–Consíguele a tu hijo algo más apropiado de este siglo –dijo con frialdad, y se marchó, lavándose las manos con respecto a su hijo por segunda vez en su vida.

Capítulo 2

NO TENÍA sentido engañarse a sí mismo pensando que realmente estaba escuchando *Aida* de Verdi. Tenía que asumir el hecho de que, haberse topado con Sophie Lang, había arruinado cualquier esperanza de poder relajarse un par de horas antes de ponerse con el papeleo.

Así que, tiró la idea por tierra, se puso en pie, abandonando su sillón de cuero, y apagó el equipo de música.

Incómodo con la situación, caminó hasta un enorme ventanal que había en la suite.

Miró las luces de la ciudad a través de la niebla y se metió las manos en los bolsillos de los pantalones que se había puesto tras ducharse.

Se sentía inquieto. Había algo en su mente pero no sabía lo que era. Frunció el ceño con fuerza y entonces se dio cuenta.

¡Conciencia culpable!

Lo cual ya era bastante, teniendo en cuenta que Sophie Lang no tenía ni la más mínima conciencia. Pero, saber por fin lo que lo atormentaba, le hizo sentir mucho mejor y volvió a recuperar el control sobre su mente.

Se había sentido demasiado furioso por el modo en que ella se había puesto con el tema del carrito como para afrontar la situación con calma. Y, pensándolo con frialdad, la actitud de Sophie durante todo el tiempo había sido de confrontación cuando, según su opinión y teniendo en cuenta su pasado como ladrona, debería haberse comportado al menos de manera humilde.

Pero, por otra parte, era evidente que se había sentido muy disgustada ante la pérdida de aquel horrible cochecito. Valor sentimental, como ella le había dicho. Si él lo hubiera sabido, jamás habría hecho semejante cosa. Había imaginado que estaría encantada de deshacerse de él y de utilizar su dinero para comprarse algo más a tono con los tiempos modernos.

Obviamente, había sido un error. Y un error aún peor era el haber tirado los billetes a sus pies de ese modo tan arrogante. Pero ella le había hecho perder los nervios, olvidar su código de comportamiento. Ése que había seguido con exactitud desde su nacimiento.

Eso ya no podía remediarse, pero el otro error sí podía. Miró impacientemente su Rolex y vio que eran las cinco y media pasadas. Podía ser que la tienda de caridad estuviese abierta hasta las seis. Valía la pena intentarlo.

Limpiaría su conciencia y Sophie habría salido de su mente una vez más. Sin problema. Al igual que después de aquella horrible noche hacía más de un año, cuando él la había colocado en lo más profundo

de su mente, calificándola como una experiencia amarga, y había decidido pasar página.

En segundos, ya se había puesto una chaqueta de cuero negra, había tomado las llaves del coche y había dejado el apartamento. El ascensor lo condujo hasta el aparcamiento.

Llegó a su destino justo cuando una mujer con cara de amargada estaba a punto de cerrar la tienda. Su encanto natural le proporcionó la entrada a la tienda e hizo que los rasgos de la mujer se suavizaran ligeramente. Y otro cheque destinado a la beneficencia le proporcionó la certeza de que el cochecito del bebé sería entregado en la dirección indicada a primera hora de la mañana siguiente.

De vuelta en el coche, mientras esperaba la ocasión de poder arrancar entre tanto tráfico, Ettore recayó en el hecho de que algo seguía atormentándolo.

¡Todavía!

¿Pero qué era? ¿Algo a lo que no quería enfrentarse?

Arqueó las cejas exasperado. Ya no le debía nada más a esa mujer. La había recogido de la carretera, la había llevado en coche a ella y a su hijo y le había conseguido el cochecito de vuelta.

De hecho, su futura esposa, Cinzia di Barsini, consideraría todo el esfuerzo que había puesto en Sophie Lang como una completa pérdida de tiempo totalmente innecesaria. El tipo con el que se había mudado Sophie podría ocuparse de ella. Su conciencia estaba limpia. Recuperaría su cochecito y eso debería ser el final de todo.

Pero no era así.

Entonces, la respuesta a lo que estaba atormentándolo apareció con claridad en su mente, y con una fuerza tal que casi lo dejó sin aliento.

Diciendo mentalmente una sucesión de improperios, giró el coche y se dirigió a Finsbury Circus. Sophie Lang tenía que responder a una pregunta muy importante.

Y Ettore conseguiría la respuesta aunque tuviera que arrancársela de dentro.

–No me gusta tener que salir corriendo y dejarte tirada –dijo Tim Dunmore dándose un golpecito en el bolsillo del pecho para comprobar que su cartera estaba en su sitio–, pero Rocko me matará si me pierdo su despedida de soltero.

–No te preocupes –dijo Sophie dirigiéndole una sonrisa–. Te has portado genial.

Nunca te estaré lo suficientemente agradecida por acogernos.

El hermano mayor de su mejor amiga, Tina, al que no había visto en un par de años, desde la boda de Tina con su novio canadiense,

había entrado un día en el bar en que ella estaba trabajando y se había enterado de toda su historia. Por aquella época ella estaba de tres meses, hospedada en casa de Nanny Hopkins, había sido despedida de la agencia y puesta en la lista negra por haber sido acusada de deshonestidad, sin importar sus constantes declaraciones de inocencia.

Al igual que Nanny Hopkins, Tim la había creído y le había escrito su número de móvil en la parte de atrás de su tarjeta, haciéndole prometer que se pondría en contacto con él si necesitaba algo, cualquier cosa.

A pesar de no poder imaginar razón alguna para necesitar su ayuda, Sophie se había guardado la tarjeta, y se alegró de haberlo hecho cuando su mundo se vino abajo.

Nanny Hopkins había parecido más invencible que nunca por aquella época, cuidando de Torry mientras Sophie hacía turnos en el supermercado local para no acabar con los escasos recursos de la mujer. Y entonces Nanny había muerto. La apoplejía había sido tan súbita y brutal.

Con todo el dolor en su alma, en mitad de los preparativos del funeral, Sophie había recibido la noticia de que, como Nanny estaba en el piso como inquilina, ella tendría que dejar la propiedad en la mitad de tiempo, y los precios de las casas estaban desorbitados.

Como tenía que pensar en su hijo, se había tragado su orgullo y había telefoneado a su madrastra. Pero su petición de un sitio donde alojarse hasta que se arreglaran las cosas no le había servido de nada.

–No pretendas que te solucione yo un problema que tú sólita te has buscado.

Deberías dar al crío en adopción, por el bien de ambos. Además, estoy tratando de pescar a un viudo muy bien situado, sin hijos, gracias a Dios, y tú y tu mocoso no haríais más que arruinar mi estilo de vida. Podrías intentarlo con Tiffany, pero no albergo muchas esperanzas. Le va muy bien, compartiendo un bonito piso con dos de sus compañeras modelos –había dicho la mujer. Y así había seguido durante un rato, regocijándose en el éxito de su maravillosa hija sobre las pasarelas en comparación con el fracaso total que era la vida de su hijastra.

Desesperada, Sophie le había colgado el teléfono. Stacia nunca había tenido tiempo para ella. En cuanto se había convertido en la nueva mujer de su padre, había despedido a Nanny Hopkins, haciendo todo lo posible por ningunear a Sophie, destacando las virtudes de su hija Tiffany.

Entonces Sophie había recordado la oferta de Tim si alguna vez

necesitaba ayuda.

–Siempre te estaré agradecida –repitió ella sinceramente mientras Tim le dirigía una sonrisa.

–¡No hay problema! Tina y tú erais como uña y carne de pequeñas, así que supongo que soy como un hermano para ti. Pero bueno, será mejor que me ponga en marcha –dijo él dirigiéndose a la puerta–. No me esperes levantada. Ah, sí –añadió desde la puerta–. Tina dijo que te llamaría después de comer. Hay cinco horas de diferencia, así que no creo que tardes en oír su llamada –y se marchó, dejando a Sophie con una sonrisa en la cara.

Tim Dunmore era todo un encanto. Había vuelto antes del trabajo para ayudarla a subir las cosas que el taxi había dejado en la puerta y había montado la cuna para que Sophie pudiera acostar a Torry lo antes posible.

De hecho los Dunmore y Nanny Hopkins habían sido lo más cercano que ella había tenido a una familia desde que su madre había muerto tan joven en dramáticas circunstancias. Tina, su mejor amiga desde el colegio, se había asegurado de que pasara casi todas sus vacaciones de verano con ellos.

Stacia había estado encantada de poder librarse de ella y, aunque Sophie estaba segura de que su padre debía de haberla querido a su manera, había estado siempre demasiado ocupado ganando el dinero que su nueva mujer quería gastarse. Se había cavado su propia tumba tratando de estar al nivel de las expectativas de Stacia, lo cual había sido totalmente en vano, puesto que, cuando murió, estaba prácticamente en bancarrota.

Tratando de tragarse el nudo que sentía en la garganta, Sophie intentó no pensar en el pasado. No podía hacer nada para cambiarlo. Los amigos que tenía eran buena gente, valían su peso en oro, y no como Ettore Severini.

Pero no quería pensar en él. Su encuentro con él aquel día había sido desafortunado, pero no significaba que fuera a dejar que entrara en su mente una vez más.

Esperaba la llamada de Tina y, como los padres de su amiga estaban allí de visita, también podría hablar algo con ellos. Por suerte, todos habían respetado su decisión de mantener en secreto el nombre del padre de Torry. Y, mientras tanto, tenía el periódico de la tarde para entretenerse y buscar trabajo.

Un puesto de ama de llaves para alguien que no tuviera objeción a que hubiese un niño en el paquete sería perfecto. Pero, si alguien la contrataba a largo plazo, le pediría referencias y la agencia que la había puesto en la lista negra, desde luego, no se las iba a

proporcionar. Lo mejor a lo que podía aspirar era algo a media jornada y mal pagado. Nunca lograría ganar el dinero suficiente como para poder proporcionarle al niño una guardería y tampoco podía abusar de Tim más de una semana o dos.

Tratando de colocar esos pensamientos en lo más hondo de su mente para poder considerarlos más tarde, fue a echarle un ojo a Torry, que dormía plácidamente en su cuna pintada de azul junto a la pequeña cama que Tim tenía en su habitación de invitados. Acababa de sentarse para ver la sección de empleo cuando alguien llamó a la puerta del piso con impaciencia.

¿Alguien en busca de Tim? Dejó el periódico abierto sobre la mesa, se apartó un mechón rubio de la cara y caminó descalza hacia la puerta. Inmediatamente hizo todo lo posible por volver a cerrarla, pero su fuerza no podía compararse a la de Ettore, que consiguió entrar en el piso sin esfuerzo.

Sophie se puso una mano en el pecho y notó que el corazón le latía a mil por hora.

Observó cómo Ettore caminaba hacia el centro del salón y luego se daba la vuelta para encararla.

Él dominaba el espacio a su alrededor y parecía que cargaba el aire de electricidad.

Le había producido el mismo efecto la primera vez que se habían visto. La energía sexual la había sobrepasado en su momento, haciéndola creer que estaban hechos el uno para el otro, pero ya no necesitaba eso.

–¿Qué quieres? –preguntó ella con aire desafiante.

«Insolencia exagerada» era la única manera de describir el modo arrogante en que él inclinó la cabeza para mirarla. Su chaqueta de cuero daba la impresión de ser carísima, y acompañaba a lo que parecían ser unos pantalones de chándal y unas playeras viejas.

Sólo una persona increíblemente segura de sí misma, con una larga lista de ilustres antecesores, podría salir impune con aquella mezcla de complementos tan dispares.

Ignorando los efectos que se producían en su cuerpo cada vez que estaba cerca de ella y recordando lo esnob y mentiroso que era, dijo con ira:

–No tenemos nada que decirnos.

En ese momento sonó el teléfono.

–Contesta –dijo él indicando el aparato que Sophie parecía ignorar.

Mientras la observaba descolgar el auricular, Ettore vio que se había equivocado con respecto al hecho de que hubiera engordado. Sus vaqueros gastados y su jersey de lana revelaban ese cuerpo tan

deseable que recordaba a la perfección; su diminuta cintura, sus pechos voluptuosos y sus curvas tentadoras.

Sintió la lujuria dentro de él. No quería sentir eso. Podía elegir entre algunas de las mujeres más glamorosas del mundo si quería. ¿Entonces por qué aquella mujercita lo ponía tan caliente como a un adolescente cuando, desde que había descubierto sus verdaderas intenciones, no había sentido nada semejante?

Se le quedó la boca seca. Tragó saliva y trató de concentrarse en la razón de su presencia allí. No tenía nada que ver con su cuerpo, ni con su piel bajo sus manos.

Tenía que ver con los genes. Sus enormes ojos eran de color gris suave y su pelo largo era de un maravilloso rubio platino. Por lo que él había visto del tipo con el que Sophie vivía, era tan rubio como ella. Así que era poco probable que fuera el padre del niño. Y, a no ser que a Sophie le gustara ir de cama en cama...

Sophie había contestado al teléfono tras darse cuenta de que sería su amiga Tina y de que se preocuparía innecesariamente si no descolgaba.

Pero le resultaba imposible tener una conversación normal con su amiga bajo la atenta y fría mirada de Ettore.

–Mira –dijo Tina–, ya lo has pasado bastante mal. Era evidente que Stacia no te iba a pasar ni una. Pero, quizá, el padre de Torry, sea quien sea, pueda ayudarte en algo.

–Mira –dijo Sophie con rapidez–, no puedo hablar ahora mismo. Te llamaré luego

–y colgó el auricular, se dio la vuelta y trató de hacer que su cara dejara de estar roja como un tomate.

No podía decirle a su amiga que su hijo estaba mucho mejor lejos de un padre que era un esnob, un mentiroso y un seductor que embelesaba a las que, probablemente, llamaría miembros de la clase baja. No podía decirle eso cuando él estaba frente a ella, escuchando cada palabra.

Y Ettore Severini no podía saber que tenía un hijo. Dado lo que ya sabía sobre su personalidad, probablemente negaría toda responsabilidad porque, había que asumirlo, ya había elegido a otra de su clase para ser la madre de sus hijos. Pero no podía arriesgarse ni por lo más remoto al hecho de que, por algún casual, quisiera la custodia del niño. Porque, si era así, se aseguraría de conseguirla. ¿Y dónde la dejaría todo eso a ella?

En ninguna parte.

–¿Dónde están? –preguntó él con rapidez.

–¿Quiénes?

–Tu hijo y tu amante.

–Tim no es mi amante –dijo Sophie apretando los labios. No tenía ningún derecho a preguntarle nada pero, como parecía no tener intención de marcharse hasta obtener la respuesta, prefirió centrar la atención en el hermano de su amiga antes que en su bebé–. Es un buen amigo y, aunque no es de tu incumbencia, ha salido esta noche.

–Claro –dijo él levantando una ceja, dando a entender que no se creía que fuesen amigos. Aunque eso a ella le daba igual. La opinión que él tenía de ella era pésima, así que no podía ir a peor.

Temblando por dentro, Sophie se acercó a la puerta y la mantuvo abierta.

–Por favor –dijo–, márchate. Debes de tener una razón para estar aquí pero, sea cual sea, no me interesa.

Estar de nuevo con él le traía a la memoria demasiados recuerdos, la mayoría tan hermosos que estaban llenos de dolor, puesto que estaban fundamentados en unas técnicas de seducción extremadamente cínicas. Ettore había revelado su verdadera personalidad aquella última noche. Y tampoco quería recordar eso.

–¿No?

Sophie se quedó blanca. Era increíble cómo una palabra de dos letras podía sonar tan amenazante. Pero así era.

Se estremeció al ver esos ojos negros clavados en ella. Sentía las plantas de los pies frías y una corriente de aire ascendía por las escaleras, pero se mantuvo en su lugar con la intención de que se marchara.

Pero no lo hizo. Simplemente se acercó y cerró la puerta tras ella antes de preguntar:

–¿Entonces, qué edad tiene exactamente?

En ese momento Sophie quiso salir corriendo como el viento y comenzó a sentir el corazón con fuerza bajo sus costillas. Había estado temiendo ese momento desde que la había encontrado en la carretera. Había estado albergando la esperanza de que aquel banquero sofisticado y millonario tuviera tanto interés en aquel niño como en una hormiga. Aferrándose a esa esperanza todavía, levantó la barbilla y contestó.

–Veintiocho.

Madre di Dio! Estaba tentando a su suerte. Ettore trató de ser paciente y dijo:

–No tengo ningún interés en saber nada del hombre con el que te acabas de mudar. ¿Qué edad tiene tu bebé?

Sophie sintió que se iba a desmayar. Aquella pregunta era la prueba evidente de sus sospechas. Apretó los labios y se mantuvo en

silencio.

–¿Siete meses? –preguntó Ettore tras haber hecho sus cálculos.

Sophie se quedó de piedra. Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla. Se le había quedado la boca seca. Levantó la mirada y trató de decir algo que le dejara claro que ella y su bebé estaban fuera de su alcance.

Pero Ettore se le adelantó, hablando con voz fría y con un brillo oscuro en los ojos.

–Me dijiste que tomabas anticonceptivos y yo te creí. Supongo que me creí eso como me creí todo lo demás. «Temeraria» debe de ser tu segundo nombre.

Entonces Sophie se sintió furiosa. Ettore ya la creía lo suficientemente temeraria como para robar una valiosa joya a su prometida. ¿Pero temeraria como para tener sexo con él sin protección y mentir al respecto?

Ella tomaba la píldora por entonces pero, a veces, probablemente debido a todo lo que había ocurrido en la isla, a creer que había encontrado el amor de su vida, a tener que cuidar de los gemelos, a veces se había olvidado por completo.

–Puede que disfrutaras del sexo descontrolado, que seguro que te encanta, con cualquier otro antes de que yo llegara a la villa. El jardinero de mi cuñado también tiene el pelo y los ojos oscuros. Habría que tenerlo en consideración. Pero quizá tú puedas arrojar luz sobre el asunto. ¿O acaso no sabes quién es el padre?

Sophie se quedó pálida al escuchar semejante suposición sobre su moral. Se sentía incapaz de decir una sola palabra, aunque su vida dependiera de ello, y creía que iba a desmayarse.

–Veo que obviamente no vas a arrojar ninguna luz sobre el asunto –añadió él con frialdad. Entonces, para sorpresa de Sophie, se giró y se dirigió hacia la puerta.

¡Iba a marcharse! No tenía mayor interés en Torry, en si el bebé era suyo o de otro.

El miedo de que pudiera querer la custodia para criar a su hijo en el mismo estilo de vida que le pertenecía a él había sido totalmente absurdo e infundado.

Pero, justo cuando empezaba a relajarse, Ettore Severini se detuvo y se dio la vuelta una vez más junto a la puerta.

–Pienso averiguar la verdad. Te sugiero que lo consultes con la almohada. Si mañana sigues negándote a darme una respuesta, conseguiré las pruebas que necesito. Con un simple análisis de ADN servirá.

A medio camino en su descenso por las escaleras, Ettore ya estaba

hablando por el móvil. En el pasado, el banco había tenido ocasión de utilizar los servicios de una agencia de detectives privados muy eficiente y discreta. Al llegar a su coche, concluyó la llamada. Alguien estaría allí pocos minutos después. Alguien vigilaría. Y, si Sophie intentaba escapar con el bebé, con su bebé, probablemente, la seguirían.

Si el niño de pelo y ojos oscuros era suyo, y su instinto le decía que así era, entonces Sophie descubriría que no había dónde esconderse.

Capítulo 3

NINGUNA mujer joven, con bebé o sin él, había sido vista saliendo del edificio.

Ésa fue la información que recibió Ettore mientras caminaba por Finsbury Circus por la mañana, prefiriendo gastar algo de energía andando en vez de sentarse tras el volante.

Cuando divisó la residencia actual de Sophie Lang, colgó el teléfono y vio cómo el coche discretamente aparcado frente al edificio se alejaba. Se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta, desechando la información innecesaria que había obtenido de que un hombre alto y rubio había recibido un cochecito negro aquella mañana antes de salir corriendo del edificio.

El hecho de que el último amante de Sophie hubiera salido del edificio corriendo, probablemente porque llegara tarde, no le importaba en absoluto. Y el nudo que sentía en su interior no tenía nada que ver con los celos. Por supuesto que no. Se trataba más bien de la rabia de saber que, el niño que probablemente fuese su hijo, iba a tener una niñez bajo el dudoso cuidado de innumerables «tíos» y una madre sin moral alguna.

Si el niño era suyo.

Y, de pronto, el deseo de que el niño fuera suyo lo golpeó con fuerza, dejándolo pegado al suelo durante unos segundos, hasta recuperar finalmente la compostura y encarar los escalones con la cabeza bien alta. De un modo u otro, lo descubriría.

–Duerme bien, cariño –dijo Sophie mientras colocaba a su hijo dormido en la cuna, arropándolo con cuidado.

Cuando salió de la habitación, se quedó quieta durante un momento y tomó aliento, sorprendida de poder mantenerse en pie.

Los lloros de Torry exigiendo su desayuno la habían despertado poco antes de las cinco y media de la mañana. Así que mientras le daba de desayunar, lo bañaba y jugaba con él, había conseguido mantener sus temores a distancia.

Pero ya habían regresado, dispuestos a atacarla.

Se daba cuenta de que iba a tener que decirle a Ettore Severini que Torry era su hijo. Aparte de hacer las maletas y salir corriendo, sin saber a dónde, no se le ocurría otra solución.

Él ya sospechaba tremendamente y, si ella trataba de mentir al respecto, él insistiría en hacer la prueba del ADN para obtener la verdad. Y eso le proporcionaría más pruebas en su convencimiento de que ella era una mentirosa y de que él merecía la custodia.

Así que tendría que decírselo y esperar que le encontrara sentido y que viera que, el reconocer a un hijo suyo, no haría ningún bien en su

relación con su esposa. Por lo que recordaba de su, por aquel entonces, prometida de ojos negros, no tenía ni un ápice de compasión.

Se sentía físicamente enferma. Recordando. No quería recordar, así que apretó los dedos contra sus sienes para intentar bloquear todas esas imágenes de nuevo. Pero no funcionó, y las escenas que condujeron a aquella última noche se repitieron en su cabeza como una pesadilla interminable.

Ella y los gemelos de cuatro años del señor Valenti, Matteo y Amalia, habían regresado de la isla el día anterior. Ettore se había marchado el día antes para asistir a lo que él había llamado una urgente reunión de negocios. Una vez en tierra, el señor Valenti los había recibido, para deleite de los niños, que no habían visto a sus padres en cuatro semanas.

Cuando el helicóptero de la compañía despegó camino de Florencia, el señor Valenti había suspirado y había dicho:

–¡Menudo verano! Este año mi mujer y yo no podremos escapar del calor de la ciudad. Demasiadas reuniones de negocios. La pobre Flavia se queja de que se está marchitando, y está deseando ver a sus hijos de nuevo. Le hubiera gustado estar aquí ahora, pero está ocupada preparando su fiesta de cumpleaños.

Sophie hizo todo lo posible por sentirse compasiva, pero sabía que no podía. Si los Valenti no se hubieran visto obligados a quedarse sin vacaciones, Ettore, el hermano de Flavia, no habría tenido que pasarse por la isla para comprobar que la nueva niñera se estuviera haciendo cargo correctamente.

Y entonces no se habrían encontrado el uno al otro, ni se hubieran enamorado apasionadamente, haciéndose feliz mutuamente. Pero el idilio de la isla había acabado, y en un par de días iba a regresar a Inglaterra porque la niñera permanente de los niños ya se había recuperado y los esperaba en el distrito de Oltrano, al otro lado del Amo, donde residían las familias adineradas de Florencia.

Pero no había acabado realmente. Ettore no se había declarado con esas palabras, pero el instinto de Sophie le decía que él sabía que estaban hechos el uno para el otro.

¿Acaso no le había dicho en su última noche en la isla que la acompañaría hasta Londres porque tenían mucho de qué hablar?

De vuelta en Florencia, en el último día de Sophie, Flavia la invitó a unirse a su fiesta de cumpleaños, planeada para aquella misma noche. Los invitados que iban a pasar la noche ya habían comenzado a llegar, entre ellos la espectacular y glamorosa Cinzia di Barsini, que viajaba con su criada.

—Ya no eres la niñera. Hasta que te marches mañana por la mañana, serás una invitada muy preciada. Por favor, no me decepciones.

Sophie se vio obligada a aceptar ante semejante invitación, aunque, en condiciones normales, se hubiera mantenido alejada de un grupo de extraños tan sofisticados.

Y sólo por el convencimiento de que Ettore asistiría a la fiesta de su hermana, Sophie se encontró a sí misma rebuscando entre su maleta algo apropiado que ponerse.

No lo había visto desde que había abandonado la isla, pero no dejaría que eso la pusiera nerviosa. Él era un hombre ocupado, pero un hombre de palabra. Confiaba en él sin reservas. Estaría allí esa noche, si no antes, y estaría encantado de acompañarla a Londres para hacer planes sobre su futuro.

La fiesta estaba en todo su apogeo cuando Sophie se unió a ella. Aún no había rastro de Ettore. Ella estaba haciendo todo lo posible por no ponerse ansiosa ante su ausencia.

El gran salón parecía estar vivo con el murmullo de todos los ricos y poderosos charlando entre ellos. Las mujeres, ataviadas con trajes de diseño y joyas exclusivas, la hacían sentir completamente fuera de lugar.

Ella había imaginado que el vestido de algodón color crema con corpiño ajustado y falda hasta las rodillas sería apropiado. Pero no lo era en absoluto. Estaba totalmente pasado de moda en aquel lugar, y ella se habría retirado de vuelta a su habitación si Flavia no la hubiera agarrado del brazo e insistido en presentársela a sus amigos, colocándole una copa de champán en la mano.

Sophie estaba a punto de preguntarle a su anfitriona si Ettore iba a asistir cuando lo vio.

Estaba bajo el arco de la puerta, hablando con la glamorosa Cinzia di Barsini.

Suspiró aliviada y se odió a sí misma por haber dejado que la ansiedad la embargara.

¿Cómo se había podido plantear el hecho de si Ettore iba a aparecer antes de su vuelo de por la mañana? Él la amaba, y lo que habían compartido había sido especial para ambos, no sólo una simple aventura de verano.

El amor la derretía por dentro. Él estaba indescriptiblemente guapo. Llevaba puesta su chaqueta color crema y unos pantalones oscuros y estrechos, y la perfección de sus rasgos la dejaba casi sin aliento. Y era de ella. Increíble pero cierto.

Sophie se apartó del grupo con el que estaba para intentar que él la

mirara. Y, como si hubiese expresado su deseo a todo volumen, Ettore apartó los ojos de la hermosa mujer, que parecía tenerlo inmerso en una conversación muy seria, y la miró a ella, manteniéndole la mirada durante un momento, haciendo que su corazón se acelerase igual que se había acelerado cuando él había aparecido en la cala desierta aquella noche cálida mientras ella salía del agua medio desnuda.

Entonces, desvió su atención hacia algo que acababa de decir Cinzia mientras le sonreía y le tocaba el brazo con delicadeza.

Sophie se bebió el champán sintiéndose feliz. Ettore se uniría a ella cuando esa mujer dejara de atosigarlo. Era demasiado educado como para dejarla con la palabra en la boca.

Pero Flavia hizo eso por él cuando se acercó, le colocó ambas manos sobre los hombros y le dio dos besos a su hermano. Ettore sacó una pequeña caja de uno de los bolsillos de su chaqueta y se la entregó a Flavia. Era su regalo de cumpleaños.

Sophie estaba contemplando la imagen con una sonrisa cuando Cinzia di Barsini se deslizó hacia ella con el sigilo de una serpiente. Y la analogía se hacía más evidente con aquel vestido negro que se ajustaba a todo su cuerpo y aquellos ojos negros que brillaban envenenados.

–¿Puedo hacerte una sugerencia? –preguntó Cinzia sin más preámbulos–. Será mejor que te vayas. Ver a una empleada babeando por mi prometido hace que todo el mundo se sienta avergonzado. Te pone como una moto, y eso no está nada bien. Sé que ha pasado tres semanas contigo y con los gemelos en la isla, pero sólo porque Flavia no se fiaba de tu capacidad como niñera. Y, conociéndolo, seguro que Ettore flirteó un poco para acabar con el aburrimiento. Va en su naturaleza. No significa absolutamente nada. Así que haznos un favor a todos, sobre todo a Ettore, y olvídate de ello, sea lo que sea lo que es «ello». Ya me ha dicho que ha estado a punto de no venir a la fiesta porque sabía que estarías aquí babeando detrás de él, como hiciste en la isla, aburriéndolo como una ostra. Pero él y yo teníamos cosas que ultimar sobre nuestra inminente boda.

Cuando la mujer se había marchado, Sophie se había sentido físicamente enferma.

Aún podía recordar el sentimiento, cómo ella se había quedado con náuseas y sudores fríos mientras Cinzia volvía a reunirse con Flavia, que había estado admirando el brazalete de esmeraldas que su hermano le había regalado. Cinzia había agarrado a Ettore del brazo y le había dicho algo, algo urgente a juzgar por su cara, algo que había hecho que Ettore frunciera el ceño inmediatamente.

Entonces los dos habían abandonado la sala y Sophie se había

sentado en una silla, a punto de derrumbarse. Así que ni siquiera iba a hablar con ella. Estaría demasiado ocupado con su futura esposa, discutiendo sobre los planes de boda. Apenas podía comprenderlo.

¿Acaso toda la pasión había sido mentira? ¿Todo lo que había dicho? ¿Su seducción no había sido más que un juego para no aburrirse? En aquel momento le había parecido casi imposible de creer. Aunque, por otra parte, Cinzia no habría dicho que era su prometida si no hubiera sido verdad. ¿Qué ganaría diciendo cosas que podrían desmentirse con facilidad?

La gente había comenzado a mirarla. Una criatura desgraciada con un vestido barato en un silla y dando la impresión de que su mundo se había hecho pedazos.

Y así había sido.

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, se había puesto en pie y se había acercado a Flavia con la necesidad de asegurarse. Puede que Cinzia hubiese mentido. En aquel momento no se le ocurría razón alguna, pero a veces ocurrían cosas extrañas.

–Es precioso –dijo Sophie refiriéndose al brazalete.

–Sí. Ettore siempre me ha malcriado –contestó Flavia.

–Entonces, también ira a malcriar a Cinzia. He oído que están prometidos. Ella es preciosa.

–La belleza sólo está a flor de piel –dijo Flavia–. Sin embargo, esta unión, que fue el último deseo de nuestro difunto padre, traerá consigo muchas ventajas –entonces, con una sonrisa, cambió de tema–. Ven, vamos a mezclarnos por ahí. Te presentaré a...

–Lo siento –dijo Sophie con un susurro. Se sentía estúpida por haber albergado la esperanza de que Flavia negase lo que Cinzia había dicho–. Tendrás que perdonarme. Me duele la cabeza.

–¡Oh, querida! –dijo Flavia–. ¿Qué puedo hacer? ¿Llamo al ama de llaves? Estás muy pálida. ¿Tienes algo que puedas tomar?

–Sólo necesito tumbarme. Por favor, no te preocupes –se sentía como una mentirosa, pero la migraña era lo único que se le ocurría para ahorrarse la angustia de tener que hablar con gente cuando por dentro se estaba muriendo–. Por la mañana estaré bien –añadió, sabiendo que, en realidad, pasaría mucho tiempo antes de poder sentirse medianamente bien.

Con una última sonrisa consiguió salir de la sala y vio cómo la criada personal de Cinzia bajaba las escaleras del hall con una extraña expresión de triunfo.

Ignorando el saludo de la mujer, porque no podía arriesgarse a hablar y echarse a llorar, Sophie se dirigió hacia una puerta que daba al jardín trasero, encontró allí un banco de piedra y se sentó, dejando

que la oscuridad la envolviera.

¡Qué ingenua había sido al creerse las promesas de Ettore! Él era un hombre altamente sofisticado, provenía de una familia de banqueros muy respetados, era increíblemente rico, carismático y muy guapo. ¿Cómo iba a plantearse la posibilidad de atarse con una don nadie que no tenía nada a su favor salvo una fogosidad ardiente en la cama?

Aquella certeza la hizo pedazos por dentro, pero tenía que aceptarlo. No era la primera mujer que se dejaba llevar por un hombre encantador y tampoco sería la última.

No tenía ni idea del tiempo que se quedó allí sentada. Lo único que sabía mientras subía por las escaleras del servicio para llegar a su habitación, era que había perdido su corazón, pero le quedaba la dignidad.

Y, si Ettore la buscaba antes de que se marchara por la mañana, se mantendría serena. Nada de lágrimas ni recriminaciones. Sólo le ofrecería enviarle una bonita tostadora como regalo de boda, si es que se dignaba a decirle la fecha del enlace.

Pero no iba a ir a buscarla, pensaba Sophie mientras se preparaba para irse a dormir. Era tarde y suponía que la fiesta ya habría acabado. Y Ettore se habría marchado tras haber ultimado los planes de su inminente matrimonio, sin espacio en su cabeza para pensar en aquella empleada con la que se había entretenido para pasar los días en la isla privada de su familia.

Tenía que aceptarlo, reconocer que había sido utilizada por un maestro de la seducción, tratar de olvidarse del dolor y seguir con su vida.

Tragándose los sollozos, abrió la maleta y metió dentro el vestido de cualquier manera.

Nunca volvería a ver a Ettore. Amarlo se había convertido en todo su mundo y, a pesar de lo que le habían dicho esa noche, no podía acabar con eso. Se giró hacia la cama, odiando la perspectiva de pasarse la noche llorando, y entonces se sobresaltó al notar cómo la puerta se abría de golpe.

Cinzia di Barsini estaba en el marco de la puerta mirándola con desprecio. De detrás de ella surgió Ettore, que entró en la habitación. Se había quitado la chaqueta y llevaba la camisa de seda abierta a la altura del cuello, revelando su piel bronceada, esa piel que había sido su perdición.

Pero tenía la cara pálida y los ojos tristes. Su boca sensual era una línea recta y severa en el momento en que su prometida estiró el brazo, señalando la maleta de Sophie.

–¡Ábrela! Estará allí. Si no, registra cada centímetro de la habitación.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó Sophie en total desventaja, llevando una de las camisetas viejas que usaba para dormir y con el pelo suelto, y sabiendo que su pregunta había sonado más como la de una niña asustada que como la de una adulta enojada.

Cinzia la ignoró, avanzando hacia la maleta y golpeándola con un zapato.

–Se han hecho algunas acusaciones –dijo Ettore.

Entonces se giró y apareció en la puerta la criada de Cinzia. Sophie no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo pero, fuera lo que fuera, no le gustaba.

–¿Qué acusaciones, Ettore?

–¡Que me has robado! –exclamó Cinzia con odio–. Filomena, repite lo que viste para que no haya lugar a dudas.

El discurso en italiano que siguió fue imposible de seguir. Sophie sólo era capaz de entenderlo si se hablaba lenta y claramente. Además, ¿cómo podía concentrarse cuando la cabeza le daba vueltas ante semejante acusación?

–Filomena dice –comenzó a traducir Ettore– que te ha visto salir de la habitación de Cinzia hace un par de horas. Cuando te preguntó, pensando que estarías buscando a Cinzia, te negaste a contestar.

–Yo no me he acercado a su habitación –dijo Sophie acaloradamente–. Si ni siquiera sé cuál es. ¡Yo no he robado nada!

Ettore prosiguió como si ella no hubiese hablado.

–Cinzia había dejado su joyero abierto sobre el tocador. Al irse a dormir se ha dado cuenta de que le faltaba una pieza muy valiosa. ¿Una gargantilla de diamantes?

–le preguntó a Cinzia. Ésta asintió apretando los labios y Ettore volvió a dirigirse a Sophie–. Llamó a Filomena para preguntarle si ella lo había cambiado de sitio y ella le dijo que te había visto salir de su habitación mientras todos estaban en la fiesta.

–¡Yo no me he llevado nada! –exclamó Sophie al borde de su paciencia–. ¿Cómo puedes creer que sí?

¿Cómo podía? Incluso tras haberla mentido, utilizado, después de aquellas largas noches de pasión, cuando la había hecho creer que era feliz, después de esas cenas íntimas para dos, ¿al menos no la conocía lo suficiente como para saber que era sincera?

Su ceño fruncido se incrementó cuando Filomena se inclinó para abrir la maleta.

Sophie se acercó para detener aquella invasión a su privacidad, pero la mano de Ettore la detuvo.

–Siento mucho todo esto –dijo él–. No hay nada que temer. Te lo prometo.

Pero sí que lo había. Sophie lo sabía en su interior. La habían engañado. ¿La criada? ¿Cinzia? Parecía totalmente ridículo, pero supo que era una realidad cuando Filomena comenzó su discurso triunfante y se puso en pie mostrando la joya en su mano.

Después de eso, Sophie se quedó demasiado sorprendida como para decir nada más en su defensa, ni siquiera cuando Ettore le preguntó:

–¿Y bien?

Sophie sabía que Ettore se creía lo que veían sus ojos, y eso, sabiendo que además iba a casarse, había conseguido tirar su amor a la basura como un billete de autobús utilizado. Era lo último que necesitaba para que su cerebro dejase de funcionar.

–¿Nada que decir? –insistió Ettore mirándola fijamente. Entonces se dio la vuelta y se marchó.

Su futura esposa había quitado la llave de dentro de la puerta.

–Me aseguraré de que salgas cuando el conductor venga a buscarte por la mañana para llevarte al aeropuerto. Puedes estar agradecida de que no esté de humor para presentar cargos. Sería un placer saber que estás entre rejas, pero tengo que pensar en mi boda, y ése es todo el placer que necesito en este momento.

Sophie se tragó el nudo que sentía en la garganta, preguntándose si, después de todo, ella y Torry deberían intentarlo. Encontrar algún lugar donde esconderse hasta que Ettore se rindiera y regresara a Italia, con su mujer.

Recordar todo aquello le había hecho perder el sentido de la proporción, y se obligó a sí misma a reunir lo que le quedaba de sentido común. Salir corriendo sin lugar a donde ir sería lo peor que podría hacer por su bebé.

Se acercó a la ventana y miró a la calle con la esperanza de que Ettore se cansara y no regresara. ¿Para qué querrían un banquero aristocrático y su mujer un hijo ilegítimo? ¿O de qué les serviría la mala publicidad que les daría la lucha por la custodia?

Torry era su hijo. Seguramente él se daría cuenta de que sería un crimen separarlo de su madre.

Pero, por otra parte, diría que ella no estaba preparada para criar a un niño.

Entonces cambió de opinión y deseó que apareciese pronto para poder zanjar el asunto cuanto antes. Sólo entonces podría empezar a buscar una solución a su situación actual.

Y entonces lo vio, aproximándose a la puerta de la calle con paso

decisivo e intimidante. El corazón le dio un vuelco y, en un impulso desesperado, Sophie abrió la puerta del piso y corrió escaleras abajo para encontrarse con él. Sabía que estaba siendo irracional, tratando de mantenerlo lo más alejado posible del niño, y, en su carrera para evitar que abriese la puerta, tropezó con algo y cayó al suelo.

Ettore subió los escalones y abrió la puerta de la calle. Tuvo que morderse la lengua para no hacer ningún comentario cáustico al ver a la madre de su posible hijo tirada en el suelo, despeinada y mirando asombrada el viejo cochecito de bebé.

Él estiró la mano pero, ignorando ese gesto, Sophie se puso en pie sin ayuda.

–¿Me has traído de vuelta el carrito?

Él asintió con la cabeza. Recordaba aquella mirada perfectamente, aquellos ojos grandes e inocentes, claros y directos. Había sido todo parte de su interpretación.

Sólo tenía que recordar eso para volver a despreciarla.

–No personalmente –dijo él con frialdad–. Yo no me dejaría ver ni muerto con una cosa así por la calle, pero tú pareces tenerle cariño, así que he hecho que te lo devuelvan.

Sophie lo miró con los ojos muy abiertos. Le había hecho un gran favor. Era un gesto que le pegaba mucho al hombre del que una vez se había enamorado, pero no tenía nada que ver con el hombre que había resultado ser. Había engañado a su prometida, había seducido y engañado también a una empleada, prometiéndole un futuro juntos y todas esas cosas y creyendo la palabra de cualquiera antes que la suya. Y no podía olvidarse de cómo había contactado con la agencia y se había asegurado de que no volviese a trabajar de lo suyo.

Pero, sin embargo, le había hecho un favor, y no pudo menos que decir:

–Gracias.

–Tienes algo que decirme.

Capítulo 4

MIENTRAS pensaba en las palabras que podrían decidir el futuro de Torry, Sophie sabía que debía de estar dando la imagen de un pez fuera del agua. Sentía que sus piernas iban a ceder y cómo el color que tenía desaparecía de su cara bajo la atenta mirada de Ettore.

–Arriba –dijo él–. No podemos hablar aquí.

–Claro que podemos hablar aquí –contestó ella sintiendo el pánico inminente–. No nos llevará más de un par de minutos.

No quería que se acercara al bebé. Puede que quisiera ver de cerca al fruto de su semilla, y nadie que viese a aquel niño tan encantador podría no enamorarse al instante de él, ni siquiera alguien tan despiadado como Ettore Severini.

Sin darle opción a discutir, Sophie se armó de valor y comenzó a hablar.

–Torry es tu hijo. Pero, escucha, te prometo que no te pediré nada. Nadie más que yo, y ahora tú, sabe que tú eres el padre, y siempre será así. Tu mujer no tiene por qué saberlo. No hay razón para que ella se disguste. Puedes olvidarte de los dos.

–¿Dónde está? ¿En el piso?

Al ver sus ojos oscuros, Sophie supo que no había escuchado una palabra de lo que había dicho, salvo que él era el padre. ¿Y dónde si no pensaría que estaba el niño? ¿Junto a la basura? ¿Qué tipo de madre se creía que era?

Sintió cómo su ansiedad se incrementaba al ver cómo Ettore pasaba por delante de ella y comenzaba a subir las escaleras a toda velocidad. Ella lo siguió apresuradamente sin apartar la vista de su espalda. Su actitud no era la de un hombre que se encogería de hombros y se marcharía, despreciando la existencia de un hijo ilegítimo, aunque la oportunidad de hacerlo le había sido puesta en bandeja de plata.

Pero, por otra parte, tampoco había escuchado que ella no iba a pedirle nada a cambio y que quería que la identidad del padre de Torry quedase en secreto.

Ettore abrió la puerta del apartamento y entró, haciendo que Sophie corriera más y se pusiera a su lado justo cuando llegaba al centro del salón. Lo agarró del brazo y él la miró amenazadoramente. Ella trató de no estremecerse y de volver a recuperar el aliento mientras él le quitaba la mano de encima. Era un hombre razonable. Tenía que serlo.

–¿Dónde está? –preguntó Ettore y, negándole la oportunidad de decir nada, se dirigió hacia las habitaciones.

¡Era un hombre imposible! Quizá la escuchara cuando hubiese

saciado su curiosidad. Al menos eso pensó ella cuando, finalmente, se rindió y dejó que entrara en la habitación donde estaba el niño.

Abrió la puerta con cuidado porque sabía que las bisagras chirriaban y se echó a un lado para dejar entrar a Ettore, sintiendo cómo el corazón le latía con fuerza.

¿Quedaría satisfecho tras ver de cerca a su hijo? Tenía la impresión de que no. No era un hombre que quedara satisfecho con facilidad. Se puso roja al recordar lo insaciable que había sido en la isla, insaciable de sexo, no insaciable de ella como un ser al que amar. Sólo era el sexo lo que le interesaba.

Un vistazo a su hijo jamás sería suficiente; su instinto se lo decía. Y la mirada que le dirigió al niño fue larga, como si estuviera absorbiendo cada pequeño detalle de sus rasgos, de su piel suave y ligeramente sonrojada y de su pelo negro y sedoso.

Finalmente se giró y la ternura y el orgullo que reflejaban sus ojos fue sustituida por una mirada agresiva cuando dijo:

–Tenemos que hablar.

–Por supuesto –dijo ella poniéndose muy rígida mientras caminaba hacia el salón–. Y quizá esta vez me escuches.

Se negaba a que su ira la intimidara, y se negó a sentarse cuando él señaló el sofá de cuero.

–Como ya he dicho...

–Sé lo que has dicho –dijo él interrumpiéndola–. No me pides nada. Es un secreto.

¿Realmente se te ha pasado por la cabeza la idea de que yo no reconozca a mi propio hijo? ¿Sangre de mi sangre? ¿Crees que me lavaría las manos en el asunto y dejaría que creciera sin padre, confiando en que los diferentes amantes de su madre le proporcionaran un techo bajo el que dormir y algo de comida que llevarse a la boca?

¿Que creciera sin sentirse realmente seguro y sin principios morales?

–¿Cómo te atreves a decir eso? –exclamó Sophie mirándolo escandalizada–.

¡Hipócrita! ¿Qué principios morales tuviste tú cuando me sedujiste, cuando dijiste que me amabas mientras estabas prometido a otra?

Inmediatamente vio que se quedaba descolocado y sin saber qué decir. Apretó la mandíbula y, de pronto, Sophie sintió compasión por él. No sabía por qué, pero no le gustaba verlo en situación de desventaja, incluso sabiendo que se merecía todo lo que le sucediese. ¿Le habría bastado con sus palabras para darse cuenta? La posibilidad debería llenarla de satisfacción, pero lo único que sentía era un

extraño vacío.

Ettore Severini no era un hombre que se rindiera tan fácilmente, y su voz fue fría y calculadora cuando dijo:

–No sirve de nada recordar los pecados pasados cuando lo que tenemos que hacer es concentrarnos en el futuro de nuestro hijo.

Ettore vio su boca temblorosa que, al instante, se endureció, y recordó aquella misma boca bajo sus labios. En aquella época se había dejado llevar por ella completamente.

Y todo por acceder a la petición de su hermana de dejarse caer por la isla donde tenían la casa.

–Sólo durante cuarenta y ocho horas para comprobar que Sophie se las arregla bien. Estoy segura de que sí. Durante las semanas que ha estado con nosotros, lo ha hecho todo perfectamente. Llámame pesada sí quieres, pero así me quedaría más tranquila –había dicho Flavia.

Y, al final, esas cuarenta y ocho horas se habían convertido en tres semanas.

Al llegar a la isla aquella primera noche, se había sentido totalmente confuso. El futuro de su vida personal le había parecido de pronto completamente vacío.

El acuerdo que tenía desde hacía tiempo con Cinzia di Barsini, hija única de un amigo y socio de su padre, siempre le había parecido aceptable y totalmente normal.

En los círculos en los que él se movía, el matrimonio era considerado como una fusión entre dos familias, algo que proporcionaba riqueza y estatus social. Casarse por ese sentimiento efímero llamado amor era para seres inferiores, gente que no cargaba sobre sus hombros con la responsabilidad de grandes estados, negocios e imperios bancarios.

Consolidar la riqueza y el estatus era una tarea muy dura que había que llevar a cabo. Ése era el principio que le habían enseñado desde pequeño. Y él lo había aceptado.

Pero recientemente algo en su interior había empezado a rebelarse, a cuestionarse las cosas. ¿Podría haber algo más aparte de una unión vacía de sentimientos en su futuro?

Cinzia siempre había sido sincera, una amiga en la que confiar.

–No estamos locamente enamorados el uno del otro, pero ese tipo de milongas es para los cabezas huecas. Nos respetamos el uno al otro y eso, para los adultos inteligentes, es una base mucho más duradera sobre la que fundamentar una relación. Nos casaremos cuando decidas que quieres un heredero. Y yo te daré herederos –le había dicho ella en la época en que la muerte del padre de Ettore había hecho que la familia de Cinzia la presionara con el matrimonio–. Al contrario que

mi padre, yo entiendo que tu pérdida supone más trabajo para ti. Podemos esperar un poco más. No tengo ninguna prisa por sentar la cabeza y, como tu futura esposa, me mantendré casta, huelga decirlo. Si, mientras tanto, tienes necesidades, el modo en que las satisfagas a mí no me importa.

En aquella época, él no había visto como un problema la falta de eso que la gente llamaba amor. En el estrato social en que él se movía, ese tipo de acuerdos eran más que aceptables. Los matrimonios dinásticos funcionaban con más frecuencia de lo que se pensaba. Y nadie se escandalizaba cuando un hombre tenía una amante.

Además, su vida estaba llena y era plenamente satisfactoria. El trabajo ocupaba casi todos sus días, y las mujeres que rellenaban el resto del tiempo sabían cómo era eso.

Cuando finalmente dijera adiós a su libertad de soltero, ganaría una esposa bella, rica y muy sofisticada que le daría un heredero y sería la anfitriona perfecta de sus fiestas.

Pero, en las semanas anteriores antes de acceder ir a la isla, las dudas habían empezado a atormentarlo, hasta decidir romper el compromiso. Tenía que haber algo más en la vida que ese vacío tan absoluto.

Su padre se revolvería en su tumba y su madre, que residía en un apartamento en Venecia, no estaría de acuerdo. Pero él no podía vivir su vida como los demás querían, con normas que consideraba medievales. Por primera vez en su vida quería encontrar lo que los poetas llamaban amor, si es que existía. Y, como los sentimientos de Cinzia no se basaban en el amor, la familia di Barsini no tendría problema en buscarse a otro hombre más conveniente. Nadie sufriría con su decisión.

Le comunicaría su decisión de romper el compromiso cuando regresara a Florencia, en persona. Así podría darle la opción de que, a ojos de los demás, fuera ella la que se lo hubiese pensado mejor, salvando el orgullo, que tan importante era para Cinzia.

Tras decidir aquello, le había anunciado su llegada a la casa al ama de llaves, había ido a comprobar que sus sobrinos estuvieran durmiendo, y había bajado hasta la cala, iluminada por la luna. Allí, una lujuria como nunca había experimentado lo había embargado por completo.

Había podido contemplar a la niñera salir lentamente del agua, con su cuerpo bañado por la luz de la luna, llevando un diminuto biquini, echando la cabeza hacia atrás para sacudirse la melena rubia.

Y en los días que vinieron después, había llegado a conocerla, o eso pensaba, y la lujuria había florecido hasta convertirse en amor. Un

amor que jamás había creído posible imaginar.

Todo en aquella mujer lo había fascinado y encantado. No se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido en los círculos donde él se movía. Era cálida y divertida, generosa con los hijos de Flavia y completamente natural.

El sexo entre ellos había sido algo natural. Ella no era virgen, y él lo había aceptado. Al fin y al cabo, estaban en el siglo XXI. Aunque a él le hubiera gustado ser el primero para aquella mujer de la que, había decidido, no podría separarse jamás. Y

la había creído, tras aquella primera vez, cuando ella le había dicho que jamás hubiera pensado que pudiera ser así, tan maravilloso y alucinante.

Mirándola ahora, con su pelo sedoso, sus ojos claros, sus labios tan deseables y sus curvas, sentía la ira en sus venas. Tomó aliento y trató de controlarse. No era una ira que estuviera dirigida hacia ella directamente, sino más bien hacia él mismo, por actuar como un tonto enamorado, permitiéndole a Sophie echarle el lazo, cegándolo por completo con respecto a lo que realmente ella era.

Una ladrona promiscua.

Casi sin mirarla, no podía soportarlo, dijo:

–Albergaba la esperanza de no tener que volver a verte nunca más pero, dicho eso, tenemos que dejar a un lado el pasado y centrarnos en nuestro hijo. Por favor, siéntate.

Odiándose a sí misma por haber creído una vez que ese monstruo era el ser más maravilloso sobre la tierra, por haber pensado inocentemente que un rico tan sofisticado podría tener un interés a largo plazo en una chica corriente como ella, Sophie se rindió y se sentó en un extremo del sofá, observando cómo él hacía lo mismo en el otro extremo. Lo más lejos posible. Por ella estaba bien.

A pesar del desafío que había en sus ojos, Sophie palideció y comenzó a sentir náuseas. ¿Iban a hacerse realidad sus temores más profundos? ¿Qué habría querido decir Ettore al exclamar que no iba a dejar a su hijo con alguien como ella?

Estaba a punto de ponerse a hacer acusaciones ella misma. A punto de decir que ella no era ninguna ladrona. La habían engañado. Pero acusar a su mujer y a su criada no le serviría de nada. Además, seguramente él no la creería ni en un millón de años.

Tratando de ir al grano y de sonar lo más fría posible, aunque sin conseguirlo, Sophie dijo:

–Supongo que puedo entender que no quieras lavarte las manos con respecto a Torry. Puedo comprenderlo si me esfuerzo mucho. Y te prometo que podrás verlo siempre que quieras para asegurarte de que

crece como es debido. Piensa en ello.

Reconocerlo públicamente sólo le haría daño a tu mujer.

¿O acaso tampoco le importaría eso? Sophie sintió un escalofrío en la espalda y se quedó con la boca abierta al escucharlo decir:

–No hay problema. No tengo mujer.

Al ver la sorpresa de Sophie, Ettore se preguntó cómo se tomaría Cinzia la noticia de su recién descubierto hijo. ¿Seguiría adelante con el compromiso que él había vuelto a adquirir a la mañana siguiente de que Sophie se revelara como una pérfida ladrona? ¿O lo cancelaría todo? Se dijo a sí mismo que no importaba cualquiera de los dos resultados, puesto que ninguno de los dos tenía verdaderos sentimientos de amor.

Lo único que importaba, que siempre importaría, era su hijo. Su hijo, que ya tenía rasgos de la familia Severini, como había comprobado con orgullo.

–No pienso aceptar unos simples derechos de visitas –dijo él con énfasis–. ¿Quién sabe cuándo se te ocurrirá liarte con otro y marcharte sin dejar dirección alguna?

Al escuchar aquella acusación sobre su supuesta falta de moral, Sophie abrió la boca para protestar, pero Ettore levantó una mano haciéndola callar.

–Por desgracia no puedo hacer lo que quiero hacer, lo que podría hacer sin ninguna duda, y que es conseguir la plena custodia de mi hijo. Un niño necesita a su madre.

Al escuchar aquello, Sophie volvió a sentir la esperanza. Esperanza que desapareció al instante.

–Pero un niño también necesita un padre –añadió Ettore–. Sobre todo cuando su madre no parece tener medios para mantenerlo y que, a juzgar por el pasado, podría volver a robar si sus favores sexuales no obtienen los resultados financieros apropiados.

Que era lo que probablemente hubiera ocurrido en Florencia.

Cuántas veces en la isla había fantaseado con poder darle a esa mujer todo lo que su corazón pudiera desear. Había hecho planes, había decidido romper su compromiso oficialmente con Cinzia para luego acompañar a su dulce Sophie a Inglaterra y pedirle que se casara con él, y cubrirla de besos y regalos y hacerla suya para siempre.

Por razones prácticas, había decidido mantener sus planes en secreto hasta romper con Cinzia. Así que, al no ver compensación económica a la vista, esa bruja con cuerpo de ángel, había aprovechado la oportunidad de robar una preciada joya. Era su idea de pago por los servicios realizados.

Tras quedarse de piedra ante la baja opinión que tenía de ella, Sophie sintió la furia crecer en su interior como un fuego descontrolado. Apretó las manos y habló apretando los dientes.

–¡No he robado nada en toda mi vida! ¡Así que no te atrevas a decir algo así! Y, viendo que no estás casado con esa horrible mujer, te diré que fue ella la que debió de poner eso en mi maleta. O ella o su criada.

Ettore la miró fijamente con sus ojos negros y dijo con sarcasmo:

–¿Y por qué iba a hacer eso?

–Porque está loca –dijo ella con frialdad.

–Tú no negaste el supuesto robo –dijo él. Recordaba que su corazón casi había dejado de latir mientras esperaba una explicación por su parte a la presencia de la joya en su maleta–. Tu silencio final fue la admisión de tu culpa.

Sophie imaginaba que podía haber dado esa impresión y se sintió desvanecer.

–Estaba dolida –murmuró–. No tenía palabras. Era como una pesadilla –no quería volver a sacar el tema. No quería volver a pensar en aquel periodo tan traumático de su vida, pero tenía que defender su posición–. Yo creía que eras el amor de mi vida.

Y durante todo el tiempo estuviste mintiendo. Estuviste prometido desde el principio. Yo me enteré aquella última noche. Ya me estaba costando un triunfo asimilar aquello. Así que, cuando entraste en mi habitación y me acusaste de ser una ladrona, estaba sin palabras, y reconozco que puede que mis negativas no sonaran reales.

En ese momento, los llantos desde el dormitorio captaron su atención. Torry. Una leve sonrisa suavizó su rostro mientras se levantaba para ir hasta él, caminando con piernas temblorosas.

Mientras veía cómo se alejaba, y molesto consigo mismo por fijarse tanto en el movimiento de sus caderas, Ettore frunció el ceño. Así que ése era el modo en que debía de haber ocurrido todo. Su hermana o su cuñado debían de haber mencionado en un descuido su compromiso. Desde luego no habría sido Cinzia, porque en ese momento ya le había comunicado su cambio de planes y le había confesado que se había enamorado completamente de Sophie.

La verdad era que no había resultado tan fácil como había imaginado.

Cinzia le había pedido más tiempo para hablar las cosas, y había parecido razonable al decir que su futura boda sería la mejor opción, asegurándole que, casarse con Sophie, sería el peor error de su vida. Si lo que le pasaba era que estaba encaprichado con ella, tenía que sacársela de la cabeza por todos los medios, pero jamás debía romper

aquella unión que tantos beneficios traería para ambas familias.

Al día siguiente a aquello, Ettore se había dado cuenta de que Cinzia tenía razón.

El sentido común siempre desaparecía cuando un hombre se dejaba llevar por la pasión con una mujer equivocada. Así que, ese día, habían vuelto a comprometerse.

Al enterarse de su compromiso, Sophie debía de haber pensado que su aventura con él no tenía futuro. Y, sin esperar una confirmación por su parte, había hecho caso a sus instintos más primarios y egoístas y había robado una de las joyas de Cinzia. Y

ahora tenía la poca vergüenza de acusar a Cinzia de haberlo hecho.

En ese momento la escuchó en la cocina hablando suavemente con el bebé.

Con su hijo.

Ettore se puso en pie en un segundo y se apresuró a la cocina, que era diminuta.

Cuando llegó, la encontró con el niño en brazos, un biberón y una cacerola.

Él se acercó a Sophie y tomó a su hijo en brazos.

–¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó ella, y vio cómo el niño se fijaba en los ojos de su padre.

Ettore sonrió. Torry sonrió también, mostrando su único diente, y levantó las manos para agarrarle el pelo a su padre. Ettore sonreía sin parar. Se sentía casi mareado de la emoción.

–¿Por qué no me lo dijiste cuando te enteraste de que estabas embarazada? –

preguntó inmediatamente.

Tratando de controlar el instinto protector de quitarle de nuevo a su hijo, Sophie se concentró en lo que estaba haciendo y dijo:

–Cuando finalmente me di cuenta, por lo que yo sabía, tú ya estabas casado. No habrías querido saberlo. Esa bomba informativa no le habría sentado muy bien a tu nueva y maravillosa mujer. Yo era perfectamente capaz de apañarme sola.

Ettore no tenía ni idea de qué era lo que tendría Sophie contra Cinzia, pero tampoco le importaba. La única vez en la que se habían relacionado mínimamente había sido cuando se había descubierto que Sophie era una ladrona. Probablemente sería el resentimiento por haber sido descubierta.

–Pero no te las apañas, ¿verdad? –preguntó él mientras Sophie preparaba el biberón.

–Sí me apaño –contestó ella con voz calmada, temiendo que Torry pudiera notar la tensión. Colocó el biberón sobre una encimera y se

sentó en un taburete, estirando los brazos para recibir a su hijo, que parecía llevarse muy bien con Ettore.

Ettore se vio obligado a devolverle el niño a su madre, así que se lo colocó en el regazo a Sophie. Se habría estrangulado a sí mismo por sentir aquel deseo tan brutal al rozar uno de sus pechos casi sin darse cuenta.

Furioso consigo mismo, caminó hacia atrás hasta chocarse con una antigua cocina de gas. Se metió las manos en los bolsillos y preguntó:

–¿Entonces cómo te planteas criar a mi hijo? Y te advierto que, confiar en las manos que te puedan echar tus amantes, no me sirve.

Furiosa y, a la vez, sonrojada, Sophie pasó por alto aquella advertencia. Alguien debía de haberle advertido de que el roce de su mano seguía teniendo el mismo efecto letal en ella, haciéndole sentir escalofríos por todo el cuerpo y acelerando su corazón al máximo. Se había acercado tanto a ella para entregarle al niño, que su fragancia masculina había causado un efecto absolutamente afrodisíaco. Tragó saliva con esfuerzo, con la esperanza de que Ettore no notara sus pezones erectos bajo el jersey, mientras que Torry se terminaba la leche del biberón.

¿Qué pasaba con aquel hombre? Era, como habría dicho Nanny Hopkins, un canalla. Y, sin embargo, sólo con mirarlo, su cuerpo se volvía loco.

En sus últimos años de adolescencia, ella había creído ciegamente que estaba enamorada de Jake. Lo había conocido en la fiesta de una amiga y, en ese momento, lo había creído perfecto. Pero la decepción había llegado el día en que había descubierto que, su única idea de compromiso era decidir qué calcetines llevar. La única vez que habían hecho el amor, no había sentido nada. Sólo le había hecho preguntarse si aquello era eso de lo que todo el mundo hablaba sin parar.

¿Entonces qué era lo que convertía a Ettore Severini en alguien diferente? Sabía que era un mentiroso y, sin embargo...

–Estoy buscando trabajo, para que lo sepas –dijo ella, y volvió a sentir la ira–.

Aunque, gracias a ti, me veré obligada a aceptar cualquier cosa mal pagada. Pero me las apañaré, ya lo verás.

–¡Basta! –exclamó él–. Ya son suficientes tonterías. ¿Realmente esperas que me crea que eres capaz de conseguir dinero suficiente para pagar un apartamento, una guardería para el niño y todo lo necesario para vivir en una ciudad tan cara como ésta? Sé realista. Si tu idea de apañártelas es aprovecharte de cualquier tío a cambio de favores sexuales, me temo que has fracasado. No permitiré que mi hijo tenga nada que ver con una situación tan sórdida.

Sophie se quedó de piedra y unas lágrimas de puro miedo se acumularon en sus ojos. Iba a quitarle a su bebé. Todo lo que había dicho indicaba que iba a hacer eso.

Apretó a Torry con fuerza contra su pecho. Tras la muerte de Nanny Hopkins y la pérdida de la pequeña casa que ambas compartían, no había imaginado que las cosas pudieran ir a peor.

Se equivocaba.

Ettore suspiró al verla llorar. Suponía que, deshacerse en un mar de lágrimas, sería una buena estratagema para hacer sentir culpable a un hombre. Ignorando el hecho de que, por un momento, casi había funcionado con él, dijo con frialdad:

–Tienes dos opciones. O tú y tu hijo regresáis conmigo a Italia, donde tendrás una villa llena de lujos y nuestro hijo podrá crecer con todo lo necesario, incluyendo un padre permanente. O puedes negarte y enfrentarte a una batalla legal. La cual, seguramente, ganaré. Haz lo que te digo y tendrás una vida de lujo en la que podrás quedarte con tu hijo. Ve contra mi voluntad, y te quedarás sin él. Ah, puede que el juez te conceda un régimen de visitas ocasionales pero, con tu historial, yo no contaría con eso –sonrió–. Tú decides.

Capítulo 5

NO HABÍA habido opción alguna. Él llevaba las riendas. Cualquiera de las dos opciones significaría que Ettore conseguiría a su hijo. Sophie tenía claro que, con todo el poder financiero de su familia, con la fuerte personalidad de Ettore y con la lista de supuestos pecados que ella había cometido, él ganaría la batalla por la custodia si es que llegaba a producirse.

La tercera opción que se le había ocurrido a ella, decirle que siguiera adelante con la batalla legal y luego llevarse a Torry a un lugar desconocido, había sido desechada al instante, puesto que era algo egoísta y sobre todo estúpido. Él la habría seguido a cualquier parte. ¿Y además, qué tipo de vida habría llevado Torry huyendo constantemente? Y, cuando los encontrara, porque lo haría, ya tendría otra cosa más que echarle en cara.

Así que se había rendido por el bien de su hijo. Había permitido que los sacaran de Londres y los llevaran de viaje por las principales capitales de Europa durante un mes entero, puesto que Ettore estaba decidido a mantener sus ojos pegados a ellos mientras se ocupaba de sus negocios.

Él tenía un ego enorme, y le pegaba mucho eso de llevar a su mujer con él a todas partes. La autoestima de Sophie había quedado por los suelos, y la única queja que había podido expresar, había sido resuelta cuando, en su primera parada, París, le habían presentado a la niñera que Ettore había contratado para Torry.

–¡Torry no necesita una niñera! Yo puedo cuidar de él –había murmurado con ferocidad al ver cómo la niñera se trasladaba a la suite contigua del hotel para instalarse. No tenía nada en contra de la eficiente y agradable Minette, pero se negaba a que la dejaran de lado.

Pero él le había respondido con el mismo tono frío y calmado que empleaba desde que ella había accedido a regresar a Italia.

–Es lo que se espera. Si un hijo mío no se criara bajo los mejores cuidados, la gente murmuraría. Además yo, personalmente, exijo lo mejor para él.

¿Y dónde la dejaba eso a ella? ¿En cuarto lugar?

–No sólo soy su madre –había contestado ella furiosa–, sino que tengo una gran experiencia como niñera. O, al menos, la tenía hasta que tú me impediste seguir trabajando en eso. ¿O lo has olvidado?

La insultante respuesta de Ettore había sido mirarla de arriba abajo, darse la vuelta y dirigirse a su habitación sin decir palabra.

Así que allí estaban al fin, en su lujosa e increíble villa perdida en mitad de la toscana, habiendo llevando consigo cantidades innumerables de equipaje.

Ropa y juguetes para Torry que su padre había elegido cuidadosamente, y para ella, ropa de diseño suficiente como para vestir a doce modelos de pasarela durante un año. Además de nuevos perfumes y caros maquillajes. Claro que él no había tenido mucho que ver en todo aquello. Sólo se había limitado a pagar las increíbles cuentas. Había contratado a gente especializada para hacer las compras. Quedaba claro que, en lo que a ella respectaba, no iba a mover un dedo. El deseo de malcriarla y complacerla no ocupaba el más mínimo lugar en su mente. Su prioridad sería asegurarse de que la madre de su hijo no deshonrase el nombre de la familia llevando cualquier baratija.

Sophie suspiró y le dio la espalda al cielo nocturno de la toscana. Corrió las cortinas para no dejar entrar al frío de marzo.

Le esperaba toda una noche por delante. ¿Qué podía hacer? Era una pregunta absurda. Lo mismo que había estado haciendo en las últimas semanas desde que habían llegado a la villa y Ettore había desaparecido sin decir a dónde. Sentarse en su habitación y tratar de leer hasta que llegase la hora de irse a dormir.

Se sentía completamente inútil.

Había un ama de llaves, una cocinera, una criada que hacía de todo y un grupo de jardineros que se ocupaban de los terrenos. Ella no tenía que mover un dedo. Lo único que había podido hacer era insistir en ser ella, y nadie más que ella, la que cuidase de su bebé mientras estuviese despierto y lo llevase a dar sus paseos diarios en su nuevo cochecito.

Si ésa iba a ser la norma, tendría que haber cambios. Al menos, eso esperaba. Era irónico cómo Ettore había insistido en que un niño necesitaba a sus dos padres y luego había desaparecido nada más llegar.

¿Era posesivo o qué? Torry era su hijo y, por desgracia, ella iba en el paquete. Así que los había dejado allí apartados, lejos de cualquiera que pudiera tener acceso a ellos. Y, sobre todo, lejos de esos amantes imaginarios que se suponía que tenía Sophie.

De pronto su estado de ánimo cambió. ¿Realmente quería que Ettore formara parte de la vida de su hijo? Sería insoportable tenerlo cerca todo el tiempo. Cerca de él se sentía… ¿cómo se sentía?

Tampoco podía soportar pensar en eso, porque habría sido un engaño para ella misma tratar de negar que no supiera lo que sentía. Sentía una lujuria puramente animal. Era una locura. Se sentía furiosa consigo misma. Ya no lo amaba, por supuesto que no, y no confiaba en él en absoluto. ¿Entonces por qué su cuerpo cobraba vida propia cada vez que él estaba cerca?

Con decisión, trató de sacarlo de su mente, tomó la novela que había estado tratando de leer durante las últimas noches y la abrió. Según el marca páginas, había llegado hasta la página treinta, pero no podía recordar nada de lo que había leído.

Ettore conducía el coche por entre los cipreses del camino que ascendía hasta la villa y se sentía completamente alterado, como si una corriente eléctrica de alto voltaje circulase por sus venas. No lo entendía. Debería estar relajado. La parte difícil ya había pasado.

Ganarse a su madre con la sorpresa de tener un nieto había sido pan comido. La mujer no podía esperar a verlo y a abrazarlo. ¿Y qué tipo de nombre era Torry? Una contracción de Ettore, naturalmente.

El nuevo miembro de la familia Severini tenía que ser trasladado a Venecia de inmediato para ser bautizado en condiciones. Ella estaba segura de que la familia Barsini haría la vista gorda y que Cinzia admitiría al niño. Las ventajas de aquella futura unión eran demasiado importantes como para ponerlas en peligro por algo así.

Y en cuanto a la madre del niño, desde luego no podría quedarse indefinidamente en la villa de su hijo. Quizá sería mejor un pequeño apartamento en Florencia y una pensión. ¿No era así como los hombres se ocupaban de esas cosas? ¿Y habría oído su hijo el último rumor? Al parecer el señor di Barsini había estado relacionado con algunas inversiones catastróficas. Claro que ella no se creía una sola palabra de eso.

Como siempre, Ettore se había dejado llevar por la charla de su madre. Él no había oído semejante rumor. Lo comprobaría. El matrimonio con Cinzia de momento ya no era posible, aunque él ayudaría en lo que fuera posible, si es que era necesario.

Haría lo que tenía que hacer, como siempre. Su madre finalmente lo aceptaría y acabaría diciendo que había sido idea suya. Tras haberle dado un beso en la mejilla, le había dado un regalo, su perfume favorito, y se la había llevado a comer.

Con su hermana las cosas habían sido diferentes. El nuevo miembro de la familia no le suponía ningún problema, pero la madre del niño sí era un problema.

–Realmente a mí me encantaba –había dicho Flavia–. Era magnífica con los niños, muy divertida. Los dos la adoraban. Pero sabía cuándo ser firme. Todos la respetábamos y yo le tomé cariño en los meses en que estuvo con nosotros. Me sentí fatal cuando me enteré de que era una ladrona. Me demostró el carácter tan horrendo que realmente tenía. ¿Realmente crees que puedes ocuparte de ello?

Él podía ocuparse de cualquier cosa. Se repitió eso a sí mismo mientras aparcaba el coche. Era incluso capaz de casarse con una

ladrona de pacotilla para legitimar a su hijo.

Se le revolvió el estómago al pensar en ello. Si Sophie hubiera tenido un poco más de paciencia aquella última noche, se habría enterado de todo, de su ruptura formal con Cinzia, de que él estaba dispuesto a ir hasta el fin del mundo por ella, de que la adoraba y de que quería casarse con ella. Se habría casado con ella y habría quedado destrozado al darse cuenta más tarde de la verdadera persona que era, y que lo quería sólo por el dinero.

Ettore apretó la mandíbula. Ya había superado todo eso, ¿verdad?

Así sería todo mejor, se aseguró a sí mismo mientras entraba por la puerta principal y le comunicaba su llegada al ama de llaves. Sophie Lang ya se había caído del pedestal en que la había colocado.

Sabiendo lo que era, en el futuro no se permitiría el lujo de quitarle los ojos de encima para asegurarse de que no volviese a cometer ningún pecado, ni que se sintiese tentada de hacerlo. Se lo pasarían bien en la cama. Él se esforzaría tanto, que a Sophie no se le pasaría por la cabeza la idea de buscar otro hombre. Pero, en esa ocasión, los sentimientos no tendrían cabida. Ya había aprendido esa lección.

Leal a sus principios, su ama de llaves no se había inmutado cuando él había llegado allí una semana antes con un hijo, la madre del hijo y una niñera francesa. En esa ocasión, se limitó a informarle de que la señorita Lang estaba en el primer piso tomando el té.

Cinzia se había tomado la noticia como era de esperar, teniendo en cuenta lo orgullosa que era. Él había estado sintiéndose mal por dejarla tirada después de un compromiso tan largo. Sobre todo cuando, la última vez que habían cenado juntos, antes de que él partiera para Londres, ella había dicho:

–Supongo que deberíamos ir pensando en fijar una fecha. No es que quiera presionarte, por supuesto. Por mí no hay prisa. Ambos sabemos que nuestro matrimonio será un mero acuerdo de negocios. No es como si los dos no pudiéramos esperar a estar el uno en brazos del otro ni nada de eso. Pero mi padre se está impacientando. Así que, por favor, piensa en ello mientras estás fuera.

Ansiosa por sellar formalmente la unión entre los Barsini y los Severini. Ettore lo comprendía. El padre de Cinzia no era joven y, naturalmente, la estaría presionando para que se casara.

Al recordar lo que había dicho su madre sobre los rumores de su padre, cuando había visto a Cinzia le había dicho:

–Mi madre dice que hay rumores de que tu padre está pasando por dificultades económicas. Dime, ¿hay algo de verdad en eso?

Su negación había sido inmediata y tajante, pero Ettore no había

podido evitar sentirse mal al darle a Cinzia la noticia de la existencia de un hijo ilegítimo.

–Si piensas que me casaría contigo y compartiría mi casa con tu hijo bastardo, debes de estar loco. Ni se me ocurriría –había dicho Cinzia–. Y, aunque pretendas mantener a tu hijo oculto en algún rincón de Italia, el secreto finalmente se sabría. La gente se me echaría al cuello. Me niego a entrar en eso. Deberías haberte lavado las manos en el asunto. Darlo en adopción o algo así. O dejar que la madre siguiera adelante con sus planes. Acordamos en que tendríamos discreción. ¿Ya no te acuerdas? Así que, hasta que no te lo quites de en medio, considera que nuestro compromiso ya no existe. Reconsideraré la idea de volver a comprometerme cuando los hayas mandado a los dos a paseo.

–Mi hijo se queda conmigo –había dicho él con frialdad, horrorizado al ver aquella parte de Cinzia que desconocía–. Eres una mujer hermosa, Cinzia. Algún día encontrarás a alguien a quien amar. Yo no soy ese hombre, pero algún día lo encontrarás. Y él te amará de verdad. Te mereces algo más que un matrimonio de conveniencia.

Trató de olvidarse de aquel último encuentro y perdió la noción del tiempo mientras contemplaba a su hijo, que dormía plácidamente. Pero, su sonrisa fue sustituida por un ceño fruncido al enterarse por boca de la niñera, de que el pequeño Torry ya tenía otro diente más y que había empezado a gatear. Se sintió mal por haberse perdido unos acontecimientos tan importantes en la vida de su hijo, pero se dijo a sí mismo que nunca más volvería a perderse nada.

Mientras se acercaba al salón del primer piso, la tensión que sentía iba incrementándose hasta proporciones descomunales.

Si la madre de su hijo fuera el ángel que le había hecho creer que era, no habría habido ningún problema. Ella habría sido todo lo que él deseaba y más, mucho más.

Saber que realmente no era el ángel que había pretendido ser, lo ponía furioso consigo mismo y hacía que su corazón le doliese amargamente. «Relájate», se dijo a sí mismo ante el descubrimiento de aquel sentimiento que creía largamente olvidado.

El camino que había decidido seguir era el apropiado. Por su hijo. Había aceptado la idea de un matrimonio sin amor con Cinzia por razones dinásticas. Podría también aceptar un matrimonio sin amor con la madre de su hijo y asegurarse de que los fallos de su carácter, que eran enormes, no empeoraran todavía más.

Relativamente calmado por aquel resquicio de sentido común, empujó la puerta suavemente y la abrió.

Su corazón casi dejó de latir. Entonces se aceleró. Sophie se

sonrojó al verlo, abrió mucho los ojos y tragó saliva, aparentemente sorprendida de verlo allí. Llevaba puesto un vestido de seda azul oscuro que hacía resaltar su melena rubia, haciéndola parecer puro platino.

Lo invadió un torrente de pasión similar al que lo había invadido aquella noche en la playa al verla salir del agua. Así que su voz, cuando por fin consiguió encontrarla, no salió de su garganta como habría pretendido, fría y sofisticada, sino más bien ronca y temblorosa.

–He decidido casarme contigo. Es la única manera de que tú tengas un estilo de vida opulento y yo consiga a mi hijo. Mantente a raya y los dos conseguiremos lo que queremos.

Según dijo las palabras, Ettore se odió a sí mismo, algo que lo pilló tan de sorpresa que casi lo dejó sin aliento.

Sophie se quedó pálida y dejó caer sobre su regazo el libro que estaba leyendo, quedándose con la boca abierta.

Era la madre de su hijo y, a pesar de sus pecados pasados, merecía algo mejor que una proposición que sonaba casi como una amenaza. Era una madre buena y cariñosa, como había podido comprobar. También se dio cuenta en ese momento de que era vulnerable, que había dejado que la apartara de todo aquello y aquéllos a los que conocía. Estaría a la defensiva, y convencerla para que hiciera lo correcto por el bien de su hijo, le llevaría tiempo.

–No –dijo Sophie como pudo tras tragarse el nudo que sentía en la garganta, dándose cuenta de que había habido un momento en que habría hecho cualquier cosa para aceptar su propuesta de matrimonio.

Pero no quería que fuese así. No quería una vida vacía y llena de lujo. Quería amor y confianza. Y eso no entraba en el trato, nunca había entrado, por lo que a él respectaba.

–Podría haberlo dicho mejor –dijo él gentilmente caminando hasta colocarse frente a ella.

Le tomó ambas manos y la levantó de su asiento. Su calidez y el perfume que llevaba puesto le hicieron sentir la necesidad inmediata. Llevaba demasiado tiempo sin estar con una mujer. De hecho, había perdido el interés en el sexo opuesto desde que aquella mujer había revelado sus verdaderas impresiones.

Ettore apretó la mandíbula, tratando de negar el deseo que había embargado su cuerpo y que le pedía que la besara, olvidándose de todo.

–No te pido una respuesta apasionada ni nada de eso. Si nos casamos, nuestro hijo tendrá una familia estable. Será legítimo y no sólo el hijo de mi amante.

Sophie apartó las manos de las suyas. Estando tan cerca de su magnífico cuerpo, habría accedido a cualquier cosa.

–¿Quién ha dicho que yo sea tu amante? –preguntó ella recuperando el color en las mejillas.

Dio dos pasos hacia atrás y tropezó con el asiento que había dejado hacía unos segundos. Si Ettore pensaba que por dejar que la vistiera y le diera de comer, le estaba dando el derecho de disfrutar de su cuerpo, sería mejor que se lo pensara dos veces. Puede que su cuerpo deseara estar con él, pero su cabeza le recordaba que corría el riesgo de volver a enamorarse. Y eso le llevaría a una situación más miserable y desesperada incluso.

Se hizo el silencio entre ellos mientras Ettore se metía las manos en los bolsillos.

Tenía una sonrisa sardónica en la cara mientras se balanceaba de un lado a otro sobre sus talones.

–Entre los dos hemos creado un niño precioso –dijo él finalmente–. Los dos estáis bajo mi protección. Viviremos todos juntos en mi casa. Que nos evitemos el uno al otro como la peste o que aprovechemos cada oportunidad para disfrutar bajo las sábanas, no tiene nada que ver. La gente sacará sus propias conclusiones. Dirán que te tengo cautiva, que eres mi amante. Y dirán que nuestro hijo es un hijo bastardo.

¿Es eso lo que quieres para él?

–Entonces deja que me lleve a Torry de vuelta a Inglaterra –contestó ella–. Así evitarás los cotilleos desafortunados. Nadie que conozco es tan retrógrado e hipócrita como para considerar algo malo el hecho de que mi hijo se críe fuera del matrimonio.

Tú puedes visitarlo cuando te plazca. Así no se convertirá en un esnob preparado para ser un heredero.

–No hay opción posible –contestó él brutalmente y con impaciencia, porque cada vez tenía más ganas de besarla. Todo su cuerpo estaba ardiendo y palpitaba con la necesidad de volver a estrecharla entre sus brazos y a sentir su cuerpo bajo el suyo.

Era la madre de su hijo, luego, era su mujer. Dejando el deseo de lado, trató de controlarse y de hablar con serenidad.

–Prioriza el bienestar de nuestro hijo y piensa en mi propuesta. No hay prisa.

Simplemente sopesa las ventajas. Y, mientras tanto –añadió con una sonrisa que la hizo estremecerse–, te sugiero que comencemos a conocernos mejor. Más a fondo.

Capítulo 6

–¿COMENZANDO ahora?

Ettore sonrió maliciosamente mientras, con los dedos, se aflojaba el nudo de su corbata de seda gris.

Sophie se quedó sin palabras y sintió cómo el corazón se le aceleraba, de modo que no pudo decir: «Olvídalo. Estoy cansada y me voy a la cama», como le hubiera gustado. Se habría levantado y habría abandonado la habitación si hubiera pensado que las piernas iban a aguantar su peso. Pero sabía que no sería así.

Los ojos brillantes de Ettore recorrieron su cuerpo de arriba abajo, desde su coronilla rubia hasta sus pies, haciéndole saber que, al decir que debían conocerse mejor, se refería al sentido carnal.

Sophie tragó saliva con dificultad y sintió cómo los pezones se le endurecían ante la perspectiva y el deseo. El modo en que él se estaba desabrochando los botones de la camisa no podía calificase más que de completamente erótico. En cualquier momento se quitaría la chaqueta que tan bien se ajustaba a su cuerpo con una elegancia soberbia.

Ella se estremeció y comenzó a respirar entrecortadamente. Sentía un cosquilleo en el estómago que se extendía por todo su cuerpo y que era una mezcla de pánico y algo más que se negaba a admitir. Si Ettore se acercaba a ella y la tocaba, estaría perdida. Sería suya y dejaría que se complaciese con su cuerpo. Se entregaría apasionadamente como ya había hecho otras veces. Era demasiado sincera consigo misma como para tratar de negarse eso. En lo que a él respectaba, Sophie tenía poca o ninguna autodisciplina.

Pero tener sexo sin ningún tipo de sentimiento o de compromiso haría que se odiase a sí misma. Tener sexo sin amor nunca sería algo hecho para ella.

No podía negar que el sexo con él había sido en su momento algo increíblemente maravilloso. En la época en que tanto lo había amado. No podía discutir eso. Pero también era cierto que, en esa época, lo había tomado por la criatura más maravillosa sobre el planeta. Infinitamente considerado, encantador, cálido y apasionado.

Cariñoso y sexual hasta llegar a ser adictivo. Pero había sido todo una mentira, un espectáculo de seducción muy bien montado.

Pero ya sabía cómo era realmente: frío, autoritario, sin sentimientos, cruel. Lo odiaba. Lo odiaba completamente.

Sin embargo, perversamente, aún lo deseaba como loca.

Una vez que se hubo quitado la chaqueta, Ettore puso esa sonrisa tan masculina que tanto le gustaba. Sophie trató de tomar aire al ver sus hombros bajo la camisa blanca de algodón.

Sabía que no llevaba hombreras de ningún tipo. Lo sabía porque conocía su cuerpo de memoria, hasta el último centímetro. Al igual que él conocía hasta el último centímetro del suyo. Centímetros que estaba evaluando de nuevo con suma intensidad.

Ella siguió el curso de su mirada y se quedó con la boca seca, sintiendo un calor intenso entre los muslos. Sabía que Ettore estaba leyendo todas las señales que a ella le resultaba imposible ocultar.

Odiando aquel torrente de hormonas que se alteraba cada vez que él estaba cerca, Sophie hizo un gran esfuerzo por mantenerse serena, y sintió una mezcla de decepción y alivio al ver que Ettore recogía la chaqueta que se había quitado y se la echaba al hombro.

–Es tarde –dijo él–. Lo dejaremos para mañana por la mañana –y abandonó la habitación.

Otra gloriosa mañana de primavera en la toscana. Sophie se levantó de la cama sintiendo como si sus miembros le pertenecieran a otra persona, con la cabeza embotada y los párpados hinchados.

Había pasado una horrible noche de insomnio dando vueltas de un lado para otro.

No había parado de pensar en la proposición de matrimonio de Ettore.

¿Casarse con él? ¡Ni que estuviera loca!

Sabía lo que se proponía. Claro que lo sabía. No era tonta. Si se casaba con ella, el hijo cuya existencia desconocía hasta hacía poco, llevaría su apellido. Podría dirigir cada aspecto en la educación de su hijo a su antojo, sin hacer caso a los deseos de Sophie. Y aquel numerito que se había montado la noche anterior había sido sólo para asegurarse de que aún era capaz de excitarla a voluntad. No quería una mujer que lo ignorase cada vez que le apeteciese irse a la cama con ella.

¡Así que, bingo! ¡La tenía! Tenía un cuerpo disponible cada vez que le apeteciese.

La tendría dispuesta todo el tiempo y siempre despreciándola en silencio por su debilidad y por todos los delitos de los que la acusaba.

Sintió un vuelco en el estómago al preguntarse cómo podría afrontar el día que se le avecinaba. Agarró su bata de satén azul y se odió a sí misma por dejar que Ettore monopolizase todos sus pensamientos. Era la primera vez que no se levantaba de la cama al oír los llantos de Torry.

Con los pies descalzos, se acercó a la habitación del niño, que estaba junto a la suya, en la puerta de al lado del pasillo, y supo que estaba haciendo de más. Sabía que, si se hubiera quedado en la cama todo el día, todo habría sucedido con total normalidad.

Ettore estaba sentado en la mecedora, el sol entraba por la ventana haciendo que su pelo revuelto brillara como el azabache. Revuelto porque Torry, botando en su rodilla, no paraba de agarrarle los mechones y tirar de ellos, aparentemente feliz. Al fondo, la niñera francesa recogía las cosas del niño con una eficiencia mecánica.

La energía con la que había entrado en la habitación, abandonó a Sophie de golpe al ver aquello. ¿Alguna vez sería capaz de imponerse ante aquel hombre totalmente dominante que siempre conseguía lo que quería?

Obtuvo la respuesta cuando finalmente él la vio y dijo:

–Vístete. Vamos a llevar a Torry a pasear. Nos llevaremos el desayuno para hacer un picnic. En la puerta principal en veinte minutos –sin decir nada más, devolvió su atención al niño, que parecía asombrado con su padre, al igual que el padre lo estaba con él.

Como si tuviera puesto el piloto automático, sintiéndose completamente miserable, Sophie regresó a su habitación, se duchó y se vistió con unos pantalones de lino color crema y una camisa de manga corta de seda que se ajustaba a su cuerpo a la perfección, resaltando sus pechos.

¡Horrible! Sentía las mejillas ardiendo del asco, no por su camisa, sino por su cuerpo. Se la quitó y la guardó en un cajón. Después del episodio de la otra noche, Ettore pensaría que se le estaba insinuando, exigiendo su atención. No podía evitar tener ese cuerpo, pero, al menos, podía disimularlo.

El cuerpo rechoncho que tantas risas y comentarios había suscitado por parte de su madrastra y de su hermanastra en sus nada envidiables años de adolescencia, había desaparecido casi totalmente, pero aún le quedaban suficientes curvas tanto por encima como por debajo de su diminuta cintura.

Tras buscar durante un rato en su armario, finalmente encontró lo que buscaba.

Una camisa de seda gris. Con las mangas enrolladas, combinada con uno de los pantalones blancos que languidecían en el armario y un pañuelo de seda color escarlata anudado a la cintura.

Se dejó la camisa por fuera con la esperanza de disimular así sus curvas lo más posible, se abrochó los puños y luego los botones hasta el cuello.

Un poco de crema hidratante fue su único maquillaje. Se recogió el pelo con una coleta y bajó hasta el hall con la determinación de hacerse valer por encima de aquel hombre.

No serviría de nada sentirse miserable con la situación en la que estaba metida.

Tenía que ser firme y defender su posición. Hacerle saber a Ettore Severini que no era él el que tomaba todas las decisiones.

Pero se sintió desvanecer cuando lo vio frente a la casa. Iba vestido de manera informal pero sofisticada a la vez, y la luz del sol resaltaba sus marcados pómulos.

Jamás lo había visto tan guapo como en ese momento.

Con una mano sujetaba el cochecito de Torry y la otra la tenía estirada en dirección a Sophie, sosteniendo una cesta de picnic.

Tratando de recomponerse, haciendo todo lo posible por evitar esos ojos oscuros, Sophie ignoró la cesta y agarró el cochecito con ambas manos. No sería ella la que se ocupara de llevar las bolsas.

Comenzaron a andar con paso acelerado por el camino bordeado de cipreses, llevando una sombrilla que protegía a Torry del sol. Sophie se puso en cabeza y comenzó a atravesar una explanada de hierba de un verde esmeralda.

–Por aquí es por donde venimos habitualmente –dijo ella por encima del hombro a modo de explicación. Ettore la seguía, sin duda con el ceño fruncido al ver el modo tan poco elegante con que llevaba la ropa que seguramente le habría costado una fortuna.

Pero a Sophie no le importaba lo que él pensara, siempre y cuando no se le pasara por la cabeza que estaba haciendo un esfuerzo con su apariencia por su culpa. No podía permitirse alentarlo a que la sedujera, no cuando era tan sumamente difícil resistirse a él.

Y ella se había hecho cargo de la situación, ¿verdad? Eso debería haberla hecho sentir bien, pero no lo hizo. Sentía un nudo de desesperanza alojado en el pecho.

Pero no iba a ponerse a darle vueltas a la posible causa.

El aparente antagonismo de Sophie comenzó a desaparecer cuando llegó a su sitio favorito. Uno que había descubierto en sus paseos con Torry.

Se trataba de unos escalones de piedra que descendían hasta un círculo de hierba rodeado de flores rosas y blancas y arbustos de lilas y violetas con una dulce fragancia. Era la primavera de la toscana en su máximo esplendor, ejecutando su insidiosa magia.

Comenzó a bajar los escalones con el cochecito, ignorando el ofrecimiento de ayuda por parte de Ettore, y llegó hasta un cómodo banco de madera que había bajo un jazmín.

Tras parar el cochecito, se inclinó para levantar a Torry en brazos, deleitándose con la deliciosa fragancia de su bebé. El niño comenzó a reírse. Sophie sabía que él reconocía el lugar en el que estaban, así que lo dejó en la hierba con suavidad y observó cómo se alejaba gateando en círculos. Saboreó aquel momento de plenitud y se

admitió a sí misma que su hijo nunca habría conocido tal libertad en el apartamento de Tim en Londres. Al menos en cuanto al bienestar de su hijo, había hecho lo correcto. En cuanto a ella, bueno, tendría que arreglárselas.

Pero tuvo un sentimiento de inquietud en la boca del estómago al notar cómo Ettore la agarraba del brazo con sus dedos largos y bronceados y tiraba de ella para sentarla junto a él en el banco. Se le aceleró el pulso al sentir su cercanía. Incluso con él sentado a unos centímetros de distancia, observando con alegría cómo su hijo gateaba sobre la hierba a la luz del sol, Sophie podía sentir su calor corporal. Era desesperante.

Si pensaba sacar de nuevo el tema del matrimonio, Sophie metería a su hijo en el cochecito y se marcharía de inmediato, haciéndole saber que jamás accedería a su propuesta, ni en un millón de años. Pero Ettore no sacó el tema. Simplemente sonrió con dulzura y preguntó:

—¿Por qué Torry? No había oído nunca ese nombre.

Al ver las mejillas sonrojadas de Sophie ante semejante pregunta, Ettore supo que había metido el dedo en la herida. Eso estaba bien. Su propósito era llegar a saber qué era lo que hacía que esa mujer fuese como era. Si iba a ser su esposa, y así iba a ser, entonces tenía que conocer su mente a la perfección. Sabía muy poco de su pasado salvo que había perdido a su madre siendo muy joven. Él se había quedado tan asombrado por su cuerpo en la isla, que apenas había tenido ocasión de indagar en los aspectos personales.

Deslizó el brazo sobre el asiento por detrás de ella y notó cómo se ponía tensa al instante. No iba a tocarla, pero tenía que admitir que deseaba hacerlo. Ansiaba deshacerle la coleta con los dedos y deslizarlos por entre su pelo rubio y sedoso.

Fueran cuales fueran sus errores, actividades criminales entre ellos, no podía negar que la química sexual entre ambos era brutal.

Una vez ya se había dejado engañar, pero en esa ocasión tenía las ideas muy claras. Sería él el que tomaría todas las decisiones. Sólo tenía que averiguar qué era lo que la había convertido en una mujer así. Saber los detalles más importantes haría que fuese más fácil tenerla en su vida. Librarse de ella completamente no era una opción. No mientras Torry necesitara a su padre y a su madre.

Haciendo un esfuerzo por no tocarla, puesto que podía controlar su lujuria animal cuando quería, se recordó a sí mismo que la otra noche había decidido tomarse su tiempo para sacarle la información necesaria. Si se precipitaba, ella se cerraría en sí misma y así nunca podría averiguar sus secretos. Averiguar cuáles eran sus motivaciones

para ser como era, era más importante que saciar su ansia sexual.

Además, a juzgar por las señales que había emitido la noche anterior, sus mejillas sonrojadas, su respiración entrecortada, sus pezones erectos, sabía que podría tenerla cuando quisiera y la convencería de que el sexo era un intercambio más que justo por darle lo que él quería: los derechos de paternidad sobre su hijo.

Tratando de no pensar en el hecho de que su propósito era bueno pero los medios para conseguirlo eran más que cuestionables, le recordó a Sophie con suavidad su pregunta.

–¿Y bien?

Sophie tragó saliva. Era imposible no decir la verdad. Habría necesitado una mente completamente despejada para inventarse una mentira creíble sobre el tema, así que contestó sin más reparos.

–Le puse el nombre por su padre. Torry es el diminutivo. ¿De acuerdo?

Él ya lo había imaginado. Habría sido un tonto de no haberse dado cuenta. Al menos en eso había sido sincera y Ettore sintió un vuelco en el corazón, para su sorpresa. Sería porque, a pesar de que en su momento lo hubiese considerado como una fuente inagotable de bienes materiales, y aunque se hubiese apropiado de la joya de Cinzia, al menos seguía acordándose de él. Si no, no habría llamado al niño Torry.

Tenía más preguntas que hacer, concretamente una que lo inquietaba bastante, pero podría esperar. Retiró el brazo de detrás de ella para tratar de que se relajara y abrió la cesta, de donde sacó un termo de plata. Le sirvió el café en una taza de porcelana y se la entregó a Sophie.

–Puedes comer lo que quieras –dijo Ettore colocándose un poco más lejos para colocar la cesta entre los dos–. Mientras voy a evitar que nuestro hijo se coma las violetas. Tiene una naturaleza muy inquisitiva, ¿verdad?

La calidez de su sonrisa la dejó casi sin aliento y con la garganta seca. Cada vez que Ettore sacaba a relucir su encanto, ella sentía que se derretía por dentro.

Preguntándose qué sería lo que pretendía, observó cómo se arrastraba por el césped hacia Torry, que estaba intentando comerse su sombrero en ese momento. ¿Acaso había decidido que, como acosándola no iba a conseguir anda, sería mejor sacar su encanto? Querría encantarla hasta convencerla para casarse con él y después revelar su verdadera naturaleza, demostrándole que la despreciaba, a ella o a lo que creía que era, ignorándola hasta que sintiera la necesidad de una mujer con la que compartir la cama.

Pues no funcionaría. El que mentía una vez, volvería a mentir. ¿Acaso Cinzia habría descubierto de algún modo que le había sido infiel y habría decidido acabar con el compromiso? Suponía que nunca lo sabría. Pero de ninguna manera accedería a un matrimonio tan obligado con un hombre tan mujeriego como Ettore.

Éste había tomado a Torry en brazos y le estaba haciendo cosquillas en la tripa, despertando las carcajadas del niño.

Torry obviamente lo adoraba. Torry, que no había tenido contacto con hombres adultos en su corta vida, que había mirado a Tim con desconfianza, agarrándose a ella con fuerza cuando, su salvador, había intentado tomarlo en brazos.

Al contrario que al principio, al inicio de su tórrida aventura, ella ya sabía que su encanto personal, aquellas sonrisas que le producían escalofríos en la espalda y que iban acompañadas de una voz suave y con un ligero acento, no era más que una técnica para conseguir lo que quería. Pero ella era inmune, o eso creía.

Por supuesto que lo era. Ignorando el suspiro que escapó a sus labios y que parecía provenir de lo más profundo de su ser, Sophie se centró en los contenidos de la cesta. Con el estómago rugiéndole, seleccionó una rebanada de pan relleno de queso y salami y envuelta en un servilleta de lino, y la saboreó con placer. No tenía sentido comportase como una doncella victoriana que había perdido al amor de su vida y que había caído en el abismo. No dejaría que la sedujese ni que la encandilase, haciéndole creer una vez más que podían tener una relación verdadera.

¡De ninguna manera!

Sophie acababa de empezar a saborear las deliciosas uvas cuando Ettore colocó a Torry, que estaba medio dormido, en el carrito, ajustó la sombrilla y lo condujo hasta la sombra que proporcionaba un lilo blanco en flor. Sophie estaba segura de que el perfume de los árboles tenía que tener efectos narcóticos, porque se sentía tan relajada y tranquila, que fue capaz de dirigirle una sonrisa a Ettore cuando regresó para sentarse a su lado.

Sus ojos oscuros brillaron con humor al descubrir que el contenido de la cesta había disminuido considerablemente.

–Odio a las mujeres escuálidas que se comen sólo un par de hojas de lechuga y un rábano. Me alegra comprobar que no eres miembro del ejército de la dieta.

–¿Incluso aunque me ponga realmente gorda? –preguntó Sophie, ignorando la broma y dándole un trozo de pan envuelto en una servilleta. Hacía tiempo que había descubierto lo que se proponía. Además, estar siempre a la defensiva llegaba a ser agotador.

–Gorda no. Se me ocurre una descripción mejor –dijo él con los ojos brillantes y perversión en la mirada–. Deseable, deliciosa, jugosa.

Sophie cerró los ojos y se echó hacia atrás. No se sentía impresionada en absoluto por aquellas palabras. ¿Deseable? Había habido un tiempo en que la había deseado, en una isla desierta y sin nadie más alrededor, y no había más que ver a dónde la había conducido todo eso. Pero lo volvería a hacer, sufriría de nuevo el dolor y la humillación que le había hecho pasar, porque todo aquello había tenido como consecuencia a su maravilloso hijo, al que quería más que a su vida.

De pronto se levantó una brisa fría que le pegó la camisa a los pechos, y el roce de los labios de Ettore en su boca fue como un relámpago que le produjo sacudidas eléctricas por todo el cuerpo, haciéndola sentir desorientada.

Levantó las manos para alejarlo incluso a pesar de que su boca se pegó ansiosamente a la de él, y fue un leve llanto proveniente del cochecito lo que la hizo volver a la realidad.

–¿Por qué haces eso? –preguntó ella furiosa, molesta consigo mismo por el ansia que no podía disimular.

Se puso en pie de un salto y sintió que le temblaban las piernas. Sabía que tenía la cara roja, y tuvo ganas de golpearlo al ver cómo se levantaba con ella y se situaba a su lado, haciéndola plenamente consciente de su presencia, de su cuerpo fuerte y musculoso.

–Tenías crema de queso en el labio superior –dijo él–. No he podido resistirme.

Aún tengo hambre –el brillo en sus ojos le dejó claro de qué era exactamente de lo que tenía hambre.

–¡Pues termínate la fruta! –respondió ella–. Me llevo a Torry dentro.

–Claro –dijo él, y comenzó a caminar a su lado.

Le entregó la cesta y agarró el cochecito para subir los escalones de piedra, como si el armatoste no pesara más que una pluma.

–El viento de tramontana sopla desde los Alpes. Una primavera temprana en la toscana es como una mujer hermosa. Pasa de ser cálida a fría en un instante –dijo él levantando una ceja–. Como tú, *cara mia.* Te pones furiosa porque no soportas haber disfrutado con mi beso. Me pregunto por qué será eso.

A punto de contraatacar con una respuesta vehemente, Sophie se mordió la lengua. Él sabría que estaba mintiendo, ¿así que por qué molestarse? Seguro que había notado cómo todo su cuerpo se había vuelto loco cuando sus labios se habían tocado.

–Es todo un dilema. Hubo un tiempo en el que ansiabas mis besos

de una manera halagadora y deliciosa, si no me falla la memoria. Ahora te gusta fingir que esos días de ansia hacia mí han acabado y prefieres… ¿cómo se dice?… ponerte de uñas cada vez que me acerco a ti. Es un enigma que pretendo resolver.

Conociendo su historial, habría imaginado que Sophie habría dado saltos de alegría ante la idea de un matrimonio que le proporcionaría un estilo de vida tan cómodo. Él había hablado de resolver el enigma como si nada, pero lo decía completamente en serio. Ese acertijo lo inquietaba realmente.

Al ver la villa a lo lejos, Sophie suspiró aliviada. Seguro que Ettore podía encontrar cualquier otra cosa que hacer que no fuera estar siguiéndolos todo el día a Torry y a ella. Ella era demasiado susceptible en lo que respectaba a su magnetismo animal y masculino.

Su mente se relajó aún más cuando llegaron al hall principal, él le quitó la cesta de las manos y anunció:

–Tengo papeleo del que ocuparme y llamadas que hacer. Estaré ocupado el resto del día –pero Sophie volvió a notar la angustia cuando Ettore siguió hablando–.

Cenaremos fuera esta noche, en la *trattoria* local, así que lleva algo informal. Ya es hora de que conozcas la zona. No es bueno que te quedes aquí encerrada.

Para disimular su angustia, Sophie se entretuvo sacando a su hijo dormido del carrito. Una cena íntima era definitivamente algo que no podía permitirse. Le recordaría sin duda a esas cenas tardías que habían compartido bajo las estrellas en la isla y, sobre todo, a lo que había ocurrido después de las cenas.

–Yo no puedo –dijo sin saber qué excusa poner–. Tengo un bebé, ¿recuerdas? –y, por si acaso no lo había pillado, levantó la mirada y lo miró directamente a los ojos–.

Tengo una alarma en mi habitación por si se despertara y necesitara que le cambien o beber agua.

–La niñera también tiene una alarma –dijo él.

Aquellos ojos fascinantes parecían iluminados y su voz se suavizó cuando le acarició las mejillas con las yemas de los dedos.

–Por eso la contraté, querida. No para quitarte de encima todo el cuidado del bebé, sino para permitirte pasar algo de tiempo conmigo mientras ella se ocupa de la parte más aburrida del trabajo como la limpieza, lavar la ropa y esas cosas. Para que, como madre suya que eres, no te veas coartada de tus libertades y entretenimientos.

Le apartó la mano de encima y dejó a Sophie completamente desconcertada y con la boca abierta al darse cuenta de que realmente decía en serio todo aquello. Al comprender que no había contratado a

la niñera Minette para apartarla a ella de su hijo, como había creído inicialmente.

«¡No seas agradable conmigo!», gritó ella en su interior. «Por favor, no».

Y no tuvo que perder el tiempo poniendo ninguna otra excusa porque él se adelantó y dijo:

–Estate lista a las ocho y media.

Se dio la vuelta y se alejó con la cabeza alta y los hombros estirados, demostrando la seguridad que tenía en sí mismo.

Capítulo 7

PARA su sorpresa, Sophie se encontró a sí misma bastante tranquila, a pesar de la situación tan incómoda en que se encontraba. Vestida y preparada, se dirigió hacia la habitación del niño y vio a su bebé durmiendo. Arropado en la elegante cuna que Ettore le había comprado, el niño parecía adorable, agarrando con la mano el osito de peluche azul que siempre lo acompañaba.

–Seguramente, dormirá toda la noche, y nosotros no llegaremos tarde, Minette –le dijo en voz baja a la niñera.

Era la primera vez que llamaba a la mujer por su nombre, sin estar muy segura de si era así como se trataba al personal en las residencias de los Severini, y sin importarle tampoco, ya que le parecía más amigable. Ahora que Ettore le había prometido que la niñera no había sido contratada para levantar una pared entre ella y su hijo, Sophie se sentía aliviada de que le cayese bien.

Minette se giró desde el armario mientras doblaba las pequeñas prendas destinadas a las estanterías y dijo:

–Todo estará bien, *madame.* Relájese y disfrute de la velada. Y he de decir que está usted preciosa. Puedo reconocer un diseño de París en cuanto lo veo.

En realidad, el traje de ante color miel era de un diseñador italiano, pero Sophie jamás habría herido los sentimientos de la mujer diciéndole la verdad. Simplemente sonrió, le dio las gracias y salió de la habitación sobre sus zapatos de tacón, dejando tras de sí la sutil fragancia de su perfume.

Mientras se preparaba para una velada que prometía el tormento de estar con un hombre al que odiaba y deseaba en igual medida, un hombre que podía excitarla a voluntad y al que a veces tenía ganas de golpear con un ladrillo, Sophie había tenido una súbita revelación.

Su situación personal no tenía por qué ser tan mala, no si trataba de que no lo fuera. Puede que Ettore hubiera resultado ser el tipo de hombre que ella despreciaba, el tipo de hombre que seduce a las de la clase inferior hablándoles de amor eterno cuando en realidad está prometido a una mujer de su mismo estatus, pero realmente no se había casado con la cruel Cinzia di Barsini. Era un hombre libre. No estaba comprometido con nadie más, que ella supiera, y, por alguna razón, eso hacía parecer que las cosas eran más fáciles.

Además, un hombre que había aceptado al hijo que apenas conocía y lo había tratado como a un príncipe, un hombre que se tomaba sus responsabilidades como padre tan en serio y estaba dispuesto a casarse con una mujer de clase inferior a la que consideraba promiscua y ladrona, no podía ser tan malo. Así que, casi con total seguridad, si

tenía algo de piedad en su cuerpo, podría ser persuadido.

Lo único que ella tenía que hacer era convencerlo de su integridad. No había nada que pudiera hacer con respecto a su estatus social o financiero, pero nunca había robado nada en toda su vida. Y, en cuanto a lo de ser promiscua, era algo tan lejano a la realidad, que casi daba risa.

Lo único que tenía que hacer era convencerlo de que tendría que respetarla como a una pobre pero sincera campesina y borrar de su cabeza la absurda idea de casarse con ella. Esa idea probablemente hubiera brotado de una falta de respeto absoluta hacia sus sentimientos, porque siendo inmoral, como él pensaba que era, creería que podía obligarla a hacer cualquier cosa que le apeteciera.

El matrimonio sería un desastre. Como su esposa, ella se encontraría con facilidad enamorada de él de nuevo, ya era lo suficientemente tonta en lo que a él se refería, y su vida sería miserable porque él nunca la había amado y nunca lo haría.

Absorta en sus pensamientos, llegó hasta Ettore, que la esperaba al pie de las escaleras con los brazos abiertos, rodeándola con ellos en un gesto de caballerosidad.

–Hueles a flores de verano. Es agradable –dijo él con voz suave como la miel, y apretó los brazos mientras inclinaba la cabeza hacia ella, hundiendo su rostro en su pelo.

Con un suspiro inaudible, Sophie sintió cómo todo su cuerpo se derretía con una puntualidad mecánica bajo el de él. Se le pusieron duros los pezones contra su pecho cubierto por el cachemir negro y el latido inmediato e insistente entre sus muslos hizo que las rodillas comenzaran a temblarle, sintiendo en su nariz la fragancia masculina de la colonia que usaba.

Ettore estaba ejecutando su vieja magia, la magia potente que la hacía incapaz de resistirse. Sin poder evitarlo, ella se acercó más, sintiendo cómo el calor la recorría, mientras, cegada por la nube que tenía en el cerebro, sus manos se deslizaban por sus hombros y luego alrededor de su cuello, hasta levantar la cabeza expectante.

Aquello era lo último que quería que ocurriese, ¿pero cómo podía negarlo? Estaba tan perdida como lo había estado aquella noche en que él se había acercado a ella en la playa, deleitándose con cada detalle de su cuerpo mojado por el agua mientras le entregaba una toalla.

–Respira –dijo él apartándola de su camino con una sonrisa–. La próxima vez mira por dónde vas. Podría haber sido un muro de ladrillo. ¿Nos vamos?

El sentimiento de pérdida mientras él se alejaba fue tan intenso

que la hizo estremecerse. Inclinando la cabeza para tapar el rojo de humillación de su cara con el pelo, Sophie le permitió pasarle una mano bajo el codo y guiarla fuera, donde estaba esperando el coche.

Sin poder evitarlo, se había comportado como una desvergonzada. No podía haber dejado más claras sus necesidades ni aunque hubiese llevado puesta una camiseta con la frase *quiero acostarme contigo* estampada en el pecho. Y el mero hecho de que a Ettore no le había afectado en lo más mínimo la hacía sentir incluso más humillada.

Apartándola con un comentario burlesco sobre muros de ladrillo cuando no podía haberle quedado duda alguna sobre su comportamiento. Lo estaba pidiendo a gritos.

El miedo de que, mediante el sexo, podía convertirla en una adicta y convencerla para que se casara con él y compartiera su cama cuando él quisiera, era ya algo firmemente instaurado en su cabeza. Debía de haber estado loca para creerse lo contrario.

La alojaría, la alimentaría y la vestiría por el bien de su hijo. Incluso se casaría con ella por las apariencias. ¡Pero no la tocaría!

Sería razón de más para hacerle creer en su integridad, para que la respetara. Algo que, sabía, sería más difícil después de aquel episodio.

Mientras descendían con el coche hacia el pueblo, Sophie hizo todo lo que le fue posible por retomar su supuesta tranquilidad.

Necesitaba convencerlo de que ella se había equivocado. Que él había actuado de forma vergonzosa al hacerla creer que estaba enamorado de ella sólo para conseguir acostarse con ella y sabiendo que iba a casarse con otra persona. Tenía que hacerle ver que no era una ladrona, que la habían engañado. Tenía que hacerle sentir culpable y él tendría que aceptar sus condiciones.

Si continuaba negándose a su petición de tener una casa propia para ella y para Torry en Inglaterra, entonces al menos una pequeña casa de campo en esa zona bastaría.

Podría contribuir a la educación de Torry si realmente quería, podría verlo los fines de semana y que el niño se quedara con él parte de las vacaciones cuando tuviese edad de ir al colegio. Y ella sería autosuficiente, cultivaría frutas y hortalizas y hasta criaría pollos.

–¿En que estás pensando?

Sophie parpadeó. Su pregunta la había sobresaltado. Estaban aparcados en una calle estrecha frente a un edificio de piedra. Ni siquiera se había dado cuenta de que hubiera parado el coche. Aún tratando de olvidarse de esos planes idílicos para el futuro, se concentró en el amargo presente y contestó.

–En huevos.

El sonido de su risa le hizo sentir un cosquilleo en el estómago.

Había pasado mucho tiempo, un tiempo vacío, desde que no se reían juntos los dos, pero tuvo que morderse el labio para evitar sonreír instintivamente. Él no se daba cuenta, pero esa velada iba a ser muy seria, verdaderamente seria.

–Es evidente que tienes hambre. Bien –Ettore salió del coche con la velocidad de un rayo, tratando de resistir la tentación de agarrarla de los hombros, girarla hacia él y besarla hasta perder la noción del tiempo.

En la casa, le había costado un esfuerzo infinito controlarse y no aprovecharse de aquel cuerpo endiabladamente sexy que se restregaba contra el suyo, controlarse para no tomarla en brazos y llevársela a la cama.

Había ido más allá tratando de negar la química sexual que existía entre ambos, así que se merecía una medalla al autocontrol. Tenía que meterse en su cabeza y comprender cuáles eran las razones que ella tenía para ser como era antes de creerse sus reclamaciones morales e incluso antes de pensar en hacer el amor con ella, convirtiéndola en su esposa y creando una familia próspera para su hijo.

De vuelta con el control, al menos todo el control que le era posible tener con aquella pequeña diablesa a su alrededor, abrió la puerta del copiloto y la ayudó a salir, reduciendo con cuidado el contacto físico al mínimo y la guió por el suelo adoquinado hacia las luces del restaurante.

–La comida es casera, pero está fantásticamente preparada. Llegamos pronto, pero más tarde podrás conocer a algunos de los del pueblo.

Lo cual no era lo que Sophie quería hacer, no en ese momento. Quería hablar con Ettore, hablar con él de verdad y hacerle ver su parte de la historia.

Ettore fue recibido por el propietario, Beppe, como si lo apreciase como a su cliente favorito, mientras su mujer los observaba desde detrás de una cortina que, Sophie imaginó, conduciría a la cocina.

Unos armarios chillones pintados a mano flanqueaban una enorme chimenea donde el fuego crepitaba y Beppe los condujo hasta una mesa de madera decorada con una vela en un candelabro de terracota.

–¿Estás cómoda? –preguntó Ettore con una sonrisa mientras acercaba el candelabro al borde de la mesa para que no hubiera nada tras lo que ella pudiera esconderse.

¿Iba a ser así todo el tiempo? ¿Educado mientras ella hiciese lo que le mandase?

¿Seguiría sus planes al pie de la letra?

–No mucho –contestó ella sin dudar, dispuesta a aprovechar la

oportunidad de incomodarlo, y observó cómo levantaba una ceja sin comprender nada, echándose hacia atrás mientras Beppe les llevaba una jarra de vino y dos copas.

Cuando volvieron a estar solos, tras una animada conversación sobre la vendimia, Ettore llenó ambas copas y la miró.

–Me pregunto por qué será eso. ¿Hubieras preferido un lugar mucho más elegante y caro?

A Sophie le dio un vuelco el corazón. Aquél era exactamente el inicio que necesitaba. Así que lo aprovechó y dijo:

–No me conoces en absoluto, ¿verdad? Realmente no me conoces –levantó una mano, indicando la cálida y acogedora habitación, con sus armarios, las flores secas colgando de las vigas de madera, las fotografías familiares antiguas en viejos marcos de terciopelo y los cuadros que decoraban cada espacio libre en las paredes–. Este lugar encaja perfectamente conmigo. Es un sitio corriente, y yo también. Yo no soy una mujer sofisticada y elegante que quiere que la lleven a sitios caros para despilfarrar –sentía las mejillas acaloradas. El calor se extendía por todo el cuerpo, estando sentada tan cerca del fuego. Se quitó la chaqueta que llevaba y la colgó sobre el respaldo de su silla y concluyó su discurso con una vehemencia que no pudo evitar–. ¡Y no soy una ladrona ni me acuesto con todo el mundo!

«Y yo soy holandés», pensó Ettore, asombrado por su interpretación. Ella sería todo un éxito en cualquier acto. Era hermosa, sus ojos eran como dos piscinas profundas, a veces de carbón y a veces de plata y sus labios como capullos de rosa pidiendo ser besados. ¿Qué hombre habría sido capaz de apartar la vista, o las manos, de aquellos fantásticos pechos que se adivinaban bajo la camisa de seda sin mangas que Sophie llevaba puesta?

–¡No te rías de mí! –añadió ella mientras Beppe se acercaba con un plato de entrantes.

La sonrisa de Ettore se hizo más amplia si cabe y adivinó que tenía ganas de tirarle la copa de vino a la cara, porque sus gestos eran absolutamente expresivos. Supuso que contuvo el impulso por la llegada de las aceitunas, las tartaletas de verduras y de las gambas a la parrilla.

Sophie estaba con la guardia puesta y, esa vez, en vez de estar molesto al verla furiosa, se lo estaba pasando bien. Podría dar otra vuelta de tuerca y a saber lo que podría ocurrir. La idea le parecía verdaderamente atrayente.

Haciendo un esfuerzo, disimuló la sonrisa, pero en su voz aún se notaba el humor cuando dijo:

–¿Comemos?

Sophie tomó una aceituna y luego volvió a dejarla, sintiendo cómo el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas. A no ser que Ettore se levantara y se marchara, ella estaba allí cautiva. Se cruzó de brazos y dijo:

–Dijiste que deberíamos conocernos mejor. Como ya he dicho, tú no sabes nada sobre mí.

–En efecto –dijo Ettore tras dar un mordisco a una de las tartaletas.

Era hora de comenzar con el viaje que se había propuesto a sí mismo, un viaje que lo conduciría hasta su mente. Era hora de ponerse serio y dejar de babear con sus atributos y alimentando su libido. Una libido que había estado extrañamente tranquila desde la noche en que había descubierto lo que era realmente Sophie Lang.

–Empecemos de una vez. En más de una ocasión me has acusado injustamente de ser yo el causante de que no volvieras a trabajar como niñera. Me pregunto por qué.

¿Porque te quedaste embarazada? No es una acusación muy oportuna teniendo en cuenta que me habías dicho que tomabas la píldora. Lo cual hace sugerir que la mayor parte de la culpa es tuya. Además, ¿quién iba a contratarte como niñera cuando tienes un hijo propio?

Sophie lo miró con odio, seleccionó una gamba y se tomó su tiempo mientras la pelaba, sintiendo cómo se le empañaban los ojos al recordar todo lo que había sucedido.

–Nada más regresar de Italia –dijo ella con frialdad–, me dijeron que me habían despedido de la agencia. Habían recibido una queja muy seria. Una queja tuya y de esa mujer con la que ibas a casarte, ¿de quién si no? Yo le había robado algo a una invitada de mis jefes. No se me podía ocurrir pedir referencias y podía sentirme afortunada por no tener cargos legales en mi contra.

Tomó aliento tras hablar. Había sido una época horrible. Ettore le había roto el corazón y ella había sido tachada de ladrona y se había sentido humillada. Lo único que habría querido era meterse de lleno en la profesión que le gustaba y tratar de olvidar que alguna vez lo había conocido.

–Yo no había robado nada –prosiguió con voz dolida–. Tú me habías hecho perder mi trabajo y cualquier oportunidad de volver a trabajar de eso. En ese momento yo no sabía que estaba embarazada. Por suerte hubo gente que creyó en mí, no como tú.

Nanny Hopkins me acogió mientras buscaba trabajo. Un tipo me contrató en un bar, satisfecho por un par de referencias que tenía, de Nanny Hopkins y del padre de mi amiga Tina. Así que, no gracias a ti, sobreviví –concluyó levantando la barbilla y con los ojos brillantes.

Ettore se dio cuenta de que Sophie había pelado varias gambas, pero todas yacían sin tocar junto a las cascaras.

No cabía duda de que lo que decía era verdad. Había estado en la lista negra. Por primera vez desde aquella noche sombría, su mente rememoró los acontecimientos.

Se había sentido herido y había creído su amor traicionado pero, aun así, había insistido en tener una reunión con todas las personas que sabían lo que había ocurrido: Flavia, Cinzia y Filomena.

Con el corazón en un puño, había ordenado que aquel desafortunado incidente no fuera a mayores. La joya había aparecido, no se había perdido nada, salvo el sueño, más propio de un adolescente que de un adulto, de pasar el resto de su vida con la única mujer a la que había amado. Aun así, jamás quiso que la castigaran por nada.

Flavia, con los ojos húmedos, había susurrado:

–No me habría creído una palabra de todo esto si no la hubieras pillado con las manos en la masa. Por supuesto, yo no haré que esto se extienda.

Cinzia, con una sonrisa en la cara, no había dicho nada. Había sido Filomena la que había expresado lo evidente.

–¿No deberíamos informar de esto a la agencia para la que trabaja? Puede que robe a futuros clientes.

En ese momento, Ettore no había sabido cómo hacerles comprender sin parecer un tonto que, si le quitaban ese trabajo a Sophie, podría recurrir a medios aún peores para ganar dinero, quizá incluso la prostitución. Finalmente había sido Cinzia la que había concluido con el asunto diciéndole a su criada:

–Ya has oído lo que ha dicho el señor Severini. Ni una palabra de este desafortunado incidente. Te prohíbo que hables de ello de nuevo.

Su hermana Flavia no podía haber contactado con la agencia, y Filomena sería demasiado consciente de las consecuencias que podría tener desobedecer a su jefa.

Lo cual dejaba sólo a Cinzia. Cinzia, que había expresado su decisión de no presentar cargos. En aquel momento, tal magnanimidad le había parecido extraña teniendo en cuenta su carácter. Ahora se preguntaba por qué.

Pero era demasiado pronto para hacer públicas sus sospechas. No había llegado a ser el hombre de negocios que era por ir contándolo todo por ahí sin haber recopilado antes la información necesaria.

Inclinándose sobre su asiento mientras Beppe les llevaba un plato de lubina al horno, Ettore estudió los rasgos de Sophie y su boca apretada. Debía de haberlo pasado mal con el embarazo inesperado,

tratando de encontrar trabajo y de ganar lo suficiente como para sobrevivir y ahorrar para el bebé que estaba en camino.

Dejando de lado las pruebas del robo y el silencio de Sophie, ella había estado embarazada y él no le había proporcionado su ayuda. De acuerdo que en aquella época él se había sentido dolido, pero ésa no era excusa. Tenía que haber contratado a alguien para que siguiera sus movimientos en Inglaterra. De ese modo, finalmente se habría enterado del embarazo, le habría ofrecido su ayuda y habría insistido en que regresara a Italia con él, asegurándose de que tuviera los mejores cuidados mientras esperaban a que naciera su hijo.

Al menos no había abortado. Había luchado ella sola, sin ayuda.

De acuerdo. En ese momento Ettore no se tenía a sí mismo en gran estima, pero no servía de nada lamentarse. Lo único que importaba era el futuro y cómo afectaría eso a su hijo. Y sólo conociéndolo todo sobre ella, se aseguraría de no recibir más sorpresas desagradables.

Tras repartir el pescado, le entregó su plato.

–¿Cómo te las arreglaste? Has mencionado a una tal Nanny Hopkins.

Sophie asintió, aún con la boca apretada y muy seria. Tomó su tenedor y deseó poder atacarlo a él y no al pescado con el instrumento. Aquel hombre demasiado guapo, demasiado rico y demasiado seguro de sí mismo había ignorado sus quejas cuando lo había acusado de ponerla en la lista negra. Como si eso no importara.

Ella no era una persona violenta, pero Ettore Severini sacaba lo peor que había en ella. Para combatir ese sentimiento de odio, dijo con frialdad absoluta:

–Me invitó a vivir con ella y se portó maravillosamente bien, en todo. Siempre estaba alegre y veía el lado positivo de las cosas.

–¿La conocías desde hacía mucho tiempo? –preguntó Ettore llenándole su copa de vino. Sophie no estaba comiendo, pero se había bebido el vino como si fuera agua.

No importaba. Puede que el alcohol le soltase la lengua.

Con un suspiro, Sophie dejó el tenedor. Sería todo un alivio poder dejar de lado todo el asunto de su supuesto robo. Al parecer, Ettore no consideraba necesario mencionar su parte de culpa en el asunto, lo consideraría indigno de él. Ni siquiera parecía avergonzado de haberlo hecho. Porque nada lo convencería de que ella no había robado la joya de aquella horrible mujer. Desde luego, sería un alivio poder hablar de alguien que siempre había pensado lo mejor de ella.

–Fue contratada después de que yo naciera. Al parecer, mi madre siempre estuvo delicada de salud. Murió cuando yo tenía tres años, así que no tengo un recuerdo claro de ella. Creo que mi padre siempre se

culpó a sí mismo por dejarla embarazada y a mí por haber nacido –explicó, y dio un trago al vino para aclararse la garganta.

Tenía un ligero sabor a fresas y un aroma que le recordaba a una flor, pero no sabía a cuál. Entonces sonrió ligeramente.

–¿Y? –dijo Ettore preguntándose si habría sido buena idea volver a llenarle la copa. Al menos había hecho que hablara con total libertad.

–Nanny Hopkins estuvo conmigo hasta que cumplí siete años. Como una madre.

Entonces mi padre se casó con Stacia, una divorciada. Tenía una hija, Tiffany, y ella nunca dejó de remarcar que, Tiffany era todo lo que yo no era. Guapa, brillante. Eso no importaba porque Nanny Hopkins me quería. Pero pocas semanas después, Stacia la despidió. Era una pérdida de dinero, había dicho ella, aunque luego no tenía reparos en gastarse más de lo que mi padre podía permitirse en ropa cara para ella y para Tiffany, o en comida para las fiestas elegantes que daba continuamente.

Sophie tomó aliento, como si se lamentara de haber hablado demasiado.

–¿Me estás oyendo? –preguntó ella con una sonrisa–. Aquí, quejándome. Tuve una infancia feliz, de verdad. Y, por supuesto, mi padre me quería, aunque no se le daba bien demostrarlo. Además, la familia de mi mejor amiga Tina, dejaba que me fuera con ellos de vacaciones en verano, y me lo pasaba muy bien. Y Nanny Hopkins nunca se olvidó de mí. Siempre me enviaba cartas y regalos. Fui afortunada.

Ella sonrió abiertamente y Ettore se sintió furioso. ¿Afortunada? ¿Por haber perdido a su madre tan joven? ¿Por haber sido tachada como medio responsable de su prematura muerte? ¿Por haberse quedado sin la mujer que, obviamente, había sustituido a su madre? Por no hablar de tener una madrastra digna de pesadilla.

Él podía leer entre líneas tan bien como nadie. Para Sophie no había habido ropa cara. Seguramente habría llevado siempre la misma ropa hasta romperla por completo. Y además los niños no llevaban bien las comparaciones envidiosas. La supuesta superioridad de Tiffany debía de haber sido una losa para ella.

«Tranquilízate», se dijo a sí mismo, ignorando el plato de verduras a la plancha que Beppe había colocado sobre la mesa, al igual que ignoró el impulso de estirar los brazos sobre la mesa para agarrarle las manos a Sophie. Aquella conversación tenía que ser esclarecedora, no una mezcla de ira, compasión y... ¿culpa?

–Así que te fuiste a vivir con ella y comenzaste a trabajar en un bar –dijo él–. Y

nació Torry. ¿Entonces qué?

Sophie podía imaginarse que, en cualquier momento, Ettore iba a echarle en cara su irresponsabilidad por no haberle dicho que iba a ser padre. Pero ella ya le había explicado su decisión de no causarle problemas. Por aquella época pensaba que se había casado con esa mujer odiosa.

Se encogió de hombros. Se le estaba levantando un ligero dolor de cabeza, y sabía que no estaba pensando con claridad, porque aquello era más bien una inquisición antes que una declaración de inocencia. Y no podía entender por qué, en vez de disculparse por su comportamiento, Ettore estaba tan interesado en saber dónde había vivido y cómo se había ganado el pan. Definitivamente había bebido demasiado vino. No debería haberlo tocado.

Sentía la lengua seca, pero siguió hablando, decidida a concluir con el tema y centrarse en lo que realmente importaba.

–Conseguí un trabajo de jornada partida en un supermercado cercano. Nos las apañamos bien. Entonces... entonces ella murió. Fue de repente. La casa estaba alquilada y Torry y yo tuvimos que marcharnos –se le llenaron los ojos dé lágrimas–.

La echo de menos.

Dio! Por fin lo veía todo. Ettore comprendía por qué Sophie se había ido a vivir con ese hombre rubio. Casi sin pensar, absorto en lo mal que lo debería de haber pasado, sufriendo por la pérdida de su vieja amiga, de pronto sin casa, sin esperanza y con un niño al que alimentar, Ettore dijo:

–¿Entonces te mudaste con un novio?

Estuvo a punto de añadir que comprendía perfectamente por qué lo había hecho, pero no le dio tiempo, porque en ese momento Sophie le dirigió una mirada de hielo, echó la silla hacia atrás y se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

Capítulo 8

ETTORE dejó dinero suficiente en la mesa para pagar la cuenta, más una propina, y salió tras Sophie tras recoger su chaqueta. Odiaba verla tan dolida. Lo odiaba. Y era culpa suya por haber dicho algo así.

Cuando salió a la calle, Sophie estaba apoyada contra el coche con la cabeza gacha.

Suavemente Ettore le colocó la chaqueta sobre los hombros, abrió la puerta del copiloto y murmuró:

–Entra. Las noches de primavera son frías.

Obedeciendo, porque ¿qué otra opción tenía?, Sophie se metió en el coche mirando hacia abajo y él cerró la puerta y rodeó el coche para colocarse tras el volante.

La velada había sido un completo desastre. Ella había pretendido convencerlo de una vez por todas de que era inocente de todos los cargos contra ella y él había tirado por tierra todo lo que había conseguido decir, como si todo aquello estuviese por debajo de él, obviamente convencido de que había hecho bien contactando inmediatamente con la agencia para la que trabajaba para ponerla en la lista negra por ser una ladrona.

¿Qué esperanza tenía de hacerle creer algo que no quería creer? ¿Por qué gastar su aliento intentándolo?

Sophie sintió cómo él giraba la cabeza para mirarla y cerró los ojos con fuerza.

–Lo siento. No pretendía sonar censurador sobre el hecho de que te mudaras con ese tipo –dijo él, y ella abrió los ojos de nuevo.

Sintió cómo la ira, potenciada por el alcohol, le subía por la espalda ante aquella supuesta disculpa. Tenía una bajísima opinión de ella y se aferraba a su convencimiento, haciéndola pasar por el tipo de mujer que viviría a costa de un hombre a cambio de favores sexuales. ¿Sería por eso por lo que pensaba que iba a ponerse a dar saltos ante su proposición de matrimonio?

Apretó las manos con fuerza sobre su regazo mientras miraba por la ventanilla.

–¿Por qué ibas a sonar censurador? –preguntó de pronto–. Tú, de todas las personas, debes de comprender lo que es tomar aquello que se te ofrece. Se te da bastante bien, por lo que yo recuerdo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él con voz serena.

–¿Es que tengo que deletrearlo? –preguntó ella, y al obtener el silencio como respuesta, continuó–. Crees que todo el mundo es como tú. Ves algo tentador, algo fácil, y te lo quedas.

–¿Ahora me acusas tú a mí de robarle cosas a otras personas? –dijo Ettore con ironía.

–Peor. Robas corazones y luego los destrozas.

En cuanto lo dijo, Sophie deseó poder retroceder y comerse las palabras. Se llevó la mano a la frente.

Ya lo sabría sin ninguna duda. Sabría que ella había hablado en serio cuando había dicho que lo amaba, y que no se trataba de la típica aventura de verano. Sabría que su estúpido corazón se había visto involucrado en todo ese asunto.

Si a eso le añadía la manera en que su cuerpo había reaccionado recientemente a su tacto, incluso a su mirada, sabría también que seguía desesperadamente enamorada de él. Y sabría que podría manejarla a su antojo y hacer que se casara con él, cualquier cosa con tal de poder estar con él, y ella nunca sería capaz de escapar de él y conseguir una vida tranquila para ella y para Torry lejos, muy lejos.

–¡Llévame de vuelta! –exclamó Sophie, y deseó no haber nacido cuando su humillación se hizo aún mayor y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas.

Ettore puso en marcha el motor y comenzó a conducir, sintiendo que todas sus sospechas habían vuelto a tomar fuerza. Miró a Sophie con los ojos entornados y el ceño fruncido.

Odiaba verla llorar. Lo desgarraba por dentro. Él y Cinzia le habían hecho entre los dos un daño terrible. Cinzia activamente. Él pasivamente.

Él se había quedado sorprendido y dolido ante la evidencia que tenía ante sus ojos, ante el supuesto silencio de culpabilidad de Sophie, pero ahora estaba seguro de que ese silencio era producto de una sorpresa tan grande como la suya.

Pero ésa no era excusa. Se odiaba a sí mismo por todo eso.

Cuando pensaba en todo lo que debía de haber pasado, le daban ganas de ponerse a dar puñetazos contra la pared. Abandonar la casa de Flavia con la reputación por los suelos y luego, gracias a Cinzia, ser despedida del trabajo. Luego descubrir que estaba embarazada de él y ser incapaz de ir a pedirle ayuda por pensar que era un hombre casado. Una mujer de cualquier otra calaña se habría acercado de todos modos, exigiendo ayuda, sin importar quién se pusiese en su camino.

Sin embargo, ella se las había apañado por sí sola, criando a su hijo en condiciones infrahumanas hasta que el destino le había jugado otra mala pasada con la muerte de su amiga. Y entonces se había mudado con el tipo rubio. ¿Y qué?

Sintió un vacío enorme en el estómago. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? De pronto sin casa y sin trabajo por la muerte de su amiga, que cuidaba de su hijo mientras ella trabajaba para cobrar una

miseria. No debía de haber tenido muchas opciones, no con un bebé que alimentar. ¿Así que qué derecho tenía él para cuestionar su moralidad?

Tendría que disculparse.

Al día siguiente confirmaría sus sospechas y se enfrentaría a Cinzia. Obtendría la verdad de sus labios. Luego haría todo lo que estuviera en su mano para enmendar el comportamiento tan horrible que había tenido con Sophie.

De pronto un sollozo amortiguado llamó su atención y giró la cabeza, viendo que Sophie tenía los nudillos apretados con fuerza contra la boca y parecía completamente asustada.

Inmediatamente Ettore disminuyó la velocidad. Conocía las estrechas carreteras de la colina como la palma de su mano, pero ella no. Él sabía que nunca se arriesgaba, pero ella no. Sintió su corazón contraerse. Se había ganado otro error más en su ya inmensa lista. No podía esperar a solucionar todo el asunto y aclarar las cosas. En ningún momento se le ocurriría actuar sin tenerlo todo atado y bien atado.

Sólo entonces sería libre de remover cielo y tierra para intentar disculparse.

–Ya casi estamos en casa –dijo él con suavidad mientras tomaba la última curva a una velocidad de risa. Pero se daba cuenta de que, si pretendía impresionarla con su caballerosidad, no lo estaba haciendo bien, porque otro sollozo escapó a sus labios, haciendo que se odiara a sí mismo todavía más.

¿Casa? Ojalá. Sophie se tragó otro sollozo y se odió a sí misma por ser tan débil.

Esa hermosa casa situada en la toscana nunca sería su casa, a no ser que accediera a casarse con él en un matrimonio sin amor.

¿Pero cómo iba ella a aceptar semejante sentencia en vida, aun amándolo? Por desgracia, si se negaba a una vida llena de dolor, humillaciones y esperanzas sin solución, estaría negándole a su preciado hijo todo aquello que un miembro de la familia Severini podía tener. Lo mejor de todo. Era un dilema que la estaba volviendo histérica.

En cuanto el coche se detuvo en seco frente a la puerta principal de la casa, Sophie salió como un rayo. Trató de hacer que sus piernas resistieran respirando profundamente y diciéndose a sí misma que el dinero y el privilegio no lo era todo en la vida.

–Deja que te ayude –dijo él, y el tono dulce de su voz le dio ganas de echarse a llorar de nuevo. Y el brazo que deslizó alrededor de su cintura la hizo querer darse la vuelta y hundir la cabeza en su pecho

fuerte y ancho, deshaciéndose en un mar de lágrimas y de miseria.

Diciéndose a sí misma que ella estaba hecha de otra pasta más resistente, Sophie apretó la mandíbula y se concentró en caminar más o menos en línea recta mientras se acercaban a la puerta. Desesperadamente trató de ignorar el calor de su brazo mientras la guiaba, la fuerza de su mano mientras le presionaba suavemente en la cintura, pero no tuvo mucho éxito, porque su corazón comenzó a golpear con fuerza como un martillo en su pecho.

Ettore abrió la puerta y llegaron hasta el hall principal.

–Gracias, puedo yo sola –consiguió decir Sophie una vez dentro.

Obviamente él no se creyó una palabra de aquello y Sophie se encontró de pronto en sus brazos, mientras él la llevaba escaleras arriba, y sintiendo cómo su corazón latía como loco sólo con respirar su familiar fragancia y el poder de su masculinidad.

Para cuando Ettore abrió la puerta de su dormitorio, Sophie se dio cuenta de que estaba derritiéndose por dentro. Se preguntó si él estaría recibiendo los mensajes que enviaban sus brazos, que se habían enroscado a su cuello sin saber cómo. Y su cuerpo, que se había pegado al de él. Y también se preguntó cómo sería capaz de resistirse si Ettore decidía actuar con la información que había recibido.

Respirando entrecortadamente y con el cuerpo ardiendo, a Sophie le llevó unos momentos darse cuenta de que su resistencia, o más bien su falta de resistencia, no iba a ser puesta a prueba en ese momento.

Dejándola en el suelo, Ettore dio un paso atrás y dijo:

–Date una ducha. Como no has comido nada y has bebido demasiado, le diré a alguien que te traiga sándwiches y café solo –y se marchó, cerrando la puerta tras él, dejándola sola y torturándose a sí misma por haber vuelto a alimentar las esperanzas de que pudiera sentir algo por ella como había sucedido tiempo atrás en la isla.

No le quedaba duda alguna de que jamás la había amado. Mentir sobre la devoción eterna era el más viejo de los trucos para conseguir que ella regresara a su cama una y otra vez.

Pero ahora ni siquiera la deseaba físicamente.

Era un pensamiento claro. Un pensamiento que no necesitaba recordar dadas todas las pruebas que tenía.

Recuperando el poco sentido común que le quedaba, se dijo a sí misma que debía aferrarse a ese pensamiento y nunca permitirse el lujo de volver a olvidarlo, porque así fortalecía su convicción de que el matrimonio entre ellos estaba totalmente fuera de lugar.

Una ducha fría le permitió recuperar todo el sentido que había perdido mientras él la llevaba en brazos a su habitación.

Se puso uno de los camisones de seda que había adquirido en sus

viajes por Europa y luego se ató una toalla al pelo a modo de turbante. Inmediatamente se la quitó y la tiró. Su pelo podía secarse por sí solo.

Cuando salió del baño, vio que alguien había colocado una bandeja con café y un plato con rollitos crujientes rellenos sobre la mesilla que había junto al sillón situado a uno de los lados de la inmensa cama.

El estómago se le revolvió. Podría tomar un café caliente, ¿pero comida?

–Come.

La voz de Ettore la sobresaltó y le hizo girar la cabeza. Estaba de pie junto a la puerta, en la penumbra, allá donde no llegaba la luz emitida por la lamparilla encendida junto a la cama. Confusa y sintiendo cómo la tranquilidad que acababa de recuperar desaparecía de nuevo, Sophie no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirándolo. Disfrutando de su maravilloso físico, de sus rasgos devastadores, del brillo de aquellos ojos negros que parecían pegados a los suyos. Sus propios ojos comenzaron a nublarse por culpa de más lágrimas.

Si lloraba de nuevo, estaría perdido. Ettore lo sabía y trató de aferrarse a la decisión que antes le había permitido dejarla en el suelo y salir de la habitación sin más, cuando cada célula de su cuerpo gritaba por poseer su cuerpo femenino y delicado.

Observándola, viendo cómo el color inundaba sus mejillas, cómo la luz de la lámpara acariciaba su figura, resaltada por el camisón de color marfil, sintió cómo se excitaba.

Saber que ella no era inmune a él, la hacía incluso más tentadora. Se le quedó la boca seca. *Dio!* ¿Es que no tenía integridad alguna? Hasta que sus sospechas no fueran confirmadas, Sophie estaba totalmente fuera de su alcance. E, incluso después de eso, tendrían que aclararse muchas cosas antes de que su relación, si es que alguna vez fuesen a tener algo similar a una relación, pudiera prosperar.

Ettore tomó aliento sintiendo el dolor por dentro. Puede que ella respondiera físicamente a él, algo hormonal, pero el regalo que suponía su amor, ya no le pertenecía. Después de cómo la había tratado desde que la había encontrado en Londres, seguramente ella lo odiaría. Y no podía culparla por eso.

Ella se movió ligeramente para acercarse al sillón, e hizo que la seda del camisón se pegara a su cuerpo, resaltando su figura.

Ettore comenzó a sudar.

No debía estar allí. Con ella así. Era más de lo que su cuerpo podía resistir. Apretó los puños, inconscientemente.

¿Qué se le había metido en la cabeza para prepararle el café y los rollitos él mismo? Su excusa personal había sido no querer molestar a

los empleados a los que había dado la noche libre. Pero lo que realmente había deseado era estar con ella y asegurarse de que no siguiese triste. Quería mirarla, tocarla. Quería estar con ella.

Él se movió, inevitablemente atraído hacia ella. Sophie levantó los ojos y lo miró fijamente, respirando con lentitud. Ettore observó sus pechos palpitantes y sintió cómo, una vez más, se le secaba la garganta y el corazón le martilleaba en el pecho.

–¿Sophie?

¿Era aquello una pregunta? ¿Aquél era él? ¿Era ése el hombre increíblemente seguro de sí mismo que, hasta ese momento, había habitado en el cuerpo de Ettore Severini? ¿O no era más que un humilde suplicante atrapado por la fuerza de aquello que sentía por esa mujer?

Ella separó los labios como si estuviera buscando algún tipo de respuesta. Encogió los pies sobre la gruesa alfombra. Siendo consciente de lo mucho que la deseaba, sorprendido hasta niveles antes insospechados, Ettore recuperó el poder que, segundos antes, le había sido arrebatado.

Sólo hizo falta tocarla una vez. Sólo una. Tocarle el hombro desnudo con la palma de la mano.

Con un leve suspiro, ella se acercó de buena gana, derritiéndose contra su cuerpo mientras él con sus manos recorría sus caderas y la presionaba contra su cuerpo caliente.

Cualquier pensamiento de resistencia o de autopreservación, y cualquier resquicio de orgullo desapareció en un abrir y cerrar de ojos cuando la besó. ¡No la deseaba!

Por alguna razón, todas sus acciones pasadas y su aparente indiferencia habían intentado negarlo, pero ahora todos los muros habían quedado derruidos. La magia había vuelto con ganas, con una fuerza mayor que la de ellos dos juntos.

Una pasión ciega la embargó mientras con su boca Sophie recibía sus besos. Le agarró el pelo negro y espeso con las manos y, al sentir el calor de su erección contra su estómago, se excitó más aún.

Él apartó la boca para colocarla acto seguido entre sus pechos hinchados y calientes y Sophie sintió cómo el pulso se le aceleraba. Echó la cabeza hacia atrás al sentir cómo él le acariciaba el pelo y, con un movimiento rápido, el camisón cayó a sus pies. Con un gemido, Ettore la mantuvo ligeramente alejada de él para poder observarla con sus ojos magnéticos y recorrer con la mirada su desnudez.

–Ardo por ti, Sophie –dijo en voz muy baja–. Ven a mí.

La parte de su cerebro que le habría dicho que se marchase, que no tenía intención de dejarse engañar por segunda vez, parecía haber

desaparecido. No había nadie en casa. Lo único que hizo fue entornar los párpados y agachar la cabeza ligeramente, como si estuviera drogada, y eso fue más que suficiente para que Ettore la rodeara con los brazos y la llevara a la cama.

Ettore comenzó a quitarse el jersey de cachemir para dejar al descubierto su magnífico torso y Sophie no pudo más que quedarse en la cama, mirando y estremeciéndose por el deseo mientras sus ojos redescubrían una vez más el cuerpo que una vez ella había conocido mejor que el suyo.

La había mentido, la había engañado, la había tratado como si fuera una basura.

Pero era su mujer. Había dado vida a su hijo. Él nunca lo sabría, pero ella lo amaría siempre, por encima de todo. Esa última noche con él sería todo lo que jamás podría tener o pedir. Más que eso, el matrimonio o incluso el derecho a poseer su cuerpo cuando quisiera, acabaría por destruirla.

No iba a empezar a preocuparse en ese momento sobre el hecho de que, para él, aquello no sería más que el modo más natural de saciar su apetito sexual, y nada más.

Ella era su mujer. Y aquello sólo podía ser el destino. Ése fue su último pensamiento coherente antes de que él se tumbara desnudo junto a ella.

Capítulo 9

SOPHIE se desperezó, abrió los ojos ligeramente, lo justo para ver que la luz de primera hora de la mañana entraba por la ventana. Sonrió felizmente, volvió a cerrar los ojos y un torrente de alegría inundó su cuerpo cuando se giró para abrazar a Ettore.

El espacio donde se había quedado dormido la noche anterior, abrazándola, estaba vacío.

Sophie sintió una puñalada de inseguridad, pero pronto se recuperó. No volvería a pasar por eso. Nunca más se atormentaría a sí misma buscando motivos ocultos, pensó, y se relajó estirándose por completo.

Ettore se habría levantado temprano y se habría ido a su habitación, o a dar un paseo, o a pescar. ¿Y qué? No significaba nada. Puede que ella fuese su amante y, si él seguía queriendo, pronto también su esposa, pero no era su guardiana. No tenía que aclarar cada movimiento que hacía con ella antes de hacerlo.

La noche anterior lo había alterado todo. Sophie tenía que darle una oportunidad a lo que había entre ellos y no buscar siempre el lado negativo. Y no sólo por el bien de Torry, sino por el suyo propio, y por el de Ettore.

Él necesitaba a su hijo, necesitaba saber que su hijo era feliz y que se ocupaban bien de él, disfrutando de todas las ventajas que él pudiera darle. Podrían casarse y ser felices. Una familia feliz. Los tres juntos. Podría necesitar mucho tiempo y, sobre todo, mucha paciencia hasta convencerlo de que ella no era quien él creía, aunque todas las pruebas apuntasen en su contra, pero sabía que, tarde o temprano, lo conseguiría.

La noche pasada había aprendido que podía hacerse. El sexo que habían tenido había sido tan intenso y emocional como al principio. Pero no había sido sólo sexo porque, de haber sido sólo eso, ella lo habría sabido y se habría despertado por la mañana sintiéndose fatal, odiándose a sí misma, en vez de sentirse segura con respecto al futuro que podrían tener juntos.

Había sido como si dos almas ansiosas se hubieran encontrado de nuevo después de haber estado perdidas en el limbo, agarrándose la una a la otra. Dos almas que, por segunda vez, se reunían fundiéndose en una sola.

Así que, aunque Ettore tuviera en la cabeza que ella era una ladrona de las peores, su cuerpo y, quizá, su corazón contaban una historia diferente. En el sentido estrictamente físico, él la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él. Y con el amor de su parte y la aceptación final por parte de Ettore de que ella era inocente, podrían

acortar distancias.

El suspiro que emitió al sentirse satisfecha con su nueva seguridad en sí misma fue interrumpido por un golpe en la puerta, que anunciaba al ama de llaves, que le llevaba una enorme taza de café en una bandeja de plata.

–Buenos días –dijo la mujer con su precario inglés, y Sophie se incorporó entre las almohadas, agarrando la sábana para no mostrar sus pechos–. La primavera está aquí para quedarse con nosotros –depositó la bandeja en la mesilla que había junto a la cama e hizo caso omiso al camisón que había quedado tirado en el suelo la noche anterior–. El señor Severini se marchó hace media hora y me pidió que le dijera que tiene un negocio que atender en Florencia durante uno o dos días. Como hace una mañana tan buena, le serviré el desayuno en el jardín, ¿le parece bien?

–Muchas gracias –fue lo único que Sophie pudo decir mientras tomaba la taza de café con manos temblorosas de pronto. A pesar de sus buenas intenciones, las dudas regresaron a su cabeza. Odiaba las dudas, pero insistía en replanteárselo todo otra vez, estropeando las cosas.

¿Por qué Ettore no la habría despertado para explicarle que se iba fuera en vez de dejarle un mensaje al ama de llaves? Sólo le habría llevado un par de minutos en su día tan ajetreado. ¿Es que no tenía ni la más mínima consideración? ¿Acaso lo que ella había visto la noche anterior había sido sólo lo que quería ver y no lo que realmente había?

«¡Alto ahí!», se dijo a sí misma cuando el ama de llaves abandonó la habitación.

Estaba pidiendo demasiadas cosas de él y demasiado pronto. Ettore ya se había comprometido con su hijo y con ella como madre del niño, porque Torry la necesitaba. Le llevaría un tiempo comprometerse con ella como la persona que era y nada más, comprometerse con ella como esposa, como alguien que era algo más y no sólo una parte del paquete.

Pero ella tenía el tiempo de su parte. Ése fue su último pensamiento tras terminarse el café y salir de la cama. Hacía un día precioso y aún estaba a tiempo de bañar y vestir a Torry. Los tres podrían desayunar en el jardín, con la fuente y los narcisos que perfumaban el aire con su fragancia, a Minette le encantaría eso, y cuando Torry se echase la siesta, ella podría continuar con sus lecciones de italiano con el ama de llaves. Porque, si iba a hacer su vida allí, iba a tener que hablar con la misma fluidez que los nativos.

Mientras Ettore se alejaba conduciendo de Florencia, el corazón le

golpeaba con fuerza en el pecho. Todo había sido como él sospechaba. Al verse entre la espada y la pared, Cinzia le había dicho todo lo que necesitaba saber. Sophie había sido engañada, como ella tantas veces había argumentado.

¡Y él no la había escuchado! Al verse frente a aquellas supuestas pruebas, se había sentido destrozado. Su larga amistad y respeto por Cinzia habían sido más importantes que cualquier otra cosa, y no la había escuchado. Había preferido creer a Cinzia, a la que nunca había amado, pero en la que había confiado. Nunca la habría creído capaz de semejante cosa, ni en un millón de años.

Maldiciéndose a sí mismo y pensando en cómo su dolor inicial se había convertido después en un orgullo que le había permitido creer lo peor de Sophie, pisó el acelerador. Necesitaba estar con ella y comenzar a intentar arreglar las cosas.

¿Le daría Sophie una segunda oportunidad? Puede que hubiera disfrutado haciendo el amor con él, ¿pero sería capaz de volver a amarlo de nuevo después de cómo se había comportado él?

A pesar del aire acondicionado del coche, Ettore comenzó a sudar y, dándose cuenta de que iba tan deprisa que podía pararle la policía, quitó el pie del acelerador y trató de centrarse en algo que no fuera su adorada y hermosa Sophie.

Al enterarse de que alguien no había seguido sus instrucciones de no comentar nada sobre el supuesto robo, había comenzado a sospechar, pero finalmente sus sospechas se habían convertido en realidad. Pero había sentido la necesidad de comprobarlo. Él trabajaba con hechos, siempre había sido así, y no con suposiciones.

Y esa misma mañana había salido en busca de esos hechos.

Tras reclamar un favor que le debían, había tenido acceso a material confidencial y había verificado esas sospechas.

El día de la fiesta de cumpleaños de Flavia, el padre de Cinzia ya atravesaba dificultades económicas, así que, cuando él se había llevado a su prometida aparte para comunicarle la noticia de la ruptura del compromiso porque finalmente se había enamorado de Sophie, ella se había visto obligada a hacer algo drástico para asegurase de que su futuro matrimonio seguía en pie, junto con las innumerables cantidades de dinero que traería consigo.

El truco había sido ordenarle a Filomena que pusiera la gargantilla de diamantes en el equipaje de Sophie para luego hacer el supuesto descubrimiento. Había sido el puro rencor el que la había hecho contactar con la agencia. Por fin tenía sentido el hecho de que, por primera vez, lo hubiera presionado para fijar la fecha de la boda, cuando nunca antes se había mostrado especialmente interesada, al

igual que él.

La familia di Barsini atravesaba en aquel momento verdaderas dificultades económicas. Sus anteriores negativas habían sido todo mentiras. Una mala jugada de su padre le había hecho perderlo todo y estaban al borde de la bancarrota. No era de extrañar que Cinzia quisiera presionarlo para casarse pronto y acabar con el compromiso largamente pospuesto.

La entrevista que había mantenido ese día con ella durante la comida no había sido nada agradable. Le ponía los pelos de punta la idea de cómo había estado dispuesto a casarse simplemente por motivos económicos con una mujer semejante.

Puede que eso hubiera parecido una tradición de lo más sensata en su momento, pero ahora le resultaba totalmente anacrónica.

Negándose a regocijarse en el pasado cuando el futuro era más importante, Ettore comenzó a pensar en cómo podría hacer que Sophie lo perdonara y que volviera a amarlo como lo había amado en su momento. Como él la amaba a ella.

El calor de última hora de la tarde iba dejando paso al frescor de la noche mientras Sophie caminaba de vuelta hacia la villa con los pies descalzos, sobre la hierba plagada de narcisos.

Torry estaba plácidamente dormido en su habitación, cansado tras otro día de olores y sonidos y el excitante descubrimiento de que, con la ayuda de su madre, casi podía ponerse de pie.

Sophie se pondría otra ropa que no fuesen esos vaqueros viejos y esa camiseta sin mangas para estar presentable. Elegiría alguno de sus variados vestidos de diseño para cenar sola en uno de los extremos de la inmensa mesa del salón, tratando de dejar de desear que Ettore volviera a casa.

A casa con ella.

Le dio un vuelco el corazón, como si un ascensor invisible la hubiera subido hasta el cielo y luego la hubiese dejado caer a toda velocidad. Lo deseaba desesperadamente, tanto que casi la dejaba sin aliento el hecho de pensar en él y en lo que podrían tener juntos con el tiempo. Dando por hecho que tuviera la suerte de hacerle cambiar de idea con respecto a ella.

Cuando llegó al hall, hizo una pausa para recuperar la respiración normal.

Comenzaba a preguntarse si podría conseguirlo cuando, en ese momento, el ama de llaves emergió de la puerta que daba a las dependencias del personal.

–Han llamado preguntando por usted, señorita. Un hombre inglés. Su nombre era Tim. Tiene que ponerse en contacto con él. Creo que se

trata de alguna urgencia.

¿Tiene su número? No se me ocurrió pedírselo.

–Sí, por supuesto. Llamaré desde mi habitación –dijo Sophie, y sintió una punzada de culpabilidad. Había llamado a Tim al llegar a Italia, como había prometido, pero no había vuelto a hablar con él desde entonces, como le había dicho. Había tenido demasiadas cosas en la cabeza como para recordar su promesa.

Cuando llegó a su habitación, notó el ambiente excesivamente cargado, así que dejó la puerta abierta y abrió las ventanas para que entrara el aire. Entonces fue por su bolso para buscar la tarjeta que Tim le había dado tanto tiempo atrás. Cuando la encontró, se sentó en la cama, cruzó las piernas y marcó el número.

–¿Estás bien? –preguntó Tim–. No he sabido nada de ti desde que llegaste.

Prometiste volver a llamar en un par de días. Por lo que yo sabía, ese tío podía haberte encerrado y después tirar la llave. Y Tina está furiosa. Me culpa por haber dejado que ese tipo te arrastrara a ti y al niño con él. ¿Te trata bien? Por lo que vi de él cuando vino a recogerte, parecía formidable.

–Estamos bien, y Ettore adora a Torry. Incluso quiere casarse conmigo, y voy a decirle que sí –dijo Sophie–. Así que dile a Tina que no se preocupe. La llamaré yo misma y la tranquilizaré. Lo siento –añadió volviendo a sentirse culpable–. Debería haberme puesto en contacto con ambos mucho antes.

–¡Claro que debes sentirlo! –dijo Tim tratando de sonar como un hermano mayor, pero sin conseguirlo–. Me alegro de que las cosas funcionen, si es lo que quieres, pero mis padres y Tina me lo han estado haciendo pasar mal. Yo debería haber cuidado de ti y del niño, y me hacen responsable de dejar que un completo desconocido te alejase de aquí.

Sophie tuvo que contener la risa. No era divertido, y era bueno saber que había gente que se preocupaba por ella, y odiaba pensar que Tim lo hubiera pasado mal por su culpa.

–No te sientas así, Tim. Es el padre de mi bebé. ¿Qué otra cosa podría haber hecho en mis circunstancias? Arreglaré las cosas por ti, no te preocupes.

Un ligero movimiento en la puerta llamó su atención. Era Ettore. ¡Había regresado por fin a casa! No iba a tener que soportar otra noche más sin verlo.

Con una sonrisa en la cara, terminó la llamada con rapidez, prometiendo llamar a Tina y apuntando su número antes de colgar y girarse hacia el único hombre que era el amor de su vida.

Pero no había nadie.

Probablemente se habría ido a ver cómo estaba su hijo para dejarla a ella terminar su llamada tranquilamente. Iría a buscarlo, y esa misma noche, quizá después de la cena, quizá en el balcón a la luz de la luna, le diría que sí se casaría con él.

Se sentía indescriptiblemente feliz. Todo saldría bien al final. Estaba segura.

Estaban preparados para dar el paso, para tener una vida en común. Ella tendría tiempo para convencerlo de que no era una ladrona. Tras la noche de pasión que habían compartido, estaba segura de que iba por el buen camino para conseguirlo.

Estaba pensando si cambiarse de ropa y ponerse un vestido de los que él le había comprado o ir corriendo a buscarlo tal como estaba cuando sonó el teléfono.

Tras unos segundos de vacilación, descolgó y casi se quedó sin aliento al escuchar la voz al otro lado de la línea.

–Soy Cinzia di Barsini. Me preguntaba si estarías orgullosa de ti misma. En este momento me imagino que sí. Supongo que es lo que tú llamarás un día de pago, ¿no?

Utilizando el más viejo truco de todos has conseguido romper una pareja que estaba destinada a estar junta.

Asombrada por el tono venenoso de la voz de la mujer que la había engañado hacía tanto tiempo, Sophie estuvo tentada de colgar el auricular. Pero al escuchar las noticias de que Ettore no era el hombre libre que pensaba que era, que realmente había estado comprometido con esa otra mujer y que había abandonado su cama esa mañana para ir a romper su compromiso a Florencia y a decirle a Cinzia que le había pedido a Sophie que se casase con él, Sophie se había quedado pegada al aparato, sintiendo cómo su curiosidad aumentaba.

–Pero no te sientas tan complacida contigo misma –dijo Cinzia–. Se casa contigo sólo por el bien del niño. Tiene más honor del que tú podrás nunca imaginar. Tú lo has atrapado y él no soporta eso. Acabará odiándote por ello. Cuando nos dijimos adiós esta tarde, parecía como si ya te odiase en realidad. Nunca le había visto tan desesperanzado. Es conmigo con la que siempre querrá casarse. Y se avergüenza de ti, bueno, ¿quién no se avergonzaría? No te será fiel, ¿o es que no se te ha ocurrido pensar en eso? Buscará diversión fuera de casa. Una niñata como tú no tiene lo que hay que tener para satisfacer a un hombre tan insaciable como Ettore. La gente de nuestro círculo ni siquiera sentirá pena por ti. Sólo se reirán de ti.

Sophie colgó el auricular en su sitio con dedos temblorosos. Todo lo que había dicho esa mujer era odioso.

Odioso pero tristemente cierto.

Capítulo 10

ETTORE se anudó la corbata azul oscuro que añadía el toque sobrio a su camisa color carbón y a sus pantalones ajustados negros. La imagen que le devolvió el espejo fue totalmente sombría. Parecía como si fuese a asistir a un funeral. Ése era su pensamiento mientras bajaba a cenar.

El funeral de sus esperanzas.

Jamás en su vida había tenido tan pocas ganas de comer, pero había que pasar por encima de los sentimientos. Puede que los italianos fueran famosos por su naturaleza volátil, pero los Severini jamás dejaban ver sus sentimientos en público. Los dolores tenían que guardarse dentro. Había que guardar las apariencias.

Esa noche tenia que ofrecerle a Sophie su libertad.

Mientras viviera no olvidaría el momento exacto en que habían muerto todas sus esperanzas.

Había sentido el corazón lleno de amor por Sophie, la madre de su hijo, un corazón palpitante de alegría ante la anticipación, con el recuerdo de la pasión que habían compartido la noche anterior, y había ido a su habitación para pedirle perdón y convencerla para que volviera a amarlo.

Ella había estado sentada en la cama. En su ausencia, había regresado a la ropa con la que, obviamente, se sentía cómoda, dejando de lado los vestidos de diseño.

Estaba hablando con el hombre con el que se había ido a vivir antes de que él la hubiera obligado a marcharse.

La realidad finalmente había golpeado su conciencia al oír su frase: «No te sientas así, Tim. Es el padre de mi bebé. ¿Qué otra cosa podía hacer en mis circunstancias?

Arreglaré las cosas por ti, no te preocupes».

Al repetir esa frase en su cabeza, un torrente de celos recorría su cuerpo hasta alojarse en su corazón. Pero ése no era el asunto. El asunto que importaba era el modo en que él se había comportado.

No tenía ningún derecho a pedirle nada. Las circunstancias en las que se encontraba no le habían dejado otra opción más que hacer lo que él decía. Él no tenía ningún derecho a obligarla a dejar su país, a sus amigos, al hombre al que probablemente amara. No tenía derecho a tratar de hacerla encajar a la fuerza en su mundo, convirtiéndola en la idea de lo que la madre de su hijo debería ser. Y había creído lo peor de ella, despreciando sus declaraciones de inocencia. Incluso cuando había empezado a tener sospechas sobre Cinzia, no las había compartido con ella.

Había ido de mal en peor.

Ella ya estaba en el comedor. Él decidió que no dejaría que se notase su dolor en sus ojos y la saludó con frialdad, tomó asiento frente a ella, al otro lado de la mesa y sacudió su servilleta.

Esa noche Sophie estaba especialmente guapa. ¿Sería porque era eso lo que se esperaba de ella? Había desaparecido la ropa informal que seguramente habría preferido para la ocasión. Iba vestida con un traje de Milán. Un atuendo de seda que resaltaba el color de sus ojos y dejaba sus brazos al descubierto.

Ettore desvió su atención hacia la comida, que acababa de ser servida, ignorando el vino. No pensaba dejar que se le soltara la lengua. Por su comportamiento y su desconfianza, había renunciado a cualquier derecho a hablar sobre su amor y a pedirle una segunda oportunidad.

Sophie estaba masticando algo que no podía tragar porque tenía la garganta cerrada. Ettore iba vestido de forma austera y parecía extremadamente serio. La sobriedad de su ropa parecía ideal para una ocasión tan especial.

Y tenía que sentirse agradecida por ello, suponía mientras notaba las lágrimas en los ojos. Si él hubiera mostrado la más mínima señal de que recordaba la pasión que habían compartido la noche anterior, si hubiera mostrado una pizca de calidez, ella se habría sentido totalmente destrozada, incapaz de pasar por lo que sabía que vendría después.

Tras haber colgado el teléfono a Cinzia, se encontraba en estado de shock y ya no quería ir a buscar a Ettore. Se había quedado al borde de la cama tratando de ordenar sus pensamientos de alguna manera.

Ettore estaba loco por su hijo, así que había hecho el esfuerzo de pedirle a ella que se casara con él para legitimar al niño. Ella había dicho que no. Y seguro que esa prometida suya se habría sentido aliviada.

Aquella mañana debía de haberse levantado horrorizado. Había traicionado a la mujer a la que realmente deseaba como esposa no una, sino dos veces. Así que había ido corriendo a su lado y su sentido del honor lo habría hecho confesar, poner punto final al compromiso, porque tenía una obligación con su hijo y porque la madre del niño lo había recibido en su cama con ansia. Parecía que ella le había hecho cambiar de opinión sobre el matrimonio.

No era de extrañar que tuviese un aspecto tan sombrío durante la cena, pensaba Sophie mientras daba un trago al vino para ayudar a pasar la comida. Y todo era por su culpa. De algún modo iba a tener que arreglar las cosas.

Cuando se llevaron su plato y colocaron otro en su lugar, Sophie se

echó hacia atrás. Ni siquiera podía mira la comida que le habían servido, y mucho menos intentar comerla.

–Como parece que ninguno de los dos tiene hambre –dijo Ettore poniéndose en pie–. Sugiero que tomemos el café fuera.

Sin saber qué decir, Sophie se puso en pie sintiendo como si su estómago estuviese en caída libre para luego recuperarse y colocarse en su garganta.

Había llegado el momento de la verdad. Tendría que soportarlo, porque lo amaba más que a su vida y quería que fuese feliz.

Necesitaba saber que era feliz, viviendo la vida que él y Cinzia habían planeado para los dos, no una vida que le había sido impuesta.

Ella tenía que mentir como nunca en toda su vida había mentido. Decirle que lo de la otra noche no había significado nada y que no se casaría con él. Le juraría que ella y Torry desaparecerían discretamente y que él podría ver a su hijo siempre que quisiera. También le instaría a decirle a Cinzia que podía estar segura de que ella nunca le exigiría nada, que sería invisible. Si la otra mujer estaba tan dolida por la ruptura como le había dado la impresión por teléfono, entonces podría olvidar y perdonar la infidelidad y considerarla como algo que jamás volvería a repetirse.

El café estaba esperándolos fuera, situado en la mesa donde, esa misma mañana, ella, Torry y Minette habían desayunado a la luz del sol. Entonces ella se había sentido completamente feliz.

–¿No te sientas?

Sintiendo un enorme nudo en la garganta, Sophie se sentó en la silla que él le ofrecía. Ettore le había hablado, pero ella sabía por el tono frío y distante de su voz, que ya la había dejado fuera.

Se sentiría asqueado consigo mismo. Rendirse a la lujuria animal y primaria no era algo especialmente admirable, algo de lo que estar orgulloso, pero su error, olvidando tomar la píldora, había significado que Ettore tuviera que mirar a su futuro de forma diferente, con una mujer diferente de la que realmente deseaba.

–¿Tienes frío? –preguntó Ettore al notar que la mano de Sophie temblaba al agarrar la taza, sentada enfrente de él, lo suficientemente lejos. No estaba seguro de poder resistirse a tocarla si se sentaba más cerca.

–Estoy bien –contestó ella pasándole su taza, deslizándola sobre la superficie de la mesa. Sophie sabía que sonaba como si la estuvieran estrangulando.

Observó a Ettore y lo vio exactamente como lo que era: un hombre que se había comprometido con su deber. No podía posponerlo por más tiempo. Tenía que darle libertad para estar con la mujer que

había asegurado que estaban hechos el uno para el otro. Ella lo amaba y no podía soportar la idea de haber arruinado su vida.

Tomó aliento tratando de que su corazón recuperase su ritmo normal y que su boca dejara de temblar. Hasta que no consiguiera eso, no sería capaz de decir su discurso y sonar convincente al expresar que se alegraba de romper cualquier vínculo entre ellos, excepto lo que tuviera que ver con su hijo.

–Pues no lo parece –añadió él. Parecía estar a punto de echarse a llorar. ¿Serían los efectos secundarios de la conversación que había tenido previamente con el hombre con el que quería estar? Una conversación que, sin duda, le habría recordado la vida que ella y ese tal Tim habían planeado en común. No podía echarle en cara que hubiera hecho el amor con él la noche anterior. Él no podía decir nada mejor de sí mismo.

Durante todo su compromiso con Cinzia di Barsini, había sido libre de tener una amante, con el consentimiento de su prometida, porque en sus círculos, tales tratos eran totalmente aceptables. Era una libertad que tenía y que había aprovechado al conocer a Sophie.

–No te mantendré aquí mucho tiempo –dijo él de pronto–. Aquí fuera tenemos privacidad garantizada. Si tienes frío, iré por algo para taparte –lo único que quería era tener la libertad para tomarla en sus brazos, abrazarla.

Ella negó con la cabeza, y estaba a punto de decir su discurso cuando Ettore la interrumpió y comenzó a hablar.

–Eres libre de marcharte cuando desees. Me equivoqué al insistir en que dejaras tu tierra. Puedes volver con Torry a Inglaterra, si eso es lo que deseas. Naturalmente, exigiré un régimen de visitas razonable y os ayudaré a ambos económicamente. Sin embargo… me gustaría pensar en ti y en mi hijo viviendo en el campo, con el aire limpio y puro. Yo pagaré el dinero necesario para que podáis permitíroslo.

–¡No hay ninguna necesidad de pagarme nada! –contestó ella exaltada. Ya era bastante que aceptara darle libertad e irse con la mujer a la que deseaba. Él ya había decidido por los dos y había convenido que un compromiso roto era un precio demasiado alto que pagar por su hijo.

Olvidando la última noche, ella habría dado lo que fuera por escucharlo decir esas palabras, aunque sólo fuera por ahorrarse el dolor de tener que vivir con un hombre que nunca la amaría. Trató de ponerse en pie, pero volvió a sentarse cuando Ettore dijo:

–Te lo debo, Sophie. No pienso discutir si voy a pagarte o no. Aunque hay otra opción. Mi oferta de matrimonio todavía sigue en pie.

Sophie sintió como si su corazón hubiese estallado de dolor y se le puso la cara blanca mientras trataba de respirar. Había pasado casi todo el día en un estado de increíble felicidad, convencida de que podrían tener una vida magnífica en común, convencida de que aceptar su oferta de matrimonio era lo correcto para ambos, viviendo en un cuento de hadas absurdo. Ella había creído que Ettore era un hombre libre. Pero no lo era.

Levantó los ojos para mirarlo y sintió cómo le temblaba la boca. Él le estaba poniendo su futuro a su disposición y ella jamás lo había querido tanto.

Sólo tenía que decir la palabra mágica y él aceptaría seguir adelante. Su sentido del honor se ocuparía de eso. Era el honor el que se había encargado de recordarle esa segunda opción. Había debido de tener mucho coraje para decir esas palabras.

Ella no podía hacerle eso, y no lo haría.

Ponerse en pie le costó un gran esfuerzo. Conseguir encontrar la voz para hablar fue un esfuerzo mucho mayor.

–¿Te importa ocuparte de reservar el vuelo? Teniendo en cuenta que me gustaría marcharme con Torry lo antes posible.

Capítulo 11

LA PRIMAVERA por fin estaba haciendo su disimulada aparición en Inglaterra pero, al parecer, no había rastro de ella en la calle gris de Londres donde Sophie vivía con el tipo rubio.

Donde vivía con su amante, pensó Ettore. Tenía que asumirlo.

La casa era deprimente, como la recordaba. Cuanto antes se mudaran Sophie y su hijo a otro lugar, mejor.

¿Se iría con ellos el amante?

Probablemente.

La idea de que ese otro tipo iba a estar junto a su hijo las veinticuatro horas del día mientras que él, su padre, iba a tener que pedir cita para verlo, le daban ganas de ponerse a dar puñetazos contra la pared. Pero era lo que Sophie había elegido, lo que deseaba.

Ettore sentía la tensión en las sienes mientras subía los peldaños.

Una quincena no era un periodo de tiempo excesivamente corto, ¿no? Por supuesto que no. Él tenía todo el derecho del mundo a dejarse caer para ver a su propio hijo. Dos semanas ya eran demasiado tiempo.

Además, aún tenían que sellar el tema financiero. Sophie tenía que firmar el documento que él llevaba en el maletín. Era algo de lo que se podían haber ocupado sus abogados, pero prefería hacerlo él mismo.

¿Por qué? Dejando de lado las excusas que había puesto: que quería ahorrar tiempo, que quería asegurarse personalmente de que ella comprendía todo; la verdad era que ansiaba verla. Claro, que eso no se notaría. Se aseguraría de ello.

Apretó los labios al abrir la puerta de la calle.

Y apretó tanto la mandíbula, que pensó que se le iba a partir en dos al ver a Tim bajar por las escaleras.

–¿Qué quieres? –preguntó Tim nada más verlo. Lo reconoció al instante. Era el padre del niño. Recordando las interminables reprimendas de Tina y de sus padres al dejar que ese tío se llevara a Sophie y al niño la primera vez, se sintió confuso.

¿Debería quedarse cerca por si volvía a ocurrir y volver a llegar tarde de su hora de comer aunque eso fuera malo para un director en pruebas?–. Si has venido a ver a Sophie, está fuera, con el niño. Estarán fuera todo el día. Yo le daré el mensaje. Si quieres tener acceso a ella en el futuro, será mejor que concientes una cita.

Estiró los hombros, siendo plenamente consciente de la superioridad física del italiano, sabiendo que ese tipo no se iba a quedar allí parado viendo cómo un don nadie lo trataba así.

–¿Por qué no la dejas en paz? –preguntó finalmente, armándose de valor–. Ya has hecho suficiente daño. Ella no va a contar lo que le

hiciste, pero no hay más que verla para saber que se lo has hecho pasar realmente mal. Ya la has herido suficiente. ¡Así que mantente alejado!

Y se escabulló antes de que aquella mirada asesina fuese a mayores, felicitándose a sí mismo porque ahora el italiano pensaría que Sophie había salido.

Ettore decidió que ese hombre estaba mintiendo. Donde una vez había estado el antiguo carricoche de Torry, había un cochecito que daba la impresión de ser de segunda mano. Tim había intentado proteger a su Sophie. Ettore comprendía el sentimiento. ¿Pero protegerla de qué?

Sophie tenía lo que quería, se dijo a sí mismo. Había tenido elección. Había elegido libremente a ese tipo rubio y delgaducho, con su casa destartalada, y no a él, con la vida de lujo que podía ofrecerle. Muchas veces se había preguntado por qué, y en todas las ocasiones había llegado a la misma conclusión.

Una vez Sophie le había dicho que Tim había creído en su inocencia sin cuestionarle nada. Sin embargo, él la había llamado ladrona y mentirosa.

Su elección, por muy dolorosa que hubiera sido para él, tenía sentido. Él, con su orgullo, su arrogancia y su desconfianza, había renunciado al derecho de esperar que ella lo amara. Era su castigo, no cabía duda.

Sin estar acostumbrado a ese tipo de pensamientos negativos, y despreciando la autocompasión, Ettore subió las escaleras a toda velocidad. Cuando ella había decidido regresar a Inglaterra, él no había tenido valor para hacer otra cosa que no fuera obedecer y preparar su viaje con eficiencia. Se había negado a hablarle de las sospechas que Cinzia le había confirmado.

Era hora de dejar las cosas claras. Puede que ella no quisiera verlo, pero Ettore le debía al menos eso. Una disculpa. Era el momento de hacerle saber el acuerdo que le permitiría a ella y a su hijo dejar esa pocilga e irse a vivir donde pudieran llevar una vida digna.

Entonces quizá su conciencia se quedaría tranquila. Aunque su corazón nunca lo haría.

Sophie colocó a Torry en su cuna, casi sin atreverse a respirar, y lo cubrió con la manta cruzando los dedos mentalmente. Parecía que por fin, después de mucho rato, el niño se había quedado realmente dormido. Le dolían la espalda y los brazos de llevarlo a cuestas toda la mañana y casi toda la noche mientras trataba de reconfortarlo.

Al pobre niño le estaban saliendo más dientes. Sophie se echó el pelo hacia atrás y sus ojos perdieron por un momento su ya habitual

mirada triste, sonrió al verlo dormido, y por primera vez no fue una sonrisa forzada.

Sólo podía pensar en el café mientras se dirigía tratando de no hacer ruido hacia la diminuta cocina. Un café solo y muy, muy fuerte.

Había estado en pie con Torry casi toda la noche, dándole gel en las encías inflamadas, meciéndolo una y otra vez sobre su hombro porque, cada vez que lo dejaba en la cuna, comenzaba a llorar y no quería que Tim no descansara. Él había sido muy amable insistiendo en que se quedaran hasta que tuvieran el futuro resuelto.

Tim no había dicho nada cuando ella había aparecido con el niño en su puerta hacía quince días. No le había quedado otro sitio a donde ir.

Mientras entraba en el comedor con la taza de café, se dijo a sí misma que las cosas iban mejorando, a pesar de que su corazón le decía lo contrario.

En otros quince días, los padres de Tim regresarían de visitar a su hija en Canadá y habían insistido en que se quedara con ellos durante un tiempo, en una casa a las afueras de un pueblo de Herefordshire.

–Basil y yo lo hemos hablado –había dicho Enid Dunmore hacía un par de días–.

Hay una habitación de invitados perfecta que apenas se utiliza, y tú siempre has sido como una más de la familia, Sophie, querida. Será mejor para ti y para tu bebé y, además, debes asegurarte de que el padre te ayude económicamente. Doy por hecho que es inmensamente rico. Así que no deberías preocuparte por el dinero. No veo por qué no vaya él a comprarte una casa, cerca de nosotros, donde podamos ayudarte a cuidar al niño. Ser madre soltera no debe de ser fácil. Así que, hasta que se solucione todo, debes quedarte con nosotros.

Tras acurrucarse en el sofá, Sophie dio un trago al café y pensó en la sugerencia de Enid. Tenía poca familia, su madrastra y su hermanastra no derramarían una sola lágrima si desapareciera de la faz de la tierra al día siguiente, así que sería bueno para Torry tener a unos abuelos adoptivos cerca. Los Dunmore siempre habían estado más cercanos a ella que su propia familia. Pero a ella le gustaría volver a trabajar, cuando Torry fuera lo suficientemente mayor como para ir a la guardería.

Quería ser independiente y no tener que confiar en la ayuda que Ettore le fuese a proporcionar.

Cada vez que pensaba en él, lo cual sucedía cien mil veces al día, era para preguntarse si su compromiso con Cinzia seguiría adelante. Si sería feliz con la vida tal y como la había planeado. Si su mujer de alto estatus había perdonado su pequeño desliz y si a él le había quedado

claro que ella, Sophie, no lo molestaría en absoluto y se mantendría alejada de su vida.

Cuando sonó el timbre, se puso en pie de un salto. El menor sonido podía despertar a Torry, y el pobre niño necesitaba descansar.

Tenía que ser Tim. Se habría olvidado algo. Probablemente la llave de la puerta, entre otras cosas. Había ido a casa a mediodía para comer un sándwich en vez de comer en la hamburguesería que había enfrente de donde trabajaba, como hacía habitualmente. Había dicho que era sólo para comprobar que ella estuviese bien. A pesar de que ella se lo había repetido una y otra vez. Pero iba a volver a llegar tarde.

Abrió la puerta de golpe, esperando ver a Tim, que entraría corriendo a buscar lo que hubiese olvidado, y se encontró de frente con el hombre al que amaba, borrando de inmediato la sonrisa de su cara.

–Si has venido a ver a Torry, me temo que está dormido –murmuró ella agarrándose al marco de la puerta, como si pretendiese bloquear la entrada. Deseaba con tanta intensidad verlo, que le daba miedo. Y también deseaba que desapareciera, que le ahorrase el dolor de tener que estar cerca de él, y eso también le daba miedo, porque quería mantenerlo junto a ella siempre, y eso no podía suceder jamás.

Aún no era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a aquello, pensó mientras él pasaba frente a ella hasta llegar al centro de la habitación. Dejó el maletín sobre la mesita del café, quitando de en medio la taza de café medio vacía y el periódico del día anterior.

–Entonces lo veré cuando se despierte –dijo él con seriedad. ¿Pero qué le ocurría a Sophie? Tenía unas bolsas tremendas bajo los ojos, estaba pálida, tenía la boca temblorosa y parecía haber pasado por un infierno.

Por su culpa, como había dicho su amante. ¡Tonterías! Ella había elegido libremente regresar a ese lugar odioso y vivir con su amante inexperto.

–¿Mi hijo está enfermo? –preguntó de golpe. Era la única razón que se le ocurría que pudiera explicar el aspecto de Sophie.

Sintió cómo el corazón se le aceleraba. Ya estaba organizando mentalmente el ingreso de su hijo en una clínica privada y los servicios del mejor pediatra disponible.

–Torry está bien –dijo ella haciéndolo sentir aliviado–. Le están saliendo más dientes. Eso es todo. Ha estado despierto casi toda la noche» pero ahora está dormido.

–Siéntate antes de que te caigas –añadió él–. Lo que tengo que hacer aquí tiene que ver principalmente contigo.

Sophie se hundió en el sofá. El estado tembloroso de sus piernas no le dejó otra opción. Ettore vería a su hijo antes de marcharse, y tenía todo el derecho, pero cuando se despertara. Aunque, después de una noche tan tormentosa, Torry dormiría durante horas. ¿Cómo iba ella a soportarlo?

Él se sentó con ella y abrió el maletín con sus dedos largos y suaves. Al recordar cómo esos dedos habían recorrido su cuerpo, Sophie tuvo que secarse el sudor que se acumulaba en su labio superior.

Sin ni siquiera mirarla, Ettore extrajo un documento escrito a ordenador y dijo con voz formal:

–Este documento establece los términos de nuestro acuerdo. Una suma lo suficientemente grande como para comprarte una casa adecuada y, además, pagos mensuales para asegurar que tengáis todo lo que deseéis. También establece mis derechos. Derecho a ver a mi hijo periódicamente según lo acordemos mutuamente y, más tarde, derecho a que pase sus vacaciones de verano conmigo en Italia. Hay muchas cosas que tendrá que aprender sobre su herencia. Yo ya lo he firmado en presencia de mi abogado, como podrás ver.

Sophie escuchó sus palabras con un zumbido en los oídos. Así era como iba a tener que ser. Viéndolo a intervalos regulares, notando cómo el dolor de amarlo se intensificaba cada vez, y observando con los años cómo la unión entre padre e hijo se hacía más fuerte, sin poder formar parte de ello.

Sintió la frialdad del papel contra sus manos y luchó por recomponerse. Ella ya sabía cómo iba a ser. Lo único que tenía que hacer era aceptarlo. Enfrentarse a ello y dejar de comportarse como una tonta.

Observó el documento, suponiendo que ella también debería firmarlo, y se quedó con la boca abierta al ver la suma de dinero que aparecía en él. ¿Comprarse una casa adecuada? Podía comprarse un par de palacios con esa cantidad, y quedarse con algo para ella.

–Yo no necesito tanto.

Apartando la vista de ella, Ettore apretó los puños para evitar tocarla y abrazarla con fuerza contra su corazón, manteniéndola ahí para siempre, cerca de él, preocupándose por ella y amándola.

–Lo que necesitas es mucho sentido común –dijo sin poder soportar verla tan pálida y tan cansada, como si se hubiese quedado sin vida–. Es evidente que no estás cuidando bien de ti misma. Y tienes que hacerlo, por el bien de mi hijo. Estás hecha un adefesio.

Tan pronto como lo dijo, se arrepintió de sus palabras y vio cómo a Sophie le temblaba la boca y cómo parpadeaba para evitar que las

lágrimas que se acumulaban en sus ojos resbalaran por sus mejillas.

Resistiendo la urgente necesidad de tomarla en sus brazos y decirle que, a sus ojos, siempre sería increíblemente guapa, sacó su pluma del maletín, la destapó y la deslizó por encima de la mesa hacia ella.

–Si lo firmas, el dinero estará a tu disposición de inmediato. Necesitaré tus datos bancarios, por supuesto. Y haré que te manden una copia de este documento en un par de días.

Y entonces desaparecería. Había ocurrido muy pronto, demasiado pronto. Esa visita había sido un error tremendo. Debía haberlo dejado todo en manos de sus abogados. Pero tenía muchas ganas de verla. No pensaba en otra cosa desde el día en que había partido hacia el aeropuerto. Había imaginado que podría soportarlo, pero no podía. Por primera vez en su vida se enfrentaba a algo que no podía controlar.

–Por supuesto. Discúlpame, voy por los datos bancarios.

Impulsada por la necesidad de apartarse antes de echarse a llorar, Sophie se puso en pie y se dirigió hacia la relativa privacidad de la cocina, ignorando la pluma.

Tras apoyarse en el fregadero, dejó que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. Se llevó las manos a la boca para disimular los sollozos que amenazaban con escapar de su garganta. Había habido un tiempo en que la había llamado guapa, pero resultaba que ya era un adefesio. Bueno, eso ya lo sabía ella.

Demasiadas noches sin dormir y sólo una de ellas a causa del bebé. Largas horas de insomnio dando vueltas en la cama, pensando en Ettore, echándolo de menos con cada célula de su cuerpo. Y apenas podía comer. El esfuerzo de tener que aparentar estar bien frente a su hijo y a Tim la estaba destrozando.

Decidiendo que debía recomponerse y seguir adelante con todo, tratando de ver las cosas buenas, se secó los ojos con un trozo de papel de cocina, pero se sintió de nuevo desvanecer al escuchar la voz de Ettore.

–¿Por qué lloras? ¿Tim te está tratando mal? Si está...

Aquel tono de advertencia fue lo que acabó por sacarla de su ensimismamiento.

Sophie se dio la vuelta de golpe, sonrió con toda la naturalidad que puedo y trató de mantenerse calmada.

–Por supuesto que no. Tim es absolutamente maravilloso. No le haría daño ni a una mosca. ¿Y tú? ¿Has conseguido lo que querías? ¿Cómo está Cinzia?

Aquello era doloroso, pero tenía que saberlo. Tras aquella conversación telefónica con su prometida, se había dado cuenta de

que sus esperanzas de un futuro junto a ese hombre eran inexistentes, así que realmente no había sacrificado nada, ¿no?

–¿Te ha perdonado? –preguntó tratando de parecer compasiva y esperanzada al mismo tiempo.

–Con respecto a Cinzia, hay cosas que debo decirte –contestó él echándose a un lado–. Vamos, éste no es el lugar apropiado. Tengo que disculparme por algo.

«¿Por qué?», se preguntó Sophie mientras caminaba hacia él. Incluso aunque su comportamiento hubiera sido más que cuestionable, había sido justo. Le había ofrecido matrimonio, incluso había roto con su prometida al pensar que ella cambiaría de opinión y aceptaría su oferta con los brazos abiertos. Y, tras su segunda negativa, le había ofrecido una gran cantidad de dinero. Había renunciado a su intención inicial de estar junto a su hijo todo el tiempo. Al menos tenía que reconocerle eso.

No la rozó ni un centímetro cuando Sophie pasó por delante de él para cruzar la puerta, aunque cada célula de su cuerpo deseaba que así lo hubiera hecho, sólo por una última vez. Era como una adicta que necesitaba su dosis sin importarle el peligro. Él le producía ese efecto y siempre había sido así. Le hacía desearlo con todo su cuerpo, intoxicando sus sentidos. Sentirlo cerca era una auténtica tortura.

Sus rasgos nunca habían parecido tan severos como entonces, cuando se sentó junto a ella en el sofá y comenzó a hablar con voz seca y distante.

–Por cosas que se dijeron e informaciones sueltas que recibí, comencé a sospechar que te había juzgado mal con el asunto del robo.

–¡Bien por ti! –exclamó ella sarcásticamente. Había habido un tiempo en que habría dado lo que fuera por escuchar esas palabras salir de su boca. Pero eso había sido en el pasado. Ya no le importaban en absoluto.

Ettore apretó los dientes. Suponía que al menos se merecía eso. Eso y mucho más a modo de castigo. La miró de reojo y se odió a sí mismo una vez más por haber creído, aunque sólo fuera un momento, que ella había robado algo de verdad.

–Pero tenía que confirmar mis sospechas antes de hablar contigo. Yo trabajo con hechos, no con suposiciones. ¿Te acuerdas de la mañana que te dejé temprano para irme a Florencia?

Sophie apretó los labios y se negó a contestar a esa pregunta. ¡Por supuesto que se acordaba! ¿Cómo olvidar lo estúpida que había sido al creer que su matrimonio podía funcionar? No quería recordarlo, ¿pero cómo diablos iba a olvidarlo? Apretó las manos sobre su regazo y le dirigió una mirada de desprecio.

–Supongo que eso es que sí, ¿verdad? –continuó él–. Cuando fui a comprobar sí lo que sospechaba era cierto, Cinzia confesó haberle dado instrucciones a su criada para que pusiera la gargantilla de diamantes en tu maleta.

Le debía aquella disculpa, pero sería una disculpa truncada. No debería haber ido allí. Amándola más de lo que jamás hubiera creído posible, no había sido una buena idea estar con ella a solas. Estaba poniendo a prueba su autocontrol físico y mental.

Era a Tim a quien ella deseaba. No a él.

–Siento mucho haber dudado de ti –dijo por fin, y le entregó la pluma para que firmara.

Inmediatamente ella volvió a dejar la pluma en la mesa y Ettore suspiró. Una simple disculpa no servía. Le debía más que eso.

–Mi única defensa –prosiguió–, como ya he dicho, es que siempre me enfrento a los hechos. Así es como funciona mi mente. Supongo que es el banquero que hay en mí. Cuando Cinzia te acusó la primera vez, me negué a creerla. Cuando descubrieron la joya en tu maleta, aún seguía sin querer creérmelo. Pero era un hecho. No podía fingir que era de otra forma. Y, equivocadamente, interpreté tu silencio como una declaración de culpabilidad, aunque ahora comprendo que estabas bajo el efecto del shock.

Una ira tan inesperada como potente se apoderó de ella en ese momento. Lo interpretó como una forma de liberarse de la espiral de anhelos sin esperanza en la que se había visto sumida desde que había abandonado la toscana.

–Así que una simple disculpa por algo que era imperdonable es suficiente, ¿no? –

dijo Sophie apretándose las manos con fuerza–. Yo no conocía a esa odiosa mujer y ella no me conocía a mí. Sin embargo no tuvo reparos en expulsarme de la casa de tu hermana, completamente humillada, y tú te aseguraste de que me pusieran en la lista negra en la agencia. ¡Y tú… –exclamó mientras las lágrimas de rabia se acumulaban en sus ojos–… tú sigues queriendo casarte con esa mujer incluso sabiendo de lo que fue capaz! ¡Bueno, pues espero que seas muy feliz! –concluyó, y se echó a llorar.

–Por favor, no llores –dijo Ettore tomándole las manos y acariciándolas con sus dedos.

–¡Lloro si me da la gana! –gritó ella, harta de ser una mártir–. Está trastornada y es una rencorosa, pero tiene montones de dinero y se mueve en los círculos adecuados.

¡Por eso quieres casarte con ella! No la quieres. Sólo quieres lo que ella representa. Si la quisieras, no irías por ahí acostándote con la

primera mujer deseosa de hacerlo. ¡Y

la verdad es que no sé cómo puedo amar a un cerdo semejante!

Tras decir eso último, Sophie cerró la boca apretando con fuerza los labios y sintió cómo la cara se le ponía roja. Se quedó en silencio deseando no haber dicho nada.

–Repite eso –dijo él apretándole los dedos con fuerza.

Capítulo 12

CON LA cara roja por la humillación, Sophie deseó que el suelo se abriera bajo sus pies y que la tragase. ¿Por qué había dicho eso? ¿Qué es lo que se le había metido en la cabeza? supuso que tenía demasiadas emociones acumuladas dentro.

Aquellos inteligentes ojos negros la acribillaron. Ettore podía ver a través de ella y eso la hacía sentir vulnerable y muy estúpida.

–Olvídalo.

Como respuesta a su petición, fue totalmente patética, pero fue lo único que se le pudo ocurrir en ese momento. De algún modo tenía que cambiar el rumbo de la conversación. De algún modo.

Poniéndose en pie, intentó evitar el contacto visual con él.

–¿Quieres un café mientras esperas? O podrías irte y volver más tarde, cuando Torry esté despierto y...

–Como los elefantes, yo nunca olvido –dijo él colocándole ambas manos en la cintura y volviéndola a sentar en el sofá más cerca de él de lo que Sophie podía aguantar. El corazón se le iba a salir por la boca y sabía que seguía teniendo la cara completamente roja.

Había dejado escapar algo que seguramente él no quería saber, ¿así que por qué no podía dejarlo correr? Seguía teniendo las manos puestas en su cintura, y la piel le ardía bajo su tacto, despertando esa vieja y familiar espiral de deseo en su pelvis.

Como todo lo demás en ella, Sophie decidió que su reacción instintiva a aquel hombre en particular era patética, y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Tenía que decir algo para justificar aquella metedura de pata. ¡Cualquier cosa!

Pero se le había quedado la boca seca hasta para decir que había sido una broma.

Trató de humedecerse los labios con la punta de la lengua y se arriesgó a mirarlo.

Parecía como si le hubiera abofeteado. Parecía herido pero, a la vez, furioso, ¿o más bien asqueado? Por supuesto, habría recibido aquella admisión por su parte como algo completamente asqueroso.

En la isla, la primera vez que se había enamorado de él, se habían dicho palabras de amor. Como le había apetecido saciar su ansia animal. Ettore había sido parte de un juego al que debía de haber jugado docenas de veces en su privilegiada vida. No era de entrañar que hubiera dado por hecho que ella también conocía el juego y, por tanto, las reglas. Y ahora sus estúpidas palabras lo habían alertado del hecho de que ella había dicho esas cosas en serio, y que seguía amándolo a pesar de todo lo que había ocurrido.

Como un sofisticado miembro de la alta sociedad italiana, Ettore pensaría que ella era exactamente lo que aparentaba. Una tonta sin experiencia cuyo hábitat natural era el país de nunca jamás. ¿Por qué habría abierto esa bocaza suya complicándolo todo más todavía en su ya tormentosa relación?

–¿Qué estás intentando hacer, Sophie? –preguntó él quitándole las manos de encima. ¿Estaba tratando de hacerle daño deliberadamente? ¿Rechazaba su propuesta de matrimonio y decidía volver con su amante inglés para luego atormentarlo más hablando de amor?–. Quiero una respuesta.

Ella volvió a mirarlo, pero se abstuvo de decir que no había sido más que una broma. Su hermosa boca no era más que una línea recta e imperturbable, pero sus ojos oscuros parecían increíblemente vulnerables.

–Elegiste abandonarme y volver con tu amante. ¡Ahora me dices lo único que llevo mucho tiempo esperando escuchar! ¿Me la estás haciendo pagar por el pasado? –

preguntó él.

¿Esperando escuchar? ¡Como si eso fuese posible! Se sentía confusa. Si trataba de levantarse de nuevo y alejarse, él la volvería a sentar. Decidida a hablar, se colocó al otro extremo de sofá y dijo:

–Tim no es mi amante y nunca lo ha sido. Me alojó desinteresadamente. Torry y yo no teníamos otro sitio al que ir. Lo conozco desde que tenía siete años. Es el hermano de mi mejor amiga. ¿Y por qué diablos ibas a esperar escuchar de mi boca que te amaba? ¿Para alimentar tu ego? No creo que necesite alimentarse más, ¿no crees? Ya es seis veces más grande que una casa.

Dejando de lado aquel insulto, Ettore la miró de arriba abajo. Iba vestida con una camisa y unos vaqueros viejos. Se estremeció por dentro al recordar cómo había dejado en la villa todo lo que él le había comprado. Seguro que no quería nada que le recordase a él.

–¿Entonces a qué se debió esa conversación tan larga y amorosa cuando me creías ausente? –preguntó él, recordando el momento en que todas sus esperanzas habían muerto–. Una conversación en la que dijiste que, como yo era el padre de tu hijo, no tenías más opción que obedecer a lo que yo te había pedido, pero que lo arreglarías todo. Por él. ¿Sabes cómo me hizo sentir eso? ¡Como un estúpido!

A punto de gritar «¡Bien!», Sophie se contuvo y simplemente inclinó la cabeza hacia un lado. De pronto todo parecía no tener sentido en absoluto. Sabiendo lo que sabía de boca de Cinzia di Barsini, nada tenía sentido.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–¿Por qué crees? –contestó él mientras se ponía en pie.

Recorrió la habitación escasamente amueblada y se detuvo frente a la ventana, que daba a los cubos de basura.

–Odio tener que recordármelo a mí mismo, pero no te había dado más opción que bailar al son que yo tocaba. Desde el principio, y aun pensando que eras una ladrona, siempre tuve la intención de casarme contigo por el bien de nuestro hijo. Mío también. Aún estaba loco por ti. Seguía enamorado de ti, para ser sincero. Aunque en ese momento no me lo quise admitir a mí mismo.

Se metió las manos en los bolsillos de sus inmaculados pantalones hechos a medida y le dio la espalda a Sophie, fingiendo tener un extraño interés por los cubos de basura del vecindario.

–La conversación telefónica, al menos la parte que yo escuché, me hizo darme cuenta de lo injusto que estaba siendo contigo. Hice la única cosa que podía hacer. Te ofrecí la opción de casarte conmigo o regresar a casa con él. Amándote, quería, y aún quiero, que seas feliz.

A Sophie le dio un vuelco el corazón. Se llevó los dedos a las sienes y apretó con fuerza, tratando de calmarse, antes de ponerse en pie.

Cruzó la habitación y se colocó justo detrás de él, odiando tener que hablar con una espalda e imaginando exactamente cómo se habría debido de sentir Alicia en el país de las maravillas. Así que, con decisión, se colocó entre él y la ventana.

Él no se echó hacia atrás, no se apartó de ella, pero ella pudo oír su respiración acelerada. Sabía que no había sufrido ninguna alucinación. Lo había oído decir que la amaba. Pero no lo comprendía. ¡Se estaba volviendo loca!

También parecía tan distante. Desde luego no sabía lo que decía. ¡El típico hombre! ¿Cómo podía decir algo así y luego, con la arrogancia que lo caracterizaba, decidir que no tenía más explicaciones que darle?

–Tim sólo llamó para saber si estaba bien –dijo ella–. Yo había prometido ponerme en contacto con él cuanto antes, pero se me olvidó. Y sus padres y mi mejor amiga, su hermana, estaban atosigándolo y culpándolo por haber permitido que yo fuera, a sus ojos, poco menos que secuestrada. Así que sólo estaba tranquilizándolo, prometiéndole ponerme en contacto con sus padres para arreglar las cosas, ¿de acuerdo? –preguntó ella al ver que Ettore ni se inmutaba, ni daba señal alguna de estar escuchándola–. ¡Y tú decidiste dejarnos marchar a Torry y a mí sólo por unas palabras que escuchaste!

Ettore dio un paso atrás, poniendo espacio entre ellos. Estar tan cerca de ella era una dura prueba para su autocontrol.

Le había dicho cómo se sentía pero, a juzgar por el efecto que había tenido en ella, le habría dado igual recitar la guía telefónica. Ella no había dicho nada para explicar su exagerada y, seguramente, incierta, declaración de amor.

–Yo no hice eso. Me ofrecí a casarme contigo –le recordó él sin expresividad en la voz–. Y tú elegiste dejarme tirado.

¡Al fin una respuesta! ¡Pero totalmente frustrante! ¡Sophie quería zarandearlo! Se acercó más, no pensaba dejar que se escapara de aquello, y gritó:

–¡No tenía elección! ¿O sí? Había hablado con la adorable Cinzia, que me había acusado de romper vuestro compromiso aquella misma mañana. Me hizo darme cuenta de que tú y ella erais la pareja perfecta pero que te sentías obligado por tu honor a casarte conmigo, porque yo era la madre de tu hijo.

Tomó aliento para respirar, siendo consciente de que estaba perdiendo el control y estaba empezando a sentirse miserable como nunca. Porque, aunque Ettore hubiera dicho que la amaba, era evidente que no tenía ningún interés en acabar con aquel eterno triángulo amoroso.

–Obviamente yo estaba en medio de tu futura felicidad con tu perfecta esposa, ¿así que qué otra cosa podía hacer?

El cerebro de Ettore se puso en marcha y el corazón comenzó a latirle con fuerza.

Su adorable Sophie tenía la cabeza gacha y una lágrima solitaria resbalaba por su mejilla hacia la comisura de sus labios. Aprovechándose al instante de su evidente estado emocional, la tomó entre sus brazos y le colocó una mano en la cabeza para presionarla contra su corazón.

–Olvídate de Cinzia, Sácate a esa odiosa mujer de la cabeza. Tú eres la única mujer a la que realmente he amado –dijo él–. Créeme.

A Sophie le dio un vuelco el corazón. Quería creerlo con una desesperación que daba incluso miedo. Quería pegarse más a él, quería que la abrazara con fuerza.

Pero el peligro de dejarse llevar de nuevo por ese camino paradisíaco y acabar más dolida aún, si es que eso era posible, hizo que susurrara contra su chaqueta:

–¿Cómo puedo creerme eso cuando, hasta hace un par de semanas, tenías planeado casarte con ella? Llevas prometido con la perfecta Cinzia desde que naciste

–exageró abiertamente, tratando de apartarlo de su lado al ser consciente de la reacción física que estaba experimentando el cuerpo de Ettore.

–Prácticamente –convino él asombrado, y volvió a acercarla a su cuerpo. Nunca dejaría que escapara de él, no mientras ambos estuvieran vivos. Para dejar claras sus intenciones, le echó la cabeza hacia atrás y la besó con ansia. Sophie, habiendo olvidado todos sus instintos de autopreservación, respondió con una exuberancia apasionada, derritiéndose bajo sus besos hasta que Ettore apartó la boca–. Ahora di que no me amas.

Ella negó con la cabeza, sintiendo cómo le ardía la boca a causa de los besos y cómo todo su cuerpo estaba en tensión.

–No puedo –contestó ella casi sin respiración–. Te he amado desde... desde que estuvimos en la isla.

Sus ojos negros brillaron triunfantes.

–Yo también –dijo con voz dulce–. Ven, tengo que despejar cualquier duda de tu cabeza antes de que te lleve de vuelta a nuestra casa en Italia. Porque, amor mío, aceptes o no ser mi mujer, nunca dejaré que vuelvas a salir de mi vista –le tomó ambas manos y la llevó hasta el sofá, soltándole los dedos después con una sonrisa–.

Si seguimos tocándonos, no me haré responsable de mis acciones.

Una frase que hizo que Sophie lo deseara aún más, y sintió los ojos nebulosos por la necesidad que tenía de él.

–¡No me mires así! Vas a hacer que me olvide de mi propio nombre y de lo que quiero decirte.

–¿Qué es? –preguntó ella inclinando la cabeza, pero con una sonrisa. Jamás se había sentido tan segura de sí misma, de su poder de mujer, como se sentía en ese momento.

Colocándose al otro extremo del sofá, Ettore la miró y dijo:

–Tenías razón. Llevo prometido con Cinzia desde la adolescencia. Fue un acuerdo instigado por nuestros padres. Un acuerdo muy ventajoso para ambas partes. Es lo típico en los círculos en los que nos movíamos. No nos amábamos el uno al otro, pero era una unión muy conveniente. Y ninguno de los dos tenía ninguna prisa por fijar la fecha del enlace –estiró los hombros y Sophie pudo ver cómo le brillaban los ojos–.

Incluso antes de enamorarme de ti, ya había decidido poner fin al compromiso a mi regreso a Florencia. Con honor. Sabía que tenía que hacerlo en persona. Sin importar los deseos de nuestras familias. Sólo sabía que el matrimonio tenía que ser algo más que la consolidación de dos fortunas familiares. Incluso así, el hecho de haberme enamorado de ti, de saber lo que era el amor por primera vez en mi vida, hizo que mi regreso a Florencia se retrasara. Le dije a Cinzia que nuestro compromiso había acabado y le confesé que te había encontrado a ti y que tú eras toda mi vida. Se lo dije en la fiesta de

Flavia, en la primera oportunidad que tuve de verla. Trató de convencerme de lo contrario, aunque yo no sabía que por aquel momento su padre estaba atravesando dificultades económicas, y, cuando finalmente fui libre, fui a buscarte, pero Flavia me dijo que te habías ido pronto a la cama porque no te encontrabas bien.

–Cinzia me había dicho que tú y ella ibais a casaros –dijo Sophie–. Tu hermana me lo confirmó. Yo estaba totalmente sorprendida. Jamás me había sentido tan dolida ni tan traicionada.

Con la cara pálida, se estremeció al recordarlo y Ettore, olvidando su determinación, se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

–¿Alguna vez serás capaz de perdonarme por lo que ocurrió? ¿Lo intentarás?

Cinzia hizo algo horrible. Al darse cuenta de que no podía convencerme de seguir adelante con el compromiso, trató de desacreditarte en mi presencia y decir que eras una ladrona. Y, para vergüenza mía, yo la creí. Tú estabas en estado de shock y yo no tenía ni idea en aquel momento de que te habían comunicado la noticia de mi enlace.

Y esos dos sucesos te habían dejado sin palabras para defenderte. Yo soy tan culpable como ella.

Resistiendo con esfuerzo el impulso de decirle que ella podría perdonarle cualquier cosa, Sophie dijo con rapidez:

–Y entonces volviste a comprometerte con ella.

–Sí –dijo él completamente devastado–. Ya no me importaba nada. Por lo que yo sabía en aquel terrible momento, la mujer a la que había amado como jamás había amado a nadie, había resultado ser una vulgar ladrona. Nunca me había amado, sino sólo lo que pensaba que podía conseguir de mí –frunció el ceño–. Por favor, cariño, trata de comprenderlo. Yo estaba convencido de regresar a Londres cuando tú regresaras y pedirte que te casaras conmigo. No te dije nada de eso, aunque tenía muchas ganas, porque pensaba que era mi deber comunicarle a Cinzia la ruptura de nuestro compromiso antes de dejarte claras mis intenciones de futuro. Por tanto pensé, imperdonablemente, que, como no te había pagado de ninguna manera por tus servicios en la isla, habías decidido servirte tú misma con lo que pensabas que se te debía. Así que, una vez más, volví a ceñirme a los deseos de los demás. Ya no me importaba mi futuro. Me centré en el trabajo para olvidar todo lo demás. Luego volví a verte de nuevo en Londres, con nuestro hijo.

Ettore cerró los ojos y respiró profundamente. Sophie, con el corazón tan lleno de amor que casi le dolía, levantó las manos y le acarició los rasgos de la cara con suavidad.

–En ese momento me asustaste –dijo ella–. Pensé que removerías cielo y tierra para apartar a Torry de mi lado. Seguías pensando que yo era una ladrona y yo seguía pensando que tú eras el responsable de que me hubieran puesto en la lista negra en la agencia.

–Ésa fue Cinzia –dijo él levantando la cabeza–. Fue contra mi voluntad. Y por nada del mundo te habría separado de tu bebé. Os necesitáis el uno al otro. Pero yo también te necesitaba, y las amenazas fueron la única manera que se me ocurrió de mantenerte conmigo.

–¡No te tortures con eso ahora! Me alegro de que lo hicieras –dijo ella y, para confirmar lo que decía, levantó la cabeza y lo besó.

La respuesta de Ettore fue inmediata, devorándola con su boca, introduciendo la lengua entre sus labios con una provocación explícita, encendiendo el fuego dentro de ella. Y pasó mucho tiempo antes de que Sophie fuera dulcemente empujada contra los cojines, casi sin aliento y queriendo más.

–Estoy perdiendo el control muy deprisa –susurró Ettore, visiblemente confuso–.

Pero cuando volvamos a hacer el amor tú y yo, será perfecto –sonrió endiabladamente–. No en este lugar, con un bebé hambriento que puede interrumpirnos en cualquier momento.

Entonces, manteniendo aquella sonrisa suya que estaba destinada a derretir hasta el último hueso de su cuerpo, le apartó suavemente los mechones de pelo de la cara con las manos.

–Por si no lo recuerdas –dijo él–, yo te dejé sola en la villa casi nada más llegar.

Tenía mucha prisa por poner punto y final a mi compromiso con Cinzia de una vez por todas y decirles a mi madre y a mi hermana que tenía un hijo precioso y que tenía la intención de casarme con su madre –Sophie se sonrojó al escuchar esas palabras–. Cinzia obviamente te hizo creer que yo había roto con ella sólo aquella segunda vez que la visité, pero no era cierto. Yo ya había empezado a sospechar que ella podía estar detrás de todo el asunto del robo por sus propias razones. Fui a hablar con ella. Su padre se enfrenta ahora a la bancarrota. Parece que se venía venir desde hacía tiempo. Ella estaba desesperada por aferrarse a mí, a mi riqueza, de ahí sus planes para desacreditarte –sin dejar de mirar sus rasgos pálidos, continuó–. Mis sospechas fueron confirmadas y regresé a ti. Desesperado por buscar tu perdón y por pedirte de nuevo que fueras mi esposa, por ponerme de rodillas si era necesario y rogarte para que intentaras amarme de nuevo como yo te amaba. Pero Cinzia, aunque ya sabía desde hacía tiempo que nuestro compromiso había terminado, tuvo

que meterse entre medias. Debí haberlo imaginado. Yo le había hecho confesar y le había dicho exactamente lo que pensaba de ella. Que el hecho de saber que jamás podría disfrutar de la fortuna que yo podía ofrecerle, la había hecho decidir que tú, la mujer a la que sabía que yo amaba, no sería feliz tampoco.

Ettore tragó saliva y no dejó de un momento de mirarla a los ojos.

–¿Te casarás conmigo?

Conteniendo el impulso de decir «¡Haz todo lo posible por persuadirme!», Sophie le rodeó el cuello con los brazos dejando ver su corazón en sus ojos mientras respiraba.

–Sí, por favor. Mañana. Hoy. ¡En este mismo momento! –dijo, y vio cómo los ojos de Ettore brillaban de felicidad.

En ese mismo momento oyeron la llave de Tim en la puerta.

Sophie se quedó de piedra cuando su amigo entró en la habitación.

–¿Estás bien, Soph? He salido pronto del trabajo para asegurarme. Ese tipo estaba aquí y...

Se quedó callado cuando Ettore se puso en pie. Por un momento los dos hombres se miraron el uno al otro. Tim se puso rojo y Sophie contuvo el aliento temiendo cualquier tipo de confrontación en la que, sin duda, el pobre Tim saldría perjudicado.

Entonces Ettore sonrió.

–Gracias por cuidar de ella por mí. Sophie me ha dicho lo bueno que has sido con ella –dijo él, y se giró para mirarla–. ¿Sophie, tienes algo que decirle a tu amigo?

Tras salir de su ensimismamiento, Sophie se levantó y colocó la mano bajo el brazo de Ettore con la cara radiante.

–Vamos a casarnos en... –dijo ella, y miró confusa al hombre que amaba.

–En cuatro semanas –contestó Ettore–. Me gustaría que fuera mucho antes pero, si el amor de mi vida va a tener la boda que se merece, no puede hacerse antes de ese tiempo –añadió, y desvió la atención hacia Tim–. Los dos seríamos muy felices de que asistieras, como uno de los más viejos amigos de Sophie y como la persona más cercana a una familia que ella haya tenido jamás.

–Y Tina y su marido, si pueden arreglarlo todo para venir. Y tus padres, por supuesto. Ya habrán regresado de Canadá para entonces –dijo Sophie balbuceando debido a su euforia, y se sintió aliviada al ver que Tim sonreía abiertamente ante la declaración.

Se quitó el abrigo y se acercó a ellos. Le dio la mano a Ettore y ambos se dieron un fuerte apretón.

–Enhorabuena y todo eso –dijo Tim, y se giró hacia Sophie–, parece que me he pasado los mejores años de mi vida cuidando de mi

hermana pequeña y de Sophie.

Ahora Tina está felizmente casada y tú te llevas a Sophie de mis manos. Por no hablar de quitarme a mis padres de encima.

–En ese caso –dijo Sophie sonriendo de oreja a oreja–, estarás encantado de llevarme al altar.

–¡Y que lo digas! –dijo él revolviéndole el pelo con una sonrisa–. Será un honor.

Ahora, ¿quién quiere un sándwich? Me muero de hambre. ¿Queréis ternera o ternera?

Sin esperar una respuesta, se dirigió hacia la cocina.

–Estoy tan feliz que podría explotar –dijo Sophie–. ¿Siempre me querrás? Dime cuánto.

Ettore la miró con adoración.

–Más que a mi vida, y tengo una vida entera para demostrarlo –contestó él, e inclinó la cabeza hacia un lado–. ¿Has oído algo?

–Nuestro hijo se ha despertado. Ven –dijo ella agarrándole la mano–. Te ha echado de menos.

Torry estaba tumbado sobre su espalda, agitando sus piernas en el aire y balbuceando. En cuanto sus padres se inclinaron sobre él, comenzó a reírse y Ettore dijo con orgullo:

–¡Ya tiene otro diente! –se inclinó para tomarlo en brazos, sosteniendo al bebé hiperactivo y luego lo besó en ambas mejillas antes de entregárselo a Sophie, abrazándolos a los dos–. Mi familia. ¡Soy el hombre más feliz del universo!

Cuatro semanas después.

Había sido una boda perfecta. Guiando a Sophie, aún con su vestido de boda, de la mano hacia el coche para ir de vuelta a la villa, Ettore le dijo:

–Estás tan guapa que no puedo quitarte los ojos de encima.

Le apartó el velo de la cara y la besó lentamente. Sophie sintió cómo se le endurecían los pechos bajo el corpiño del vestido, colocó las manos sobre sus hombros anchos y murmuró apenas sin aliento:

–Si no dejas de besarme así, los dos quedaremos deshonrados en público.

Él sonrió con comprensión y le retiró las manos de la cintura, donde habían estado situadas atormentándola.

Cundo finalmente se alejaron en el coche, entre las risas y los aplausos de los invitaos, Sophie miró hacia atrás para ver a Torry, vestido con un diminuto traje de marinero y con un aspecto completamente adorable en brazos de su abuela.

–Tenías razón. No nos echará de menos en esta noche tan especial –admitió ella mirando con amor a Ettore.

–Por supuesto. ¿No tengo razón siempre? –preguntó él, y le dirigió una de sus sonrisas letales–. Todo el mundo lo adora, y Minette se asegurará de que no lo malcríen mucho. Y mañana ella y nuestro hijo serán conducidos a nuestra casa para comenzar todos nuestra vida en familia –añadió colocándole una mano sobre la rodilla–. Tengo más ganas de que llegue ese momento de lo que puedas imaginar. Y

la semana que viene, los cuatro viajaremos a la villa que tengo en las colinas detrás de Amalfi para pasar allí una luna de miel que durará todo el verano. Allí Minette se ocupará de Torry cada vez que queramos estar solos. Pero esta noche, amor mío, es para nosotros dos. Te necesito toda para mí.

Llena de placer y de una anticipación creciente, Sophie se relajó sobre la cómoda tapicería de cuero. Estarían completamente solos. De hecho todos los empleados habían asistido a la boda y viajarían de vuelta a la casa al día siguiente, con su hijo y la niñera.

Esa noche era sólo para ellos dos.

Embargada por la felicidad, su mente comenzó a repasar los acontecimientos de las pasadas cuatro semanas. Había sido un ajetreo constante.

Flavia la había recibido con besos y abrazos:

–Me alegro mucho de que ese horrible malentendido haya quedado resuelto. Esa horrible y odiosa mujer... ¡podría estrangularla! Siempre supe la razón del compromiso, pero nunca me gustó la idea. Ella lo habría convertido en un miserable.

Pero ahora ya no hablaremos más del tema, sino que nos centraremos en lo feliz que vas a hacer a Ettore. Jamás lo había visto tan feliz como ahora. He de decirte que, desde que te marchaste tras aquel horrible suceso, se había convertido en un adicto al trabajo y siempre con la cara mustia.

Sophie se había sentido asustada al conocer por primera vez a la madre de Ettore.

Pero ésta la había recibido con ternura y había pedido que la llamase mamá, enamorándose al instante del pequeño Torry, que era la viva imagen de su padre de pequeño, en palabras de su abuela.

Elegir el vestido de boda y consultarlo todo con Flavia, que había dicho que la recepción tenía que tener todo lujo de detalles, le había dejado poco tiempo a Sophie para echar de menos a Ettore. Éste había estado trabajando mucho en la oficina central, asegurándose de que todo estuviera en orden antes de irse de luna de miel, y se había asegurado de que el poco tiempo que pasaran juntos antes de la boda fuese muy preciado.

El viaje se pasó rápido y Sophie salió de su ensimismamiento cuando Ettore apagó el motor y anunció:

–Estamos en casa.

Levantando la mirada para ver la preciosa villa, con el sol poniéndose tras las colinas de la toscana, Sophie sintió que los ojos se le humedecían de pura felicidad.

Los cerró y él la ayudó a salir del coche, subiéndola en brazos para pasarla bajo el umbral de la puerta. Ella le rodeó el cuello con los brazos y acercó la cara a la suya para sentir sus besos.

Sophie volvió a abrir los ojos cuando la dejó en el suelo en medio del inmenso hall y dejó escapar un grito de felicidad ante lo que vio.

En el centro estaba el viejo cochecito de Nanny Hopkins, con aspecto de haber sido comprado el día anterior. Estaba limpio, restaurado, brillante y acolchado con todo lujo de detalles en el interior.

–Para ti, mi querida esposa –murmuró Ettore acariciándole los labios con un dedo–. Sabía que tenía un gran valor sentimental, así que lo arreglé todo para que lo recogieran de donde había estado abandonado todo este tiempo, en el pasillo del edificio de Tim, y que lo restauraran y lo dejaran como nuevo antes de enviarlo a Italia.

Ettore le colocó las manos en la cintura y agachó la cabeza para devorar su boca apasionadamente. Finalmente se apartó para tomar aire.

–Nuestro hijo es demasiado grande como para necesitarlo –añadió él–. Pero puede que algún día haya otro bebé que disfrute montado en

un carrito de lujo como éste,

¿no crees?

A Sophie le dio un vuelco el corazón y volvió a sentir cómo se le humedecían los ojos. Aquel hombre que había vendido el carrito a la tienda de caridad, diciendo que un vertedero era el lugar más apropiado para él, no sólo se lo había llevado de vuelta sino que, seguramente por un alto precio, había hecho que lo restauraran completamente. Le rodeó el cuello con los brazos y su voz sonó grave mientras se ensimismaba con sus ojos.

–Al menos dos más que puedan disfrutarlo –contestó ella, y se humedeció los labios con la lengua–. Supongo que deberíamos empezar a hacer algo al respecto.

Con su típico aire de aprobación masculina, Ettore la levantó en brazos y dijo:

–Ésa, amor mío, es la mejor idea que he oído en mucho tiempo.

Y se la llevó a toda prisa hacia las escaleras.

Fin